



Resina Ane Riel

Lectulandia

«La habitación blanca estaba completamente a oscuras cuando mi padre mató a mi abuela. Yo estuve ahí.»

Liv Hordone falleció con seis años. Se adentró en el mar durante la noche y hallaron su barca hecha añicos a la mañana siguiente. O, al menos, ésa es la historia que sus padres contaron a las autoridades. La realidad es bastante distinta: Liv está viva y se esconde tras una pared impenetrable de objetos que Jens, su padre, ha ido acumulando a lo largo de los años. Para el resto de los habitantes de la isla, la vida de la familia Hordone fluye de manera imperturbable, cristalizada hasta la eternidad como una hormiga atrapada en resina. Sólo María, la madre de Liv, podrá cambiar, para siempre, el rumbo de sus vidas.

Considerada una de las mejores novelas del año por *The Guardian*, *The Telegraph* y *Daily Express*, *Resina* es una poderosa novela negra, tensa e inquietante, que ha contado con el aplauso unánime del público y de la crítica al convertirse en un bestseller internacional en más de veinte países y cosechar los premios literarios más importantes de Europa.

Ane Riel

Resina

ePub r1.0

Titivillus 10.05.2021

Título original: *Harpiks*
Ane Riel, 2015
Traducción: Blanca Ortiz Ostalé

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Liv

El cuarto blanco estaba a oscuras cuando papá mató a la abuela. Yo estaba allí. Carl también estaba allí, pero no se dieron cuenta. Era la mañana del día de Nochebuena y aunque caía una pizca de nieve, no llegó a ser una Navidad blanca exactamente.

Por aquel entonces era todo distinto. Fue antes de que las cosas de papá empezaran a invadirlo todo y no hubiese sitio en el cuarto de estar. Y antes de que mamá se volviera tan inmensa que no pudo salir más del dormitorio. Pero después de que me declarasen muerta para que no tuviera que ir al colegio.

¿O sería antes? No se me da bien el orden en que suceden las cosas, el tiempo se me confunde. Los primeros años de la vida parecen interminables. La señora me ha explicado que eso es porque cuando vives algo por primera vez causa mucha impresión, y esa impresión ocupa mucho espacio.

Definitivamente, era mucho lo que ocupaba mi vida por aquel entonces y mucho lo que vivía por primera vez. Por ejemplo, ver cómo mataban a la abuela.

El caso es que el árbol de Navidad estaba colgado del techo. No era ninguna novedad; papá siempre andaba levantando cosas por encima del suelo para aprovechar al máximo el espacio del cuarto de estar. Como luego hacía pilas de regalos por debajo del tronco, nosotros siempre esperábamos que trajese un árbol más bien pequeño.

Ese año el árbol debía de ser enano, porque hubo sitio para regalos enormes. Uno de ellos era un coche de madera bonito a rabiarse. Papá lo había construido en el taller y mamá había cosido unos cojincitos rojos. Siempre hacían los regalos ellos mismos. Por aquel entonces, yo aún no sabía que los hijos de otra gente recibían regalos comprados. Apenas si sabía que otra gente tenía hijos y les hacían regalos. No estábamos muy al tanto de esas cosas. A Carl y a mí nos encantaba todo lo que nos daban y, sobre todo, nos encantaban papá y mamá. Bueno, Carl a veces se enfadaba un poco con ellos sin saber muy bien por qué.

La novedad de esas Navidades fue que la abuela acababa de morir. Era la primera vez que nos pasaba algo así y, obviamente, a ella también. Por lo menos se la veía estupefacta, allí sentada en el sillón verde, mirando el árbol sin pestañear. Creo que se había fijado en un corazón trenzado de papel marrón que había hecho yo. Era ella quien me había enseñado a trenzar papel, antes de decirle a papá todas esas cosas que seguramente no debería haberle dicho.

Nos pareció que debíamos dejarla pasar la noche con nosotros al lado del árbol antes de despacharla, y que también había que darle un regalo, claro. Vale, nos pareció a papá y a mí. Sobre todo a mí. Mamá sólo aceptó porque yo no paré de darle la lata.

La abuela tenía los pies subidos al escabel, me acuerdo. Supongo que lo recuerdo porque estaba sentada en el suelo, justo delante de ella. Llevaba unas medias de nailon moradas tan transparentes que le veía las bragas, y los cordones marrones de sus zapatos tenían aún el olor dulzón de algo que llevaban para protegerlos de la lluvia. Los zapatos estaban nuevos, recién comprados en una tienda del continente, según me había contado. Llevaba, además, una falda gris, una blusa roja y un pañuelo de gaviotas blancas, prendas que yo había sacado de su maleta. Insistí en ponerla guapa por Nochebuena. No habría quedado bien dejarla ahí, en camisón.

Después de aquella noche, no volvimos a sentarnos en el sillón verde. No podíamos.

Tenía demasiadas cosas encima.

Como la abuela no podía quitarle el papel de periódico, me dejaron que le abriese yo el regalo. Al principio creí que papá le había hecho otro cochecito a ella, porque era también una caja alargada de madera con ruedas. Pero no, el suyo era un ataúd. Sin volante ni cojines rojos. Y sin tapa. No hacía falta la tapa, aseguró. Lo único que había dentro era la almohada con que la había asfixiado por la mañana.

Cuando metimos dentro a la abuela con la cabeza en la almohada —esta vez encima—, papá la sacó rodando por la puerta de atrás, rodeó la casa, pasó por delante de la leñera y llegó hasta el sembrado de detrás del establo. Carl y yo lo seguíamos montados en el cochecito; empujando yo, claro, que si no, no nos habríamos movido del sitio. Mamá venía la última. Con ella las cosas llevaban siempre su tiempo.

Todo estaba más negro que la boca del lobo, pero teníamos la costumbre de movernos a oscuras por nuestras propiedades. El cielo debía de estar muy encapotado esa Nochebuena, porque no se veía una sola estrella y costaba

adivinar el bosque que rodeaba la casa y los campos. Por la mañana había soplado un poco de viento, pero ya no se movía ni una hoja y se había esfumado la nieve. Por lo visto, la Navidad había decidido ser silenciosa y oscura.

Luego prendimos fuego a la abuela con pastillas de encender la chimenea, papel de periódico y cerillas de esas extralargas con las que no nos dejaban jugar (Carl lo hacía de todas formas). Antes, claro, le quitamos los zapatos, que estaban nuevitos y eran a prueba de lluvia.

Al rato tuvimos que apartarnos un poco, por el calor. Las llamas no tardaron en ser tan altas que el bebedero surgió de la oscuridad al otro lado del cercado y se adivinaba la maleza de la linde del bosque. Al echar un vistazo a mi alrededor, sorprendí a mi propia sombra danzando en el muro iluminado del establo, que estaba a mi espalda, y al resplandor del fuego vi con claridad a papá y a mamá. Se habían dado la mano.

Al volverme de nuevo hacia la abuela, allí en medio de las llamas con su pelo blanco, se me encogió el estómago.

—¿De verdad que no le duele? —pregunté.

—No, no te preocupes —contestó papá—. No nota nada. Ya no está aquí.

Como me había puesto de pie en el coche y veía a la abuela allí, acostada en su caja, aquella respuesta me pareció un poco rara. Sin embargo, yo siempre creía a pies juntillas lo que decía papá, que lo sabía todo. Fue él quien me contó que en la oscuridad las cosas no dolían de verdad. En el fondo del mar, por ejemplo, los peces no notaban que mordían nuestros anzuelos, y de noche los conejos no sentían nada al caer en nuestras trampas. «La oscuridad se lleva el dolor —decía siempre papá—. Además, nosotros sólo cazamos los conejos que necesitamos.» Por eso la gente buena como nosotros sólo salía a cazar de noche.

Por otra parte, qué mejor prueba que mi abuela, que estaba ahí quemándose sin decir ni pío. Y mira que normalmente gritaba lo suyo cuando le hacían daño o le llevaban la contraria. En mi vida he oído a nadie chillar tanto como ella el día que le cayó en la cabeza un cajón entero de atún en conserva. A veces se ponía hecha una auténtica fiera.

Aún humeaba un poquito cuando salimos a verla a la mañana siguiente. O, mejor dicho, a ver sus restos, porque no es que quedase gran cosa. A mí, en el fondo, me daba un poco de pena que nos dejara, porque a veces era agradable tenerla en casa. Hacía unas tortitas estupendas.

Cuando fui a mirar más tarde, ya sólo se veía la tierra ennegrecida y un poquito de hierba chamuscada. Papá me explicó que había limpiado todo y

había enterrado los restos. Nunca me dijo dónde.

Con el tiempo, me he preguntado muchas veces si papá hizo lo correcto al ahogarla con la almohada. Él aseguraba que sí. De lo contrario las cosas habrían ido mucho peor.

La abuela tampoco dijo nada cuando ocurrió. Sólo se quedó en la cama, pataleando de una forma un poco rara hasta que estuvo muerta del todo; me recordó un poco a los peces cuando se quedaban sin aire en el fondo de la barca. Ahí era cuando les dábamos un buen golpe en la cabeza para que no sufriesen. Tampoco es cuestión de hacer sufrir a nadie.

Por suerte, el cuarto de la abuela estaba completamente a oscuras esa mañana del día de Nochebuena. Con tanta oscuridad, es imposible que le doliese que la mataran; al menos eso pensaba yo entonces. Además, todo fue muy rápido, porque papá apretó con ganas. Se saca músculo a fuerza de cortar árboles, acarrear tablas, arrastrar cosas y hacer muebles. Creo que podría haberlo hecho hasta yo, porque papá siempre decía que era muy fuerte para mi edad y, sobre todo, para ser una chica.

Yo, la verdad, nunca pensaba en lo que era o lo que dejaba de ser. Creo que era lo que ellos veían. Y a veces veía cosas que ellos no veían.

Vivíamos en La Cabeza, que era una especie de islita muy pequeña encima de otra más grande. Allí sólo vivíamos nosotros y así nos las arreglábamos.

La Cabeza estaba unida a la otra isla por una estrecha lengua de tierra a la que llamaban El Cuello. Ya he dicho que eso del tiempo no es lo mío, pero papá aseguraba que, yendo a buen paso, por El Cuello se tardaba algo menos de media hora en llegar hasta el primer grupo de casas y otro cuarto de hora más en ir al pueblo más grande de la isla principal. A mí Korsted me parecía gigantesco, pero la abuela siempre contaba que, comparado con la ciudad que había en el continente, no era más que un pueblecito diminuto. La idea de tanta gente junta me daba miedo. No me sentía a salvo en compañía de otras personas. Papá decía que con la gente nunca se sabe. No hay que dejarse engañar por su sonrisa.

Lo mejor de los que vivían en la isla grande era que ellos tenían todo lo que necesitábamos, así que, en el fondo, no podíamos arreglárnoslas sin ellos.

Cuando papá dejó de estar por la labor de salir de La Cabeza por las noches, la tarea de ir en busca de todo tipo de cosas recayó en mí, pero para entonces hacía ya mucho que me había enseñado a hacerlo.

Al principio, íbamos los dos juntos con la camioneta. Solía ser en plena noche, cuando la gente tenía el sueño más pesado. Buscábamos siempre un lugar donde esconder la camioneta y luego nos colábamos en graneros y cobertizos, y a veces también en cuartos de estar, en cocinas y en sitios así. Una vez nos metimos en el dormitorio de una señora, y estaba tan borracha que hasta nos atrevimos a quitarle el edredón. Después, no podía sacármela de la cabeza; me preguntaba qué habría pensado al despertarse y ver que el edredón ya no estaba. Papá me contó que la había visto en Korsted al día siguiente. Le había parecido algo confusa, ¡y no era para menos! Papá me explicó que era un edredón de plumón de oca que tenía que haberle costado un dineral. ¿Creería que se había ido volando él solito?

El edredón de oca se lo quedó mamá y yo heredé su edredón viejo, que era uno que papá había conseguido a principios de año a cambio de una prensa estupenda para embutidos. Era de plumas de pato. Unos meses más tarde volvimos a casa del barbero a recoger la prensa, porque la idea no era que se quedase con ella. El barbero y su mujer dormían en el piso de arriba, y la cocina y la prensa estaban en el de abajo. Ni siquiera echaban la llave de la puerta de atrás, así que más fácil no pudo ser. A esas alturas, yo creía que el barbero en realidad estaba de acuerdo en que fuésemos a llevarnos nuestras cosas. O sus cosas. O de quien fueran. Su mujer siempre olía que apestaba; ¡se olía desde la cocina! De haber sido el barbero, yo habría preferido que alguien viniera a llevársela a ella en vez de la prensa. Papá decía que era perfume.

Durante mucho tiempo, el edredón de pato de mamá olió a la mujer del barbero, pero cuando lo heredé yo, olía sobre todo a mamá, un poquito a perfume y nada a pato, gracias a Dios. En cambio, el nuevo edredón de oca de mamá olía lo suyo a alcohol. Ella, que lo más fuerte que bebía era café con leche y al final nada más que agua de la bomba; pero ya llegaremos a eso.

Papá tenía el don de saber abrir puertas y ventanas sin hacer ruido. Decía que lo había aprendido de su padre. Nunca conocí al abuelo, pero sé que se llamaba Silas. Cuando papá me enseñó a mí, me pasaba el día en el taller, practicando con las puertas y ventanas que encontrábamos. En el vertedero del sur de la isla había tantas que nos llevábamos todas las que nos cabían en la plataforma de la camioneta. No entiendo por qué la gente tira esas cosas. Si se pueden arreglar; y sirven para abrirlas y para cerrarlas y para jugar con ellas.

Solíamos evitar las casas con puertas nuevas porque cuando a la gente se le ocurría cerrar con llave era difícil entrar. Por suerte, en la isla esas cosas no

las hacía casi nadie. De todas formas, cuando no conseguíamos entrar en una casa, por lo general tenía un granero o un cobertizo, así que al final siempre acabábamos encontrando algo. Una vez nos llevamos un lechón. Nos hacía falta uno y, la verdad, el granjero tenía tantos que no iba a poder comérselos todos él solo. Me sorprendió que no protestase cuando papá lo levantó, ni siquiera un gritito de miedo. A lo mejor fue porque él era muy bueno con los animales. Con todos los animales. También sabía matarlos sin que notasen nada. Decía que no era más que otra forma de tratarlos bien.

Cuando llegó el momento de que saliese yo sola, al principio no las tenía todas conmigo. Sobre todo, porque la última noche con papá las cosas habían estado a punto de acabar mal. Habíamos encontrado un par de vigas de hierro largas y oxidadas y las habíamos subido a trancas y barrancas a la camioneta, pero al pasar por un pueblo doblamos una esquina y una de ellas chocó contra un muro, haciendo un ruido de mil demonios. Se encendieron las luces de algunas casas, pero en el último instante papá logró desviarse por un camino de tierra y ponerse a cubierto tras un seto, de modo que nadie nos vio. Al día siguiente, subimos las vigas a rastras hasta el primer piso, donde cabían en el pasillo por los pelos. Había que ir con cuidado, eso sí, para no chocar con ellas con los pies descalzos.

Otra vez también nos faltó muy poco para que nos descubrieran, pero ahí la culpa fue mía. Sin querer, pisé un tapacubos en el garaje del fontanero. Después me escondí en un rincón conteniendo el aliento, porque oí que el fontanero abría la puerta del garaje. Si no llega a ser por su gato, que en ese mismo instante le saltó encima, habría encendido la luz y me habría descubierto. En cambio, le chilló al gato: «Pero ¿qué demonios...? ¿Has armado tú ese escándalo?! ¡Adentro ahora mismo!».

Cuando salí del garaje, papá tenía una cara rarísima. Lo había escuchado todo desde fuera y no tenía ni idea de que también había un gato.

El caso es que no tardé en encontrarle ciertas ventajas a eso de salir sin papá. Para empezar, yo era más menuda y más rápida, y había aprendido a moverme sin hacer el menor ruido. Iba andando o corriendo, porque aún no tenía edad para conducir, y montar en bicicleta no me gustaba. Además, veía en la oscuridad mucho mejor que papá. «Tienes que ser como el búho», me decía muchas veces, y yo lo era, aunque no sabía volar ni giraba la cabeza hasta darle toda la vuelta. Y eso que estuve entrenándome en las dos cosas hasta que comprendí que nunca se me daría bien ninguna de las dos. Carl también lo intentó, claro. A él, en cambio, le fue un poco mejor.

Mamá no decía gran cosa. En realidad, creo que no le hacía mucha gracia que saliéramos de noche, aunque sí le gustaba lo que traíamos. Sobre todo, lo que salía de la cocina de la fonda.

Uno de los primeros recuerdos que tengo de mi vida en La Cabeza es el aroma a resina fresca: el peculiar cosquilleo en la nariz, la sensación pegajosa en la palma de la mano y la voz bondadosa de papá al hablarme del jugo que corría por dentro del tronco. Era un jugo prodigioso, aseguraba, porque protegía de ataques y, al mismo tiempo, curaba heridas y conservaba bichejos muertos por toda la eternidad. También recuerdo haber visto una hormiguita viva trepar por la corteza, pasar junto a aquellas gotas doradas y viscosas dando un rodeo y perderse en una grieta para reaparecer al cabo de un instante algo más arriba. Arriba, siempre hacia arriba.

Después de aquel día, les susurraba a los árboles sangrantes que sus heridas se curarían, porque la resina era su sanadora y protectora. Los árboles eran amigos míos.

Y las hormigas eran nuestros conocidos comunes. Siempre al pie del cañón, criaturas pequeñas y tenaces en busca de su camino. Árbol arriba, árbol abajo, hierba a través, cruzando el patio, por la cocina, subiendo al armario, bajando a la miel, por el cuarto de estar, al hormiguero y vuelta a empezar. Por lo general, llevando auestas comida o algún objeto en apariencia inservible y, de vez en cuando, a un miembro de la familia muerto.

No sé si alguien diría que los árboles que crecían detrás de nuestra casa eran un bosque, porque ¿cuántos árboles hacen falta para formar un bosque? Desde luego, para Carl y para mí era un bosque, un bosque gigantesco. No, era más que eso. Era un mundo ilimitado de olores, sonidos y vida que en algún punto a lo lejos se disolvía en un paisaje de cantos de alondra, brezo y hierba azul que se escurría por la arena, que se escurría por el agua, que se perdía en un mar sin fin.

Pero lo del brezo y el mar tardé algún tiempo en averiguarlo. Al principio, estaba sólo el árbol. Aquel árbol sangrante y aquella hormiga lista que esquivaba el oro viscoso que podría haberla asfixiado.

Más tarde descubrí los otros árboles: los abetos que tendían los abanicos de sus ramas hacia el suelo en un intento de oír los susurros de la tierra. Qué aire tan triste tenían siempre; además, aunque algunos alcanzaban alturas desmesuradas, parecían agacharse, nostálgicos del lugar que los había visto brotar. Qué distintos de los pinos, densos y fuertes, con sus agujas hirsutas y

sus piñas rebosantes. Siempre me daban la sensación de que la tierra les traía sin cuidado. No tengo ninguna duda de que miraban al cielo, y quién sabe si no habrían alzado el vuelo de buena gana de haber encontrado el modo de despegarse del suelo. Aun así, quiero creer que habrían regresado. Al fin y al cabo, su sitio era La Cabeza, como me ocurría a mí.

Creo que mis favoritos eran los abetos, aunque a mí también me gustaba la idea de salir volando.

Luego estaban los árboles sonajero. Se ocultaban entre las coníferas con sus esbeltos troncos grisáceos rematados por guirnaldas de hojas verdes, corazoncillos dentados que, mecidos por la brisa, tintineaban como música. Tanto me entusiasmaba ese sonido que a veces me sentaba al pie de uno de ellos a esperar al viento. Recuerdo con claridad lo mucho que me asusté el día que, de repente, el primer suspiro del otoño arrancó las hojas, que quedaron esparcidas por el suelo en torno a mí. Allí me quedé, en medio de un mar de corazones perdidos. Intenté volver a sujetarlos a las ramas (a las más bajas, porque no era muy alta), pero con mis temblorosos esfuerzos lo único que conseguí fue arrancar aún más hojas. No entendía nada. Hasta que llamé a papá y él me lo explicó todo.

A partir de aquel momento, el bosque se convirtió en el lugar más seguro del mundo. Entendí que todo regresaba. Que los colores se iban reemplazando unos a otros: al verde claro el oscuro, el rojo fuego, el ocre dorado, el más negro de los negros. El humus. Que la tierra precisaba algo que comer para hacer brotar vida nueva. Que la luz sucedía a la oscuridad, que sucedía a la luz. Que los corazones volverían a crecer.

Hoy creo que papá nunca fue tan feliz como allí, en plena naturaleza. Donde podía respirar. Nunca hemos vuelto a tener tanto aire y tanta luz como entonces, y estoy segura de que sentía en la panza el calor del sol como lo sentía yo cuando, echados boca arriba, observábamos los pájaros en las copas de los árboles. Mamá aún no me había enseñado la canción del alfabeto y yo ya reconocía el canto de todos los pájaros. Y cuando me la enseñó, yo insistía en acabarla con la ø .

Yo quería terminar en una ø. No en una å^[1]

A veces me pregunto si sería todo ese aire lo que después mantuvo a papá con vida. Y toda esa luz. ¿Se podrá almacenar dentro del cuerpo para usarlo más tarde igual que se almacenan recuerdos en la cabeza; y pilas de paquetes de pan crujiente y galletas en el lavadero, y paraguas y tapacubos y tocadiscos viejos en la cocina, y abrazaderas y redes de pesca y latas de conservas en el cuarto de baño, y rollos de tela y vigas de hierro y abono y bidones de

gasolina y periódicos y alfombras en el pasillo, y piezas de maquinaria y colchones de muelles y bicicletas y teatros de marionetas y violines y pienso para gallinas en el cuarto de estar, y toallas y peceras y máquinas de coser y velas y montones de libros y pastas en el dormitorio, y una cabeza de alce disecada en el cuarto de al lado, y casetes y edredones y sobres de gel de sílice y bandejas de aluminio y sacos de sal y botes de pintura y barreños y peluches y niños en un contenedor viejo?

Vale, entiendo que, dicho así, suena bastante raro, pero es que era así. No acabábamos de ser como el resto del mundo, me fui dando cuenta sobre la marcha. Mamá también lo sabía. Ahora estoy leyendo las cartas que escondió para mí en una carpetita verde. «Para Liv», pone.

Así me llamo. Liv.

No quiero leerlas todas de golpe. No me gusta la idea de que se acaben, por eso sólo me leo una cada vez. Tengo tiempo de sobra.

Papá no se parecía en nada al resto del mundo.

Se llamaba Jens.

Jens Haarder.

Querida Liv:

Pongo esta página la primera de la carpeta. Considérala una introducción. Las otras puedes leerlas en el orden que prefieras. No creo que haya ningún orden.

Siempre me faltó valor para decirte todo lo que habría querido, y a medida que mi voz se fue desvaneciendo, ya no fui capaz de hacerlo. Pero sí puedo escribir y tú sabes leer —de eso me he ocupado personalmente—, y puede que un día leas estas reflexiones mías. Puede. No sé si debo esperarlo. Lo que espero es que, si lo haces, tengas edad suficiente.

Ya te he escrito varias cartas largas, pero también hay algunas breves que, en realidad, son apuntes apresurados, ocurrencias repentinas. No sé cuántas habrá al final. Ni cuál será ese final.

He escondido la carpeta para que no la encuentre tu padre, creo que es lo mejor. Si la cuelo entre el borde de la cama y el colchón y le echo la manta por encima, no se ve nada; además, así siempre la tengo cerca por si surge algo que contarte.

Aun así, cada vez me cuesta más sacarla. Peso tanto que ya casi no puedo darme la vuelta. Y me duele todo el cuerpo.

Perdona si lo que dicen mis cartas te parece caótico. Pero estás acostumbrada a manejarte en el caos, así que quizá lo comprendas todo. Quizá también comprendas a tu padre.

Debes saber que le quiero. Y debes saber también que lo más probable es que algún día tu padre acabe con mi vida. Yo lo entenderé, Liv. Pero ¿y tú?

Con todo mi amor,

tu madre

P. D.: No sé si nuestra vida ha sido un cuento de hadas o una historia de terror. ¿Tal vez un poco de cada? Espero que logres ver lo que ha tenido de cuento.

Jens Haarder

Hubo un tiempo en que decían que Jens Haarder era el hombre más apuesto de la isla, pero con los años empezó a costar entender el motivo. En parte porque el cabello y la barba le crecían indómitos y sin control y en parte porque llegó a un punto en que se hizo difícil reconocerlo; no sólo por la barba, sino también por todas las cosas que se habían amontonado en torno a él. Quién iba a decir que Jens acabaría envuelto en semejante barullo.

En la isla lo conocían de toda la vida. Es decir, sabían quién era. Lo veían pasar por Korsted al volante de su viejísima camioneta. La gente de cierta edad, lo que equivale a decir la mayoría de la isla, sabía perfectamente que era la misma que en tiempos había conducido el padre, por lo general llevando muebles de madera recién arreglados o árboles de Navidad listos para adornar. Y a Jens. El gracioso mozalbete iba sentado con la carga, traqueteando feliz, sin una pizca de barba ni de barullo.

Todo comenzó muy bien. Era un niño muy querido, tanto como su hermano Mogens, y junto con sus padres ambos chiquillos gozaban de una vida en muchos aspectos privilegiada en La Cabeza. Eran los mejores amigos, La Cabeza era su patio de recreo y, a medida que su padre les fue enseñando el oficio, acabó por convertirse en su lugar de trabajo.

El padre, Silas, sabía hacer muchas cosas, pero era sobre todo un diestro carpintero. Ponía todo su empeño en dar lo mejor de sí mismo y veía la madera como algo muy valioso, un prodigio natural al que trataba con el mayor de los respetos desde el instante mismo en que brotaba de la tierra, tanto si estaba destinada a terminar sus días en forma de leña como de tablas, de mueble o de árbol de Navidad jubilado. O a sobrevivirle a él. Un puñado de elegidos acababan convertidos en ataúdes bellamente decorados y de ese modo regresaban a la tierra de la que habían surgido en la mañana de los tiempos.

Los dos hijos habían heredado el talento de su padre para el trabajo manual, pero ahí terminaba cualquier parecido entre ambos.

Jens era el hijo más joven. El más joven, el más moreno y el más guapo, solía pensar su madre al verlos jugar en el patio por la ventana de la cocina. En cambio, la cabeza de Mogens era infinitamente más clara en todos los sentidos y eso la tranquilizaba, pues así había esperanzas para el negocio el día que los muchachos se hiciesen cargo de él. Else Haarder tenía tanta fe en las dotes de su hijo mayor para las finanzas, que en su fuero interno estaba convencida de que Mogens llegaría más lejos que su padre.

Porque Silas era un carpintero consagrado, cierto, pero a la hora de ocuparse de los temas económicos era más bien limitado. Dinero ganaba, sí, pero parecía destinarlo más a cosas que no hacían ninguna falta que a comprar lo necesario, que debería haber sido el verdadero objetivo de su empresa. Visitaba con frecuencia a los dos ropavejeros de la isla grande y tenía la rara habilidad de dar justamente con los graneros donde tenían cosas de las que querían desembarazarse. Por eso siempre volvía a casa entusiasmado con algo que había encontrado.

Su mujer muy rara vez celebraba sus hallazgos, pero él no podía evitarlo. Además, estaba firmemente convencido de que tarde o temprano sabría darle un uso a todo aquello. La cuestión era tener ojo, aseguraba. ¡Saber ver el potencial! A veces, los objetos más sencillos escondían un valor incalculable. ¿No les había hecho una preciosa lámpara de techo con doce herraduras viejas? A Else no le quedaba más remedio que darle la razón. Era de una belleza poco habitual, diferente. Después, Silas consiguió venderles un par de ellas a unos turistas del sur y así pudo permitirse comprar más herraduras viejas.

El talento de Silas con la madera no se limitaba a la talla, el ensamblaje y el torno; también tenía mano con ella antes de que pasara por la garlopa. De hecho, cuidaba y se preocupaba de todos los árboles de La Cabeza como si fuese su padre biológico. En cuanto a sus hijos reales, había sido capaz de repartir entre ellos su amor y su saber con cierto éxito: Jens amaba el bosque con el corazón; Mogens, con la cabeza. Dicho con otras palabras, a Jens se le hacía un nudo en la garganta cada vez que veía talar un árbol, mientras que Mogens se afanaba en calcular su valor.

Silas Haarder quería por igual a sus dos hijos, naturalmente. Pero tal vez a Jens un poco más.

La idea de ampliar el bosque mixto ya existente con un bosquecillo de árboles de Navidad fue la más visionaria de todas las que tuvo y, desde luego,

la más lucrativa. Gracias a ella había árboles y ramas de abeto ornamentales de sobra para los isleños y para los pocos que se aventuraban a pasar las Navidades en las casas donde también veraneaban, y con ello los Haarder podían permitirse servir más manjares en su mesa por las fiestas. Eso sí, sólo si Else se hacía con el dinero antes de que acabase malgastado en todo tipo de objetos inservibles.

La familia tenía La Cabeza entera para ella sola, de manera que había espacio de sobra para los abetos. Al parecer, a nadie le interesaba vivir en un lugar tan apartado ni siquiera entonces, cuando árboles y arbustos aún no habían empezado a crecer descontrolados y a invadir los claros donde pastaba el ganado. A cambio, aunque el paseo a pie o en coche por aquella lengua de tierra resultaba algo pesado, la gente iba a menudo a verlos para que les reparasen algo o simplemente a charlar un rato. Silas era un hombre querido entre los vecinos de la isla. Apreciaban su trabajo y al mismo tiempo se divertían con sus pequeñas rarezas. Todo el mundo sabía, por ejemplo, que hablaba con sus árboles, y si eran tan populares se debía, sobre todo, a que a todos les encantaba oírle despedirse de ellos entre murmullos antes de entregárselos a los clientes. Luego se frotaba las manos para ahuyentar el frío de diciembre y contemplaba apenado cómo su mujer se embolsaba el dinero.

Silas no era, desde luego, un hombre corriente, pero nadie ponía en duda su bondad, y los ataúdes que hacía eran tan bonitos que a todos les parecía casi un privilegio ser enterrado en uno de ellos.

Nadie, aparte del propio Silas y su hijo pequeño, sabía que los ataúdes se probaban antes de la entrega al interesado. Cuando uno estaba acabado, entraban sin hacer ruido los dos juntos en el taller mientras Else y Mogens dormían profundamente. Después se echaban dentro del ataúd, Silas al fondo con Jens encima, envueltos en la oscuridad y en el aroma a madera fresca.

A Jens no se le ocurría un lugar más agradable ni donde se sintiera más protegido, y muchos años después, cuando aquellos momentos funerarios se perdían en difusos recuerdos infantiles, conservaba todavía esa sensación. La oscuridad era una íntima amiga. Un abrazo cariñoso.

Siempre charlaban un rato a propósito del mecánico de bicicletas, el panadero o quienquiera que hubiese muerto y estuviese a punto de tumbarse allí. Silas conocía a casi todos los vecinos de la isla grande, y si no, conocía a alguien que los conocía. No eran chismes. Solamente decía cosas buenas de los muertos. Cosas como que el panadero siempre había cuidado bien de sus ratas, o que el cartero había sentido tanto amor por su mujer que había tenido que repartirlo con nada menos que otras tres señoras de la isla.

Silas también le explicó en secreto a su hijo que, durante muchos años, el alcalde de Korsted había estado escondiendo cosas en su granja que se podían coger, pero sólo si te ibas sin hacer ruido y sin que nadie te viera y no se lo contabas a nadie después, ni siquiera al alcalde. Era un juego muy gracioso al que el alcalde jugaba con unos pocos iniciados. A su muerte otros vecinos continuaron el juego, pero todo muy en secreto; Jens no podía decírselo a Mogens ni a nadie más. Y mucho menos a su madre, a quien no gustaban nada ese tipo de juegos.

Lo que se hablaba en el ataúd, en el ataúd se quedaba. Ése era el trato.

En cambio, no todo lo que se metía en el ataúd se quedaba en él. La noche en que preparaban el del panadero, Jens estaba ya a punto de meterse y reunirse con su padre cuando tuvo una ocurrencia de última hora. Dio media vuelta y empezó a rebuscar en un cajón que había al lado del torno.

—¿Qué haces, Jens? —lo oyó decir desde el fondo del ataúd.

—Quiero meter dentro su rodillo —susurró Jens al volver, lleno de orgullo—. ¿No crees que le gustará tenerlo con él aunque se le haya rajado el mango?

Cuando el extremo del rodillo chocó contra el fondo se oyó un pequeño clac. Silas tardó un rato en responder.

—Bueno, no sé yo. Además, hace tiempo que lo tengo, Jens. Le he cogido cariño a ese rodillo, ¿por qué crees si no que lo conservo? No hay razón para enterrar una herramienta excelente que aún sirve. Así nos acordaremos de vez en cuando del viejo panadero. No, es mejor dejarlo aquí. Al fin y al cabo, él no va a necesitarlo en el sitio al que va.

—¿Quieres decir en el ataúd? —susurró Jens.

—Pensaba más bien en lo de después.

—¿Después? Pero ¿adónde va a ir después?

—Uf, eso depende un poco de lo bueno que haya sido.

—¿Como panadero?

—No, no exactamente. Más bien de lo bueno que haya sido y lo bien que se haya portado con los demás en vida.

—Una vez me tiró a la cabeza la boquilla de la manga pastelera.

—¿De verdad?

—Sí, porque me quedé toqueteando el marco de la puerta de la panadería. El que le hiciste tú en primavera.

—¿Y te llevaste la boquilla?

—Sí.

—Bien hecho.

—¿Adónde va a ir entonces? Por tirarme la boquilla.

—Quién sabe, eso lo decide la naturaleza. Pero cuando su cuerpo se descomponga en el ataúd, su alma lo abandonará y se convertirá en otra cosa. En lo que haya merecido convertirse.

—¿Y qué será? ¿Una mariposa? ¿Una hoja de hierba? ¿Un coche de caballos? —insistió Jens—. ¿Un cerdo de engorde? —No le costaba nada imaginarse al panadero como un cerdo de engorde.

—Igual, quién sabe.

—¿Puede volver a ser panadero?

—Esperemos que no.

—Pero ¿se quedará en la isla?

—Quién sabe.

Jens le dio muchas vueltas a aquella conversación en el ataúd. Le reconfortaba saber que no todo terminaba con la muerte, pero, por otra parte, no le hacía ninguna gracia no saber lo que iba a ser después. Visto lo visto, prefería seguir viviendo en su pellejo. No le apetecía nada, por ejemplo, convertirse en un mosquito. Para eso mejor una hormiga, que por lo menos no iban por ahí picando a todo el mundo; o un árbol, que podía acabar siendo un bonito ataúd donde alguien se tumbase a charlar alguna vez.

Se le ocurrieron montones de cosas sobre la muerte, pero había una en especial en la que habría preferido no pensar nunca: que él no era el único que iba a morir. Su madre y Mogens también lo harían tarde o temprano. Y su padre. Y fueran lo que fuesen más adelante, ya no serían su madre, Mogens y su padre. Le dolió la barriga durante días sólo de pensarlo y empezó a hacerse preguntas. ¿No sería mejor morir antes que ellos y así no echarlos de menos? Pero ¿y si entonces eran ellos los que le echaban de menos a él y estaban tristes? ¿Y si una vez muerto se convertía en un árbol o en un caballo o en un espantapájaros? ¿Se darían cuenta? ¿Había algo más horrible que ser un espantapájaros al que no reconocían y quedarse ahí todo el día, espantando pájaros? Y ¿sería posible convertirse en un rodillo de cocina? ¿Y qué ocurriría entonces si se rompía?

Las ideas se agolpaban en su cabeza y tenía espantosas pesadillas en las que iba a dar con sus huesos en el vertedero. Una vez había ido con su abuela al vertedero que había al sur de la isla a tirar un montón de trastos que su madre no quería ver más por medio porque estaban rotos. Cuando llegaron a casa, Silas ya había vuelto del bosque. ¡Fue la primera vez que los niños vieron a su padre hecho un energúmeno! Al saber que se habían llevado las cosas sin su permiso, se le puso la cara toda roja. Su madre tuvo que dedicar

casi toda la tarde a intentar aplacarlo, pero por fin se sentaron en el banco cogidos de la mano mientras los chicos, aliviados, jugaban a la pelota.

Algún tiempo después murió su abuelo materno. Al principio, Mogens y Jens creyeron que debían sentirse apenados, pero les explicaron que no había por qué afligirse, pues era un hombre viejo que, en realidad, ya había cumplido su misión como abuelo y no tenía nada en contra de morir. Tampoco lo conocían demasiado bien, porque vivía muy al sur, en Sønderby, y las contadas veces que subía de visita a La Cabeza apenas soltaba una palabra. De modo que no se podía decir que lo echaran mucho en falta. Aun así, Jens no podía dejar de preguntarse en qué le habría gustado convertirse a su abuelo. Y si lo conseguiría.

La noche que dejaron el ataúd del abuelo terminado, Jens pudo por fin sacarse aquellas ideas de la cabeza. Se tumbó cómodamente en la mullida tripa de su padre, que le había puesto en el pecho sus manos, grandes y cálidas. De vez en cuando notaba el roce de la barba de Silas en la frente y, aunque raspaba un poquito, resultaba agradable. Respiraban al compás.

—¿Tú en qué crees que va a convertirse el abuelo?

—Era un buen hombre. Supongo que se convertirá en algo bueno.

—O sea, ¿que no va a ser un mosquito?

—No, eso no acabo de verlo.

—¿Un árbol?

—Sí, un árbol creo que sí. Un pino grande y bonito.

—¡Pues tendremos que cuidar de que nadie lo tale!

Jens supo por la barba que su padre sonreía.

—No tiene nada de malo talar un árbol, si se sabe valorar la vida que ha vivido. En cuanto a tu abuelo, es posible que no siempre tomara las decisiones más acertadas, pero fue un hombre bueno y cariñoso incapaz de hacerle daño ni a una mosca. Y así lo recordaremos.

Jens había ido a Sønderby a visitar a su abuelo en un par de ocasiones y no tenía ni idea de que allí hubiese moscas. Él solamente había visto un perrito que lo seguía a todas partes y, si le daban la orden, se hacía el muerto. Todo fue bien hasta el día que no volvió a levantarse. Después de eso dijeron que era el perro más obediente de la isla y el abuelo de Jens dejó de hablar. Luego se murió él también.

—Y no sería capaz de hacerle daño a su perro, ¿verdad? Aposto, quiero decir —preguntó Jens preocupado.

—Tú también eres bueno, Jens. No, tu abuelo nunca le hizo daño a nadie. Y ahora tú tienes su gorra. Puedes llevarla, aunque te está un poco grande.

Será una buena manera de recordarle, ¿no te parece?

Jens asintió en la oscuridad.

—¿Yo también seré el padre de alguien algún día? —preguntó de repente.

—Yo diría que sí.

—Si tengo un hijo, se llamará Carl.

—¿Carl? ¿Y por qué Carl precisamente?

—El poeta que he conocido en el vertedero dice que se llama Carl y tiene más de cien años. Calcula que llegará a los doscientos.

—¿Eso dice? —exclamó Silas entre toses.

—Sí, y si le cuentas los anillos de la cara parece que es verdad. Por lo menos tiene muchos.

—Ya veo, pues probaré la próxima vez que lo vea. Si da tiempo.

—Y si tengo una hija, se llamará Liv, como la recién nacida que vimos ayer.

—Es un nombre muy bonito —observó Silas con una sonrisa.

—Sí.

Se quedaron allí echados, escuchando el susurro del bosque, que entraba por una rendija de la ventana. El sonido iba acompañado de un olor a abetos y a musgo húmedo que se entremezclaba con el aroma de la madera del ataúd. No tardaría en unírseles la madreselva.

Silas Haarder hizo un leve movimiento.

—Entonces, declaramos terminado el ataúd del abuelo, ¿verdad? Pues vámonos a la cama. Ten cuidado y no despiertes a tu hermano cuando entres.

—No me ha pasado en la vida.

—No, tienes razón. Mogens siempre duerme como un tronco.

Aquella noche, Jens no pudo pegar ojo. Estuvo pensando. ¿Y si los troncos eran personas dormidas que se sentían tan cansadas que no podían convertirse en nada?

El entierro salió estupendamente, aseguró Else Haarder a su regreso de la iglesia de Korsted. Mogens y Jens se habían quedado en La Cabeza con su padre. A Silas le gustaban mucho los ataúdes y muy poco los entierros, y tampoco le agradaba que los chicos salieran. Bastante era que de vez en cuando tuviesen que ir a la escuela en lugar de echarle una mano en el taller, en el bosque y con el ganado. Había trabajo de sobra para los dos. Además, Silas no confiaba mucho en lo que aprendían en la escuela. A veces no entendía una palabra de lo que decía Mogens. ¿Raíces cuadradas?

Lo que le enorgullecía era comprobar el enorme talento de sus hijos para la carpintería. Sobre todo, el de Mogens. Jens, en cambio, tenía un don que su

padre no acertaba a definir, pero que le entusiasmaba.

La inauguración del primer ataúd había sido algo espontáneo. Él sólo pretendía que el crío se deleitase con el placer de dejarse envolver por la madera y por el oficio que algún día dominaría a la perfección. Que sintiera las líneas, las proporciones, el olor a tronco. Y contarle que el árbol seguía vivo y trabajaba en torno al muerto. ¡Qué poco le habría interesado eso al maestro!

Nunca había sido su intención que aquellas ceremonias continuasen, pero echarse allí en secreto con su hijo menor entre los brazos y escuchar sus comentarios, confidencias y preguntas le dio a su vida un sentido del que antes carecía.

A Silas le traía sin cuidado la opinión de los demás. Ni siquiera se había parado a pensar que a ojos de otras personas aquello podría parecer algo estafalario. A él lo único que le importaba era que aquello —su rinconcito privado de confidencias— durase lo máximo posible.

Jens ponía buen cuidado en no irse de la lengua ante su hermano mayor ni contarle los importantes asuntos de los que se había enterado en el ataúd. Sin embargo, lo acuciaba una pregunta.

—Mogens, ¿tú qué quieres ser?

—¿De mayor? Inventor, ¡eso seguro, inventor!

—Ya, pero y después, cuando te mueras, ¿tú qué quieres ser?

Mogens se quedó mirándolo.

—Es que no pienso morirme. Un día inventaré algo que me mantenga con vida y ganaré tanto dinero que no tendré que trabajar. Pero no se lo digas a nadie. Tú también seguirás vivo, te lo prometo.

Ahora Jens tenía aún más cosas en que pensar, algo más que no podía contarle a nadie.

Una noche de otoño, Jens y Mogens estaban acostados en su cuarto oyendo cómo el viento arrancaba las tejas del tejado y lo derribaba todo. Era un norte fuerte y persistente que culminó en una furiosa tempestad. Desde el establo llegaban los crujidos de la media batiente de la compuerta agitándose en sus goznes hasta que una ráfaga de viento repentina la arrancó en medio de un estrépito al que siguió una curiosa cacofonía de relinchos, mugidos y balidos. Poco después oyeron el golpe de otra puerta y a su padre gritándoles a las bestias. Y había otros ruidos. Algo cayó del tejado. ¿La veleta? Un objeto que rodaba por el suelo hasta chocar contra otro. Mogens supuso que sería uno de

los barriles al estrellarse contra la bomba del agua y trató de calmar a Jens asegurándole que habría sido mucho peor si la tormenta hubiese llegado desde el sur o desde el oeste. Cuando el viento era del norte, como esa noche, el bosque les servía de parapeto y se llevaba la peor parte. Además, los árboles estaban tan apartados que, si se caían, no alcanzarían la casa, de manera que Jens no tenía por qué inquietarse.

Pero Jens no se calmaba. Al contrario, lo aterraba pensar en los pobres árboles que se jugaban la vida para proteger la casa. Un estruendo repentino seguido de un golpe sordo que procedía del bosque le hizo un nudo en la garganta. Se apretó contra Mogens, que abrazó a su hermano pequeño con cariño mientras fantaseaba con la invención de un eficaz blindaje antitormentas orientado hacia el sur y la ampliación del taller por el oeste.

A la mañana siguiente, dieron la vuelta a la casa y los cobertizos para inspeccionar los daños en compañía de su padre. Los edificios no habían sufrido desperfectos graves, pero había cosas tiradas por todas partes y tuvieron que dedicar cierto tiempo a recogerlas y dejarlas apiladas en montones contra los muros, más o menos como antes. Los animales llevaban rato calmados y mascaban su comida en sus humildes moradas.

Después fueron hacia el bosque a comprobar los estragos causados por el vendaval. Primero atravesaron el bosquecillo de árboles de Navidad, que había resistido sorprendentemente bien, y luego se adentraron por los senderos tortuosos del bosque mixto, donde unos cuantos abetos yacían como soldados caídos entre la neblina. Algunos habían arrancado del suelo grandes terrones que parecían gruesos escudos de tierra y raíces surgidos de hoyos muy hondos. Jens se acercó con cuidado a uno de los hoyos y observó el inframundo que se revelaba ante él: raíces de distintos grosores y longitudes asomaban de la tierra vertical y despuntaban en todas direcciones como tentáculos al aire, algunos arrancados de forma brutal, otros deshilachados en finas puntas sedientas. Por debajo, las raíces más obstinadas continuaban aferradas al subsuelo, mientras que por arriba la alfombra de musgo se descolgaba del borde como una catarata arrepentida a medio camino. Aunque el orden natural y la callada armonía habituales en el bosque brillaban por su ausencia, Jens también se empapó de aquel caos desconocido entre escalofríos de gozo.

No tardó en sentir sobre los hombros unas manos que le eran familiares.

—Este de aquí vamos a dejarlo así —susurró Silas por encima de él—. Seguro que algún zorro lo aprovecha y se hace una madriguera. Era un árbol ya muy viejo. Creo que le hacía falta morir.

Jens asintió. Mogens midió el árbol.

Los muchachos siguieron a su padre por el angosto sendero que serpenteaba entre abetos, pinos, robles, abedules y álamos temblones, y cada vez que Silas se agachaba para esquivar una rama, Jens también se agachaba, aunque aún le faltaban un par de años para que corriese el riesgo de darse un golpe. Cuando dejaron atrás los abetos altos y siguieron adelante rumbo al norte, se le encogió el corazón. Los chicos tenían órdenes terminantes de no ir nunca más allá de los abetos altos si iban solos por el bosque, y Jens no se había atrevido a desafiar la prohibición. Asustado, pero también fascinado, contempló el bosque de pinos retorcidos al que habían dado paso los abetos. Le pareció que tendían hacia él las ramas, pero no fue capaz de averiguar si su intención era abrazarle o estrangularle. Por lo visto, Silas percibió la inquietud de su hijo, porque se detuvo un momento y puso la mano sobre un brazo largo y sinuoso que atravesaba parte del sendero.

—Fíjate, Jens. Es un árbol encantado. Son árboles muy amables y les gusta acercarse a decir «hola».

Jens asintió contento y también puso la mano sobre la rama nudosa para saludar al tronco educadamente.

El camino giró y de pronto hubo más aire entre los árboles. La neblina blanca que había envuelto el bosque todo el día se había retirado hacia el sur muy despacio. En ese mismo instante, liberó por completo a los árboles encantados y dejó entrar en escena al sol de la tarde, que iluminó el sotobosque, revelando la existencia de un hervidero de vida: escarabajos relucientes abriéndose camino a través de matas humeantes, insectos que danzaban por el aire entre los troncos, el incesante escarbar de una musaraña entre las briznas de hierba. Un conejo pasó junto a ellos a la carrera, como si pretendiese dar alcance a la niebla, y en una trémula tela de hilos de plata, una araña se abalanzó sobre su presa sin parecer abrumada por la cruz que llevaba a la espalda.

Conteniendo el aliento, Jens dejó atrás los últimos árboles y salió al campo abierto que separaba el bosque de la playa. La dula. La gran dula misteriosa que tan sólo conocía por las descripciones de su padre y su hermano y por sus propios sueños nocturnos.

—¡Fíjate el brezo, cómo florece! —exclamó Silas—. Y qué perfume...

Le oyeron aspirar hondo por la nariz. Jens le imitó sin dejar de contemplar la alfombra violeta que se extendía a sus pies. Era un aroma nuevo y emocionante: el olor fresco y salobre de la brisa marina aderezado con el

brezo y la hierba recia. Pensó que aquél debía de ser el lugar más apacible del mundo. Le habría encantado tumbarse a intercambiar confidencias con su padre.

—Mira ahí..., son bocados del diablo. —Silas señalaba en dirección a unas flores azules redondas que hacían equilibrios sobre sus altos tallos entre el brezo y la hierba.

—¿Bocados del diablo?

Jens había oído hablar de un diablo que, según la mujer del párroco, andaba suelto por casa del cartero. A juzgar por su tono al hablar de ello, no debía de ser nada bueno, y Jens esperaba que no tardasen en llevárselo al taller para al fin poder verlo con sus propios ojos.

—Sí, y cuando llegue el verano os enseñaré qué otras flores crecen por aquí. Hay una que se llama «diente de arpía»...

Eso ya era otra cosa. Arpías, según Mogens, en la isla había a patadas, aunque a Jens no le quedaba del todo claro qué hacía que una chica fuese una arpía. Tal vez fueran los dientes.

—Y paja del jergón de la Virgen María...

Jens miró a su padre mudo de asombro.

—¿Se acuesta en eso?

¡Había oído hablar de la tal María en la escuela y sabía que tenía un burro y que se había casado con un carpintero! Más no recordaba, pero con eso bastaba para que le resultara simpática.

Silas sonrió.

—No, que yo sepa; pero si lo hiciera, le resultaría muy cómodo.

Le hizo un guiño a Jens, que creyó que tenía algo en el ojo.

Mogens no prestaba atención. Impaciente por bajar al mar, paseaba de un lado a otro dando pataditas que, cuando Silas les pidió que ahuyentaran a las víboras que a veces se ocultaban entre el brezo, transformó en ansiosos pisotones. Jens iba entre su padre y su hermano. Las víboras eran los únicos animales, aparte de los mosquitos, que no le gustaban nada.

—¡Ven, Jens, corre! —lo apremió Mogens exaltado corriendo hacia el punto de la playa donde el agua acababa de dibujar una línea en la arena.

Se dejó caer de rodillas con los pantalones cortos y aguardó. Al cabo de un instante, el agua regresó y se extendió suavemente por debajo de sus manos, sus rodillas y las puntas de sus zapatos, haciendo que se hundiera muy poco y mojándolo algo más de lo que había calculado. Mogens rio de felicidad.

Jens permaneció de pie entre la hierba azul, que le rozaba las piernas como pequeñas punzadas por encima de los calcetines largos. Pero apenas lo notaba. No podía apartar la vista de su hermano ni del agua.

Cuando el mar subía arrastrándose por la playa, parecía una lengua fina y brillante, pero no feroz. Lamía con cautela las rodillas de Mogens como un gato cariñoso. Jens se dijo que era un mar amable. Por algún motivo, él siempre había creído que allí arriba el mar le daría miedo. De repente, sintió que podía confiar en todo lo que había al norte.

Era verdad que desde la plataforma de la camioneta había visto el mar muchas veces, una extensión azul a ambos lados de El Cuello cuando iban dando tumbos por el camino que conducía a la isla grande. Y también lo había visto entre las lomas al aproximarse a Korsted o al ir a entregar los muebles ya restaurados a los vecinos de la zona. Su presencia era constante, un color envolvente, un eco lejano. Pero aún no lo había tocado. Jamás se había quitado zapatos y calcetines y se había adentrado en él para notarlo burbujear suavemente en los tobillos y retirarse otra vez con una leve succión a sus pies, bajo la arena. Nunca se había agachado a sentirlo correr entre los dedos; frío, blando, inconcebible.

Hasta ahora.

Mientras jugaban en la orilla, los chicos veían a su padre pasear sin perder de vista un ribete de algas y guijarros que, como una puntilla irregular, festoneaba la parte en pendiente de la playa, donde el agua y la arena intercambiaban caricias. Silas, con las manos a la espalda y algo inclinado hacia delante, avanzaba lentamente. A veces se detenía a escarbar entre las piedras antes de proseguir al mismo ritmo cansino.

—¿Estará buscando oro? —susurró Mogens.

«¿Estará buscando al abuelo?», pensó Jens.

Silas estaba buscando ámbar y lo encontró. Y más que eso. Los chicos estudiaron llenos de curiosidad la pequeña pepita de color amarillo oscuro que les mostró. Les enseñó a distinguir si era ámbar o una piedra y dejó que la mordieran con cuidado.

—¿Es valioso? ¿Como el oro? —preguntó Mogens.

—Las piezas grandes pueden llegar a tener cierto valor; se usan para hacer joyas. Pero no, no es tan valioso como el oro.

—Sí, pero ¿qué es? ¿De dónde viene? —se interesó Jens.

Silas sonrió.

—Enseguida os lo enseño. Pero antes tenéis que ver algo.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó otro trozo dorado. Éste era un poco más grande.

—A su manera, es más valioso que el oro. Mirad lo que esconde ahí dentro.

—Parece... ¿una hormiga? —susurró Jens.

—Es que es una hormiga. Y lo más impresionante es que esta hormiga es muy pero que muy antigua; antiquísima. Han encontrado ámbar con animales de hace millones de años.

—¿También animales de los grandes?

—No, la mayoría pequeños. Pero fijaos qué increíble que el ámbar los conserve de ese modo. ¿No es maravilloso?

Los muchachos asintieron a la vez sin perder de vista la hormiga. De repente, Jens se volvió hacia su padre abriendo unos ojos enormes.

—¿Y personas? Personas pequeñas..., ¿niños? ¿También han encontrado niños antiguos en trozos de éstos?

Silas le indicó que no con la cabeza e hizo caso omiso de las risitas de Mogens.

—Bueno, yo nunca he oído nada parecido. —Después se rascó la barba como hacía siempre que caía en la cuenta de algo interesante—. Aunque...

Mogens cerró la boca al instante.

—Hace mucho, mucho tiempo... —comenzó Silas—. No, venid conmigo. Será mejor que os lo enseñe.

Silas condujo a sus hijos a través de los brezales y de regreso al bosque sin pronunciar palabra. Había refrescado un poco, pero el sol aún brillaba en el cielo por el oeste y filtraba sus largos rayos entre los altos abetos.

—Debemos encontrar un árbol herido —dijo al fin al tiempo que abandonaba el sendero para adentrarse entre unos pinos—. Buscad alguno que tenga rota la corteza.

Mogens dio con uno en cuestión de segundos.

—¡Aquí! —gritó a tal volumen que cualquiera habría dicho que había descubierto oro.

No podría haber encontrado un árbol mejor que aquél; Silas Haarder ya sabía que por allí había un pino con heridas a la altura de los niños. Se sabía de memoria todos sus árboles.

—Buen trabajo. Miradlo bien. ¿Veis esas gotas doradas? Son de una especie de jugo que corre por dentro del árbol. Cuando hay algún daño en la corteza, el jugo brota por la herida y se espesa. Eso ayuda a curar al árbol y al

mismo tiempo mantiene a raya a los insectos dañinos. Tocado..., es pegajoso..., y oleos después los dedos.

—¿Qué peste tan asquerosa! —exclamó Mogens.

—Es una peste deliciosa —dijo Jens.

—Peste no, aroma —corrigió Silas cariñosamente. Acto seguido, se sacó del bolsillo el trozo de ámbar donde estaba la hormiga—. Eso que veis en el árbol se llama «resina». Y esta piedra de ámbar es resina antiquísima de un árbol antiquísimo.

—¿... en la que quedó atrapada una hormiga antiquísima?

—Exactamente.

—¿Y qué pasa con los niños? —preguntó Jens, que no se había olvidado de la frase que su padre había empezado a la orilla del mar.

—Pues mira, es que me he acordado de que los antiguos egipcios (una gente que vivió hace muchísimo tiempo) utilizaban resina para embalsamar a sus muertos.

Los muchachos le miraban sin comprender.

—Veréis, los egipcios creían que el alma seguía viviendo en el cuerpo del difunto si conseguían conservarlo y que no se echara a perder. Y para eso usaban la resina.

—Pero ¿eso quiere decir que así no se podría?

Jens había seguido con mucha curiosidad la descomposición de una cría de zorro muerta que había junto al camino cerca de El Cuello. Con el paso del tiempo, se había ido poniendo oscura y se había quedado plana. Y se había llenado de moscas.

—¿Y cómo lo conseguían? —preguntó Mogens—. ¿Qué hacían exactamente?

—Bueno, aquí el asunto se pone un poco técnico —dijo Silas entre risas—. Pero está bien... Primero sacaban del cuerpo los órganos internos, los pulmones, el hígado, las tripas y esas cosas, como me habéis visto hacer cuando destripo un animal.

Los niños asintieron con entusiasmo.

—Pero ellos dejaban dentro el corazón; el muerto lo necesitaba. Después limpiaban el cuerpo bien a conciencia. Y luego lo secaban dándole un baño de sal. La sal extrae la humedad, y en un cuerpo como ése no puede quedar una sola gota. La humedad es lo que hace que se pudra. Entonces llegaba el momento de untar al muerto con resina líquida y distintos aceites y envolverlo en vendajes. Incluida la cara y los dedos de los pies.

Silas disfrutó pensando que lo que acababa de enseñarles difícilmente iban a aprenderlo en la escuela.

—¿Vendajes? —preguntó Jens paladeando la palabra.

—Sí, tiras de tela muy fina..., como la que usé para curarte el brazo cuando te hiciste daño. También pintaban un retrato del difunto y luego lo pegaban sobre la tela, en el punto donde quedaba oculta la cara.

—¿Y qué hacían con él después? —preguntó Mogens frunciendo el ceño en un intento de entender el proceso en todos sus detalles.

—Lo metían en una especie de ataúd que colocaban en un lugar bien seco para que se conservase lo mejor posible. ¡Y funcionaba! Se han encontrado cuerpos embalsamados de hace miles de años.

—¿También niños?

—Sí, estoy seguro de que también han encontrado niños embalsamados.

Mogens observó aquellas gotas de resina que había producido el árbol que tenían delante.

—Pero ¿cómo se consigue tanta cantidad? —preguntó rascándose la barbilla a falta de barba.

—Se puede extraer de los árboles sangrándolos de cierto modo, así se obtienen buenas cantidades. Ya os lo enseñaré algún día. ¡Ahora hay que volver a casa! Seguro que vuestra madre tiene ya casi lista la cena.

—Que os ha explicado... ¿qué?

Jens nunca había visto a su madre con los ojos tan abiertos como cuando le contó las experiencias del día. Su padre y Mogens habían salido a echar un vistazo a los animales y él estaba ayudando a poner la mesa. No se la veía muy contenta con todo aquello de los niños antiguos y la resina.

A partir de aquella cena se anduvo con pies de plomo; lo que se hablaba en el bosque, en el bosque quedaba.

Marcado

Todo iba bien hasta que empezó a ir mal. A Silas Haarder lo encontró su hijo menor, que arrastró el cadáver de su padre por el brezo y a través del bosque hasta meterlo en el patio, donde lo dejó tendido en la gravilla bajo el hiriente sol del mediodía.

Después se desplomó extenuado junto a su padre.

Nadie entendía de dónde había sacado el chiquillo la fuerza necesaria para arrastrar tan largo trecho al carpintero. De acuerdo, tenía ya trece años, pero era un crío menudo; nada que ver con su hermano, tan grande, tan fuerte y cuatro años mayor.

A pesar del agotamiento, Jens se negaba a separarse del cadáver. Aferrado compulsivamente a la camisa del padre, chillaba cada vez que alguien se acercaba. Sólo al cabo de unas horas pudo cogerlo el hermano y meterlo en casa. Jens se había quedado dormido como un tronco.

Creían que al carpintero lo había alcanzado un rayo mientras estaba en la dula, pues tenía quemaduras en las piernas y en la espalda, unas ramificaciones bonitas y bien trazadas que parecían salidas de la mano de un artista. Esa misma mañana había habido una tormenta, pero tan breve que aún no había alcanzado a hacerse notar cuando ya había pasado.

Al cabo de unos días, metieron a Silas dentro de un ataúd fabricado en serie y lo enterraron en el cementerio de Korsted en presencia de un puñado de vecinos silenciosos, una viuda desolada y su hijo mayor.

El pequeño se negó a ir.

Tras la muerte de su padre, Jens se volvió muy callado. Cuando faltaba a la escuela, cosa que hacía a menudo, deambulaba por la isla grande y examinaba a escondidas los cobertizos y los graneros de los vecinos. Prefería estar solo en el taller o pasear por el bosque a primerísima hora de la mañana, antes de que hubiese luz. El día que dejó de aparecer por la escuela definitivamente, Else Haarder se dijo que daba igual. Se esforzaba en el taller, se ocupaba del

ganado y se tomaba muy en serio el cuidado de los árboles; en realidad, era lo más importante.

Tras la muerte de Silas, Mogens se hizo cargo de la carpintería. Seguían llegando pedidos, porque la gente sabía de sobra que los hijos no sólo habían heredado el negocio de su padre, sino también su talento.

No era que un carpintero fuese indispensable, sobre todo ahora que comprar todo nuevo resultaba tan sencillo, pero querían ayudar. Por eso mismo, hicieron la vista gorda cuando Mogens empezó a llevar la camioneta antes de sacarse el carné de conducir. Lo hacía bien. El día que fue Jens quien bajó toda la calle principal del pueblo con un par de ventanas recién reparadas en la plataforma, todo el mundo lo encontró de lo más natural.

Los años fueron fundiéndose unos con otros.

Else siempre había visto rasgos de su marido en su hijo pequeño, pero a medida que Jens crecía, las semejanzas se hicieron más evidentes. Su boca adquirió la misma forma que la del padre: una línea afligida que al final se elevaba en las comisuras insinuando una sonrisa (como la expresión de un osito de peluche muy amado, feliz por todas las caricias que ha recibido y triste por todas las que no ha dado). Jens también había heredado la mirada de su padre. En sus ojos cálidos y casi negros como el carbón ardía el mismo brillo soñador.

Jens, sin embargo, era aún más introvertido que Silas. Su lejanía y su perpetuo silencio parecían una huida y preocupaban a Else. Ella habría querido entrar en su mundo, que el muchacho le hiciese confidencias como a su padre. Que le mostrase la misma confianza. Y, a la vez, le daba miedo lo que pudiese encontrar dentro de él. En la oscuridad. Era como si algo se hubiese roto en su interior y no estaba muy segura de que tuviese arreglo.

A Mogens la muerte del padre no lo marcó del mismo modo. Al parecer, no había tardado mucho en decidirse a dejar atrás el luto y la pérdida y seguir adelante. Era muy distinto a Jens y actuaba de una forma más racional. Él no se conformaba con soñar. Cuando se le ocurría una buena idea, necesitaba ponerla en práctica. Tenía, además, un sentido del orden del que Jens carecía. Si en el taller las cosas de Mogens estaban siempre en su sitio, alrededor de su hermano reinaba el caos.

Else Haarder nunca terminaba de maravillarse de lo distintos que eran sus dos hijos. Desde la más tierna infancia de Mogens, había percibido en todo lo que hacía el niño la necesidad de actuar, de crecer, de ampliar y superar sus horizontes. Corría y saltaba, a ser posible a la luz, siempre estaba en movimiento y dispuesto a emprender nuevas aventuras.

Jens ni saltaba ni superaba horizonte alguno. Por lo visto a él le bastaba con estar donde estaba y, a ser posible, a solas. Cuando trabajaba, se fundía con lo que estaba haciendo; a veces lo absorbía de tal manera que seguía trabajando a pesar de que hiciera rato que la oscuridad lo envolvía, haciendo imposible su empresa.

Una noche, a última hora, Else lo encontró plácidamente dormido debajo del torno sobre un lecho de virutas. Había un aura de inocencia en torno a Jens, que dormía en la oscuridad y respiraba tranquilo. En ese instante pensó que su hijo debía de ser la criatura más tierna que había sobre la faz de la tierra.

Al principio, en la época que siguió a la muerte de Silas, las aptitudes de Mogens y su visión de conjunto le permitieron a Else confiar en que los tres saldrían adelante. Por eso se preocupó cuando, al cabo de unos años, su hijo mayor empezó a pasar más y más tiempo lejos de La Cabeza. Casi todos los días iba a la isla grande con algún pretexto al que ella no le encontraba pies ni cabeza. Por lo general, la camioneta iba de vacío, tanto a la ida como a la vuelta. Cuando comenzó a reñirle, lo único que logró fue volverlo más rebelde y alejarlo más si cabía.

Un día lo sorprendió yendo hacia la camioneta y no le dio tiempo a salir. Jens los oyó desde el taller, donde estaba agachado sobre una cómoda a la que había que poner patas nuevas.

La ventana de la cocina resonó con estrépito cuando su madre la abrió de par en par.

—¡Mogens! ¿Ya te vas otra vez? ¿Y sin carga? Más te valdría ayudar a tu hermano en el taller. Pero ¿adónde vas ahora? ¿Es por una chica? ¿Por qué no te quedas y haces algo útil? Dice Jens que hoy tenéis que talar unos abetos. ¿No pensarás dejar que lo haga él solo? ¡Otra vez!

Jens había oído esa cantinela un sinfín de veces. Con idénticas palabras. Sin embargo, ese día los sonidos fueron diferentes. Los pasos de Mogens se detuvieron en la gravilla antes de llegar al vehículo. Al parecer, se dio la vuelta.

Jens levantó la cabeza y se quedó escuchando.

—¡¿Mogens?! —oyó gritar—. ¡Te he dicho que te quedas! Pero ¿tú qué te has creído? ¿Qué estás haciendo? ¿Qué pretendes hacer con esa bici...?

—¡Aquí me ahogo!

Se oyeron unos saltitos y después el traqueteo de una bicicleta que echaba a rodar por la gravilla. El sonido acabó por convertirse en un chirrido lejano y finalmente se perdió en el canto de las alondras. Cuando Jens se asomó, ya no

quedaba nada más que la camioneta vacía, aparcada bajo el sol claro e hiriente del mediodía.

Al cabo de unos meses llegó una carta. Con dinero. M, ponía en el reverso. Al mes siguiente recibieron otra más, y así siguieron las cosas un mes tras otro. Else Haarder pagaba a tiempo sus facturas, Jens no decía nada. Nadie hacía preguntas. Ni siquiera el cartero, que, sin embargo, haría sus cábalas a propósito de la viuda, el hijo menor y aquellas cartas de M.

Else Haarder empezó a tener problemas físicos. Le dolía. Sentía dolor en «el recto», como lo llamaba el médico. Sí, a veces hasta sangraba, así que llevaba un aparato bajo la ropa, cosa que no la enorgullecía, precisamente. Le costaba cumplir con sus obligaciones diarias en la casa, aunque siempre le habían agradado y se había esmerado en cuidar bien de todo. Aquello la afectó, y su amargura sólo sirvió para aumentar sus dolores.

Había días que ni siquiera se levantaba de la cama.

Saltaba a la vista que necesitaban ayuda, de modo que Else contrató a una chica joven. Mientras Jens siguiera ganando algún dinerillo extra haciendo todo tipo de reparaciones, podrían permitírselo. La chica podría vivir en el cuartito que Mogens había arreglado para él antes de irse, detrás del taller; tenía incluso su propia entrada directa desde el patio. «El cuarto blanco», lo llamaban, porque Mogens había insistido en que fuese luminoso.

Else no ponía en duda que los sobres marrones de M continuarían llegando todos los meses. Aparecían con una puntualidad que ella sabía apreciar. Sin embargo, no andaba tan sobrada de energías como para pararse a pensar si debía estarle agradecida a su hijo mayor.

Se presentó para el puesto una muchacha joven y bonita del continente. Que, por cierto, fue la única, porque las jovencitas de la isla preferían buscar trabajo en tierra firme. Además, la mayoría de ellas habían empezado a vestir de una manera que a Else la desazonaba un poco. Lo que más la preocupaba era que muchas, al parecer, preferían no llevar sostén debajo de la blusa. Else no se tenía por una mujer anticuada y hasta podría tolerar ver un par de pantalones de campana en La Cabeza. Pero por lo del sostén no pasaba. ¡Algún límite tenía que haber para aquel desenfreno!

Por eso Maria Svendsen llegó como caída del cielo. Con un sostén decoroso y un bonito pantalón.

Maria solía recogerse el pelo en un moño bajo para que no le molestara, pero, cuando se lo soltaba, tenía un cabello largo y rubio que le caía por el rostro y por el cuello en suaves ondas. Jens lo vio un día cuando al pasar miró sin querer por la ventana del cuarto blanco. Aunque se apresuró a apartar la vista, no consiguió borrar la imagen de Maria sonriéndole a través del cristal.

A veces ella iba a verlo al taller y charlaban un rato sobre el tiempo y los muebles. La joven esquivaba con maestría el tema de su madre, pero a Jens le bastó para entender que tener contenta a Else no debía de ser sencillo.

Al principio no se decían gran cosa, porque Maria por naturaleza era casi tan callada como Jens había llegado a serlo con el tiempo. Pero en su mutuo silencio, Maria encontró el coraje y la seguridad necesarios para ir soltándose poco a poco. Empezó por explicarle sus deberes en la casa y lo que aún le faltaba por hacer esa jornada, y Jens, interesado y agradecido, no se perdía detalle.

Las historias de Maria no tardaron en salir más allá de La Cabeza. Incluso más allá de la isla. Le habló de su niñez en el continente y del duro trabajo de sus padres. De la escuela, que no le había gustado porque eran todos odiosos; con eso y con todo, lo que más la complacía en este mundo era leer y escribir.

Luego le habló de libros que había leído y de libros que quería leer. Y le contó que a veces copiaba algunas páginas, así, por escribir, y que a veces continuaba los párrafos que había copiado, así, por inventar. Y que a veces ponía por escrito sus pensamientos, así, por sacárselos de la cabeza. Y que a veces hundía la nariz en el papel, así, por aspirar su aroma.

Verla con la nariz metida en el papel dio pie a Jens para intervenir en la conversación.

—¿Sabías que el papel se hace con madera? —preguntó.

A cada día que pasaba, Jens se sentía más y más fascinado por Maria. La envolvía una ligereza que jamás había visto en otra persona. Tal vez fuera porque no conocía a mucha gente del continente. Tal vez allí fuese todo más ligero, se decía.

Escuchaba su voz clara, que decía tan poco y, sin embargo, tanto. Cuando por fin hablaba, Maria lo hacía de corrido. Y cuando respiraba, era de forma tan profunda y con tanta calma que parecía consciente de cada aliento.

Y no lo era, pero Jens sí; cada vez que Maria inspiraba por las pequeñas ventanas de su nariz y hacía que el aire llegara hasta lo más hondo de aquel cuerpo suave. Y, aunque no se atrevía a mirarla directamente, veía cómo su

pecho se alzaba bajo la blusa y aquel sonido le recordaba al mar rompiendo tranquilo contra la playa del norte cuando bajaba en la tarde con su padre y con su hermano. La queda succión, el quedo espumear y la queda succión una vez más. Una continuidad reconfortante.

Sí, así era como sonaba el aliento de Maria, que de vez en cuando le hacía olvidarse del suyo propio.

Y su boca era asombrosa.

Las suaves comisuras de sus labios parecían habitadas por una sonrisa eterna que jamás desterraría la tristeza. Tenía la certeza de que Maria, incluso cuando lloraba, sonreía un poquitín, igual que los caballos ocultan siempre una sonrisa insondable en la oscuridad de su hocico.

Jens percibía una fuerza en su dulzura, una calma muy arraigada en su cautela, pero también dulzura en la energía inexplicable que sacaba a relucir cuando pasaba a la acción. La veía acarrear baldes y vestidos y ropa de cama y leña y pucheros y sacos sin siquiera hacer un alto para secarse el sudor de la frente. Y la veía también manejar los animales como si no hubiese hecho otra cosa en esta vida. Sin temor, sin titubeos, con mano fuerte pero suave, y una voz que ellos comprendían. Los animales la adoraban.

Jens los entendía.

Le enseñó el bosque en septiembre y ella rompió a reír al verlo con resina en los cabellos. Le enseñó el mar en marzo y ella rompió a reír al verlo con los calcetines empapados. Le enseñó la dula en junio y ella lo besó sobre la paja del jergón de la Virgen María.

Querida Liv:

Algunas veces no elegí bien. Quizá no debería haber elegido a tu padre. Quizá habría sido todo más sencillo si me hubiese quedado en el continente y me hubiera casado con mi primo segundo, el que estaba metido en política, tal y como mi padre me sugería que hiciera. Habría consolidado el negocio. Mi padre tenía una librería.

Pero yo era muy joven, demasiado joven. Y mi primo tenía unos repugnantes ojos saltones y las manos grandes y bastas, a pesar de que no hacía otra cosa que escribir discursos y llevar las cuentas. A mí me daban miedo, él y sus manazas, por más que papá me asegurara que era un buen partido; y, sobre todo, que su partido era un buen partido que velaría por los pobres comerciantes en apuros. En especial, si los unían lazos familiares.

Sí, mi primo era un buen partido y estaba muy interesado en la tímida hija del librero. Un hombre enfermo de amor y ávido de hacer negocios, que iba a heredar de su padre enfermo nada menos que una fábrica de cartones de huevos. Creo que con esas manos no habría podido coger un huevo sin chafarlo. Y yo me sentía tan frágil como un huevo recién puesto. En aquellos tiempos era tan delgada como tú ahora, por increíble que parezca.

Naturalmente, no tenía que hacer nada que no quisiera, dijo mi padre. Pero veía en su mirada que no iba a aceptar un no por respuesta y en la de mi madre leía que no iba a soportar verme en manos del fabricante de cartones de huevos. Ella pensaba lo mismo que yo.

Fuera cual fuese mi elección, uno de los dos quedaría destrozado.

Decidí salvar a mi madre. Por lo menos lo intenté. Un año después de irme, supe que había muerto de una pulmonía. Al menos no le rompí el corazón.

Por lo que he podido leer en estos años, la fábrica de cartones de huevos quebró después, pero la librería aún existe. Un día tuve ocasión de utilizar un teléfono y llamé para averiguarlo. Cuando descolgó mi padre, no dije nada. Se le oía mayor, pero contestó: «Librería Svendsen, dígame».

Me gusta pensar que al final los libros derrotaron a los cartones de huevos.

En fin, estuve viajando un poco y probé suerte como dependienta en varios sitios, pero no terminó de convencerme. Un día alguien sugirió que lo intentase en la isla. En el atracadero supe que Else Haarder y su hijo buscaban a alguien que les echara una mano en La Cabeza.

Así fue como vine a parar aquí. Con tu padre y tu abuela.

Quiero que sepas, Liv, que tu padre era el joven más guapo que he visto en toda mi vida. Y muy tierno; con unas manos suaves y delicadas y los ojos oscuros, cálidos. No tenía un átomo de maldad, ¡ni uno solo! Con él me sentía tan segura que no lo dudé un segundo: allí era donde quería estar.

Ay, no sé si debería contarte esto..., no eres más que una niña. Pero no veo la hora de decírselo a alguien. A ti.

La primera vez que tu padre y yo hicimos el amor fue en la dula, en un mar de flores amarillas. Con el pavor que nos daban las víboras a los dos, y mira tú, allí nos tumbamos, sin ningún miedo. ¿Te lo imaginas? Me habló de las mariposas, aún me acuerdo. Y de las alondras. Y las abejas. Y de las flores... Era muy importante que nos tumbásemos en las amarillas, porque eran las que la naturaleza había preparado para mi cama, me aseguró. Es la única vez que le he oído tartamudear y la única vez que he visto que le temblaran las manos. Y no era por las víboras. Era por lo que estaba a punto de suceder. Yo también temblaba.

Aún recuerdo con qué cuidado se encontraron sus labios con los míos. Se estremecía como una mariposa y yo me sentía tan delicada y tan frágil como una flor que se abre poco a poco. Así me siento a veces por dentro, delicada y frágil.

En materia de amor, tu padre y yo no sabíamos nada, pero juntos lo averiguamos. Y el día que llegue tu turno de amar a un hombre, espero que tú también encuentres tu mariposa.

No, no me arrepiento de haber conocido a tu padre. Estaba sinceramente enamorada de él y todavía lo amo. En cierto modo, eso compensa todo lo demás. Hasta lo mío, que ahora esté aquí tumbada, tan grande y tan gorda. Hasta lo de tu abuela Else. Y lo de Carl. Hasta

el desorden. La suciedad, que finjo no ver. Sí, todo lo que se ha torcido, incluso contigo.

No sé en qué va a terminar todo esto. Lo único que sé es lo que tú me cuentas y tengo la sensación de que no me cuentas todo. De que esto no marcha bien. De que más allá de este dormitorio están ocurriendo cosas que me ocultáis. Las cosas no deberían haber llegado a este extremo. Aun así, soy incapaz de arrepentirme de mi amor por él. Tal vez el enfermo no sea él, sino yo. Tal vez mi enfermedad consista en no arrepentirme.

A veces veo a tu padre como una mariposa que vuela en contra del tiempo y se transforma en crisálida.

A lo mejor yo también.

Con todo mi amor,

tu madre

La felicidad

Al principio, Else Haarder y la joven simpatizaron mucho. La señora Haarder le dispensó a Maria una cordial bienvenida con té y dulces caseros y le hizo tener la sensación de que las cosas entre ellas funcionarían. Maria, que carecía de motivos para dudar de la sinceridad de la viuda, nunca se había sentido tan afortunada como el día que se instaló en el cuarto blanco de la familia de La Cabeza.

Era una habitación bonita y sencilla con paredes de madera pintadas de blanco y cortinas claras. A la joven le encantaba que no hubiese arpillera en las paredes ni pósteres de ídolos por el techo, como en el último cuchitril donde la habían metido cuando trabajaba de dependienta en una panadería de la ciudad. Al cabo de unos días ya estaba harta de ver a aquellos tipos melenudos, por no hablar del extrañísimo olor que había en la habitación. Tenía muy poco que ver con el aroma de la panadería y menos aún con el olor a libros de su infancia. Al parecer, lo suyo no eran la arpillera y la música *beat*, y tal vez por eso mismo la atraía tanto la vida en la isla.

Allí había flores de otoño encima del escritorio y la ropa de cama tenía un perfume tan agradable a aire fresco y abetos que después de su primera jornada de trabajo durmió como una bendita.

Hasta los muebles le gustaban. Else le había contado que eran obra del antiguo carpintero y Maria había quedado muy impresionada. Todo estaba medido, cepillado y pulido con gran precisión, y el cajón del escritorio se deslizó sin oponer resistencia cuando lo abrió con delicadeza. Estaba vacío, de modo que antes de terminar de deshacer el resto del equipaje guardó en él sus cuadernos de dibujo y sus libretas. Lo único que echó de menos en el cuarto fue una estantería para sus numerosos libros, que dejó bien apilados en montoncitos contra la pared. A las cosas de costura —el costurero y los rollos de tela— les hizo un hueco bajo la cama.

Sin embargo, Maria no pudo evitar fijarse en que la pequeña granja no se caracterizaba precisamente por su orden. El edificio principal —con la cocina, el lavadero, el recibidor, el cuarto de baño y la sala grande, así como el

dormitorio y los dos cuartos pequeños del primer piso— no estaba lo que se dice patas arriba, pero había muchas cosas por hacer y, sobre todo, por limpiar, y era evidente que Else Haarder ya no podía con ello sola.

Mucho peor era la situación del establo, el taller y las zonas exteriores. Había trastos tirados por todas partes, al parecer cualquier cosa —desde madera, muebles y maquinaria vieja hasta barreños, ruedas de tractor y las piezas de un coche de caballos—. Casi todo tenía aspecto de llevar allí mucho tiempo y no servir para nada.

Había visto a lo lejos lugares como aquél, casas rodeadas de chatarra, y siempre se había preguntado quién podría vivir en un sitio semejante.

Maria no se atrevía a preguntarle a la señora Haarder por qué no se habían deshecho de todos aquellos objetos hacía mucho. Bastaba con cargar toda aquella porquería en la camioneta y llevarla al vertedero en unos cuantos viajes. De acuerdo, en muchos viajes. Le incomodaba ver aquel caos, porque desde que había llegado a la granja se sentía en cierto modo responsable de aquel lugar, sobre todo de cara a los clientes que iban al taller de Pascuas a Ramos.

Por otra parte, el taller era cosa de Jens y nadie más que Jens, y como allí todo estaba más patas arriba que en ningún otro sitio, no parecía muy útil arreglar lo demás. Poco a poco, Maria se fue dando cuenta de que Jens no podía vivir sin la chatarra. Su madre había renunciado a cambiar las cosas mucho tiempo atrás.

En eso, Else Haarder y Maria Svendsen se parecían un poco. Porque, aunque a Maria le gustaba mucho el orden, Jens no tardó demasiado en gustarle aún más.

Desde la primera vez que lo vio, se sintió extrañamente atraída por él. Aunque no intercambiaron más que un breve saludo, al reconocer su retraimiento notó de inmediato una especie de solidaridad con él. Una simpatía espontánea. Tenía los ojos tan oscuros que Maria los creyó negros. ¿O sería la pupila, que lo invadía todo? Tenía el cabello y la barba de color castaño oscuro, una piel tersa y fina, el cuerpo fuerte y esbelto. Sintió el impulso de coserle una camisa e imaginó cómo le caería por el pecho y los hombros. Tal vez un día se lo preguntara. Si podía. No tendría más remedio que tomarle las medidas.

En su quinta jornada de trabajo se aventuró a entrar en el taller mientras Else Haarder descansaba un rato. La viuda había dicho que tenía fuertes dolores, pero no dónde, y a juzgar por sus ronquidos, al parecer no era nada que perturbara su sueño. Maria lamentaba, por supuesto, que la madre de Jens

sufriese aquellos dolores insoportables, pero la enfermedad de la señora Haarder ya empezaba a parecerle algo misteriosa.

Preparó una cafetera, cortó un pedazo de bizcocho recién hecho y le llevó todo a Jens, esperando que cayera en terreno fértil. Lo último que quería era que la tomase por una pesada. Como la puerta estaba entornada y no le quedaba ninguna mano libre para llamar, la abrió empujándola suavemente con el hombro. Jens estaba en pie junto al torno, tan enfrascado en lo que hacía que no la vio. Ella se quedó contemplándolo unos segundos. Contemplando sus manos. Cada vez que las pasaba por la pata de la silla que estaba torneando, parecían más de artista que de artesano.

A sus pies se extendía un mar de astillas y virutas que recordaban a las hojas rizadas de un sauce tortuoso.

Maria carraspeó. Y volvió a carraspear. Y él levantó al fin la vista, sobresaltado. La joven se arrepintió de inmediato. Pero entonces Jens sonrió y le indicó con un gesto que se acercara, y al cabo de un momento corrió a la cocina en busca de otra taza. Se oían sus pasos en la gravilla. Un andar presuroso de ida y de regreso que a Maria le aceleró el corazón. Se quedó inmóvil con la bandeja en las manos mientras él apartaba algunas cosas y colocaba un cajón para usarlo como mesa. Después sacó otra banqueta de detrás de unos sacos que había en un rincón y la limpió con la manga. No tardaron en estar los dos sentados, algo bajos pero a gusto, mirándose tímidamente con las pupilas dilatadas en medio del aroma a café y pino fresco.

Los meses que siguieron fueron los más felices de la vida de Maria. La madre de Jens no se percató de nada y ellos nada le dijeron hasta el día que los vio besarse por detrás de la becerra en el establo.

Else Haarder no estaba lo que se dice entusiasmada. A los jóvenes les dijo que el interés que sentían el uno por el otro acabaría influyendo de manera negativa en el trabajo de ambos; a sí misma, que era demasiado pronto para que su hijo menor se echase una novia, por más que otros pensasen que ya iba siendo hora.

Maria y Jens rechazaron categóricamente sus advertencias y la señora Haarder vio —no sin cierto descontento— que Maria se esmeraba cada vez más con la casa. Nada podía reprocharle. Y lo mismo ocurrió con Jens. Trabajaba como un mulo todo el día para luego tener la tarde libre y pasarla con Maria de la mano. Tan pronto como se bebían el café vespertino con Else

en la sala de estar, se metían en el cuarto blanco, y con el tiempo las tazas fueron haciéndose más y más pequeñas.

Cuanto más enamorados los veía, más le dolía.

Convencida de actuar por el bien de todos y con la mejor de las intenciones, Else empezó a esparcir a escondidas montoncitos de porquería por el suelo que Maria acababa de fregar, a dejar manchas en el mantel que Maria acababa de lavar y a torcer el gesto ante la comida que Maria acababa de guisar.

—Jens, creo que haríamos bien en buscarnos a otra chica. Maria está cada día más descuidada —le confió a su hijo un día que la joven había ido a hacer recados a la isla grande—. Ya se lo he comentado a la viuda Angel, que tiene mucho interés y mucha experiencia.

La viuda Angel tenía, además, mucha corpulencia y parecía cualquier cosa menos un ángel. A Else le costaba verla fugándose con su hijo.

Jens estrelló los puños contra la mesa con tanta fuerza que su madre al instante se sintió un poquito más enferma.

—¡Por encima de mi cadáver! ¡Si Maria se va, me voy yo también! —rugió. No como un niño, sino como el hombre en el que Maria lo había convertido. Hablaba con una voz más grave que nunca.

Else se quedó sin habla por un momento mientras intentaba salir de aquel estado de estupor. Las palabras de su hijo le partieron el alma. Jens se había mostrado rebelde antes, sobre todo al perder a su padre —y eso era comprensible—, pero jamás se había enfrentado así a su madre. La horrorizaba que fuese capaz de hablarle así a la persona que más le quería en el mundo; eso le recordaba al otro hijo que había tenido. Pero, ante todo, venía a confirmar su teoría: Maria suponía una amenaza.

En ese instante oyó las ruedas de una bicicleta por la gravilla. Era Maria, que regresaba.

—Bueno, si para ti supone un problema... —dijo con toda la amabilidad de la que fue capaz—. Ya sabes que sólo quiero lo mejor para ti, Jens. Con lo que nos queremos. ¡No pensarás dejar sola a tu pobre madre enferma!

Jens giró sobre sus talones y dejó sola a su pobre madre enferma en el cuarto de estar. Ella se quedó sentada con la mirada perdida, pensando que aquél debía de ser uno de los días más aciagos de toda su vida.

Sin embargo, al cabo de un momento Jens volvió a la sala y Else se derribó al ver regresar a su niño con la mirada tierna y su carácter dulce de siempre. Le regaló una de esas sonrisas entrañables que sólo Jens sabía esbozar. Sus ojos oscuros brillaban.

—Maria está embarazada —anunció feliz.

Se casaron con mucho amor y más prisas en el ayuntamiento de Korsted. Asistieron al enlace unos cuantos conocidos que los felicitaron sin dejar de preguntarse si habría ya un nuevo Haarder en camino a La Cabeza. ¿No tenía la novia un poco de tripita? Por cortesía, se limitaron a murmurar y no hicieron preguntas. Fuera como fuese, se alegraban, porque no cabía duda de que Jens Haarder lo había pasado mal, primero con la muerte del padre y después con la repentina desaparición del hermano, aunque él nunca hablaba del tema. En general, Jens era un hombre de pocas palabras. Era amable y servicial, como lo había sido el padre, pero jamás decía más de lo estrictamente necesario y era casi imposible mantener una conversación normal con él. De hecho, casi nadie lo había creído capaz de encontrar novia, aunque quién sabía, tal vez fuese ella la que lo había encontrado a él. No se excluía ninguna posibilidad. La chica era simpática, aunque algo apocada. ¿No habría sido la madre la instigadora de todo?

Después de la ceremonia, ofrecieron canapés en el bar de la fonda. La gente brindó y cantó canciones tradicionales, y transcurrida una hora Jens y Maria regresaron a casa con la madre del novio, que creyó que ya era el momento de marcharse. Tenía dolores.

Maria siguió viviendo en el cuarto blanco, detrás del taller, donde Jens pasó a acompañar a su mujer embarazada en la cama de un metro veinte, mientras la madre compartía con sus dolores la cama de matrimonio del edificio principal.

En el fondo de su ser, Jens quería un niño; en el fondo de su ser, Maria quería una niña; y en el fondo de su ser, Else Haarder quería una catástrofe.

En cierto modo, los tres vieron cumplidos sus deseos.

Maria tuvo gemelos.

Su padre los llamó Carl y Liv.

La madre de los pequeños no puso objeciones. La abuela tenía otras sugerencias, pero ningún apoyo.

Cuando llegaron los niños, Jens logró convencer a su madre de que les dejase a Maria y a él el dormitorio del primer piso. Else se trasladó entonces, muy a regañadientes, al antiguo cuarto de Jens, que estaba situado en el mismo pasillo. Era muy pequeño y a ella no le gustaba el aire que se respiraba allí, pero el dormitorio grande era el único lugar con espacio suficiente para dos adultos y dos cunas, y eso la dejó sin argumentos.

Pero si Jens había insistido en ocupar el dormitorio de sus padres, no era sólo por los recién nacidos y sus cunas. Aunque Maria no habría sido capaz siquiera de mencionarlo, lo cierto era que durante el embarazo había engordado lo suyo y parecía que le costaba perder esos kilos de más, y Jens tenía la sensación de que la cama que habían compartido hasta entonces resultaba un poco estrecha para ella. En cualquier caso, resultaba un poco estrecha para él.

Los meses previos al parto, cuando al fin quedó claro que lo que venía en camino eran nada menos que dos, Jens los consagró a las cunas. Nunca había hecho una cuna, pero eso no impidió que fuesen las más bonitas que se recuerdan. Mimó todos los detalles como había hecho su padre con los de los ataúdes. Cuando terminó la última, apoyó la cara en ella, cerró los ojos y pensó en la hermosa vida que crecería en aquel minúsculo espacio.

Durante el embarazo de Maria, Else estuvo intratable. Cada vez que pedía a gritos un pedazo de pan o unos trapos limpios, cualquiera habría pensado que eran sus hormonas las enloquecidas. Por desgracia, la llegada de los niños no hizo sino empeorar las cosas. A pesar de lo reducido del tamaño de su cuarto, Else no salía, exigía que le sirviesen allí la comida y se quejaba a voces del menú.

Maria siguió atendiendo sus obligaciones como buenamente pudo. Por el bien de todos, intentaba satisfacer los absurdos deseos de su suegra sin perder la sonrisa, aunque rabiase y a veces, para sus adentros, no pudiese evitar mandar a la señora Haarder a freír espárragos. Se preguntaba si a Jens le ocurriría lo mismo, pero evitaba sacar el tema. Sabía que le unía a su madre un vínculo muy especial y no se atrevía a comprobar si era más fuerte que el que le unía a ella.

Aunque su madre lo irritaba muchísimo, Jens sentía tal gratitud por el amor de su mujer y por los niños que juntos habían traído al mundo que no había nada en el mundo capaz de abatirlo. Y, a pesar de las reiteradas maniobras de Else, sólo tenía ojos para los gemelos, para Maria y para la inconcebible sensación de dicha que lo embargaba a diario.

O al menos fue así durante algún tiempo.

Un día que Maria había ido al establo y Else Haarder dormía profundamente en su cuarto, Jens entró a ver a sus hijos, como hacía siempre a mediodía. La niña estaba tan dormida como su abuela. El niño yacía en el suelo, al pie de la cuna. En medio de un charco de sangre.

La abuela

Nunca me han explicado exactamente lo que le ocurrió aquel día a mi hermano Carl. Lo único que me han dicho es que tuvo un accidente cuando éramos muy pequeños y después la abuela Else se fue a vivir con su prima en el continente. Los demás nos quedamos en la casa y allí crecimos. Sobre todo mamá.

De lo de la abuela me enteré más tarde. Por ella misma. Hasta ese momento ni sospechaba que tenía una abuela. Pero el caso es que un buen día apareció, se instaló en la habitación de detrás del taller y se pasó casi un mes haciendo tortitas todas las mañanas. Era diciembre.

Papá no quería hablar de ella. Por lo visto, tampoco le apetecía mucho hablar con ella, y a mí me parecía todo muy raro. Aunque me encantaban sus tortitas y me gustaba oírla contar historias del continente, me daba un poco de pena que tuviese ese efecto en papá. Mamá tampoco le tenía mucho cariño.

Y no era sólo porque roncara. ¡Y mira que roncaba fuerte! Cuando se echaba la siesta la oíamos desde casa.

Cuando la abuela se vino a vivir con nosotros, todo empezó a salir mal. Yo creo que a papá se le fundió un fusible. Por lo menos cuando la abuela dijo que quería llevarme al continente y que fuese allí a la escuela, porque sería mejor para mí. No sabían que yo estaba al otro lado de la puerta oyéndolo todo.

Querida Liv:

Tu abuela Else ocupaba mucho espacio. No como yo. De otra forma. Fue un verdadero alivio que se marchara cuando eras una recién nacida, y no esperaba que volviese después de tantos años. Tú casi tenías siete.

Ya casi había conseguido olvidarme de ella.

Volver a verla fue como sentir una garra en la garganta; como si en La Cabeza faltase el aire. Nos había dejado como una fiera herida que se retira a morir y en el fondo yo esperaba que hubiera sido así. Y ahora, de pronto, volvía a tenerla delante, enseñando los dientes con una sonrisa y con aspecto de estar más sana que una manzana y más fuerte que nunca. ¡Ocupaba demasiado!

Yo no sabía a qué venía. No sabía si sabía lo que había hecho. Le había escrito a tu padre, pero él quemaba las cartas sin siquiera leerlas. Sin mencionarlas.

No habíamos hablado de ella desde su marcha. No habíamos hablado de ello. Nos habíamos protegido.

Y yo volvía a estar embarazada.

Con todo mi amor,

tu madre

El regreso

Else Haarder comprendió todo de golpe y se sintió terriblemente traicionada cuando su hijo le pidió que se marchase de La Cabeza.

Se lo ordenó.

En un primer momento pensó furiosa que debería ser ella quien los echara de allí, el hijo quien se fuera. Pero no fue capaz de decírselo. Además, no soportaba la idea de vivir allí sola, sin Silas, sin Mogens, sin Jens..., con todos sus recuerdos y todo su dolor, sumida en un aislamiento casi total. Cuando su prima, que acababa de enviudar, le ofreció su ayuda y una habitación, de repente la idea de alejarse de la isla le pareció muy atractiva. Y aquello resultó ser una liberación.

Encontraba asombroso que fuera posible vivir en plena naturaleza de Dios —en medio de un mar de bosques y de prados y océanos de aire puro— y sentirse al mismo tiempo tan encerrada como había estado ella y, en cambio, sentirse libre como un pájaro entre los muros acuciantes, las esquinas cortantes y la bruma del humo de los coches de la ciudad. Pero así eran las cosas. En la ciudad volvió a respirar. Hasta su enfermedad cambió. Los dolores remitieron, las hemorragias cesaron y poco a poco empezó a considerarse curada.

Su prima era una mujer lista con estudios de enfermería y Else no podía sentirse más segura en sus manos. Para ella fue un auténtico consuelo hablar con alguien «de fuera». Y luego estaba el asunto de la casa. Else gozó como nadie al instalarse en un hogar como es debido. Cuanto más tiempo pasaba, más incomprensible le resultaba que su difunto marido y su hijo pequeño hubiesen podido vivir en medio del caos que generaban.

Else, no tenía más remedio que admitirlo, lo había pasado muy mal tanto antes como después del accidente. Cuando Jens y Maria se convirtieron en padres, se abatieron sobre ella tales dolores, tal desánimo y una rabia tan inexplicable que ni ella misma era capaz de soportarse. En lugar de socorrer a aquella madre primeriza, prefirió ahogar a su nuera con exigencias absurdas,

y de tanto molestar, mirar de reojo y rezongar, estuvo a punto de ahogarse en sus propios bufidos.

Por eso mismo intentó aislarse de todo y se metió en la cama, donde podía cerrar los ojos a los odiosos sentimientos que la dominaban cuando veía a aquellos dos jóvenes ser felices juntos. Jamás se había sentido tan sola y tan superflua como desde la llegada de los gemelos. Y jamás había detestado tanto sus celos de madre. Eran una especie de camisa de fuerza que se había puesto ella solita y ahora no sabía quitarse. Su deseo de amor y de perdón se entremezclaba con una necesidad obsesiva de sentir el odio que de sobra sabía que merecía.

Cuando la desterraron a aquel cuartito cuyas paredes se le venían encima y donde a diario los llantos —sobre todo los del niño— calaban en la argamasa como ácido concentrado, decidió anestesiarse a base de medicinas y sueño en un intento de mantener a raya las pesadillas. Había empezado a añorar ir al encuentro de Silas al más allá y recuperar la paz.

El día del accidente, había llegado a rezar para alcanzar el descanso eterno. Eso le confesó a la prima, que contestó secamente que eso del descanso eterno no era muy propio de ella.

Sin embargo, hubo una cosa que nunca le contó a nadie. Tenía un terrible presentimiento a propósito del accidente que se resistía a abandonarla:

Maria deseaba con todo su corazón tener una hija. Else lo había leído en un cuadernito que encontró al fondo de un cajón de la mesilla de su nuera. *Reflexiones*, ponía en la cubierta. Else sabía perfectamente que no estaba bien leer algo tan íntimo, pero la necesidad de entrar en el universo cerrado de los dos jóvenes terminó por imponerse a sus escrúpulos morales.

Maria quería una niña, las cosas eran así, y sus deseos se habían hecho realidad. Pero Else encontró en el cuadernito algo que la preocupó:

Me siento muy feliz y muy agradecida por haber traído al mundo dos hijos sanos. Son un regalo. Y, aun así, también siento que me corroe la frustración. Tener que ser responsable de nada menos que dos vidas es una labor fuera de mi alcance, por más que seamos dos a la hora de repartirla. Jens está siendo maravilloso y lo quiero más que a nada en este mundo. Pero él es como es... A veces se encierra en sí mismo y desaparece. ¡Y sabe Dios que su madre no me es de ninguna ayuda!

¿Podremos con esto? ¿Podré? El niño no duerme bien. Lloro mucho. Me tiene en vela y me vuelve loca. En los momentos más negros desearía haber tenido sólo a la niña.

Else no fue capaz de formular sus sospechas en voz alta, ni estando sola ni con su prima. No obstante, conforme fue pasando el tiempo la atormentaron cada vez más.

Tuvieron que pasar más de seis años para que se decidiera a volver. Durante todo ese tiempo, no supo nada de ellos. No respondían a sus cartas y aún no había teléfono en La Cabeza. El más cercano era el de la fonda de Korsted y, al parecer, ya no iban por allí. El día que Else llamó a la fonda, el propietario le contó que Jens ya no se dejaba ver mucho por el pueblo. Else estaba preocupada de verdad, y el espectáculo que la aguardaba en La Cabeza al bajar del taxi no contribuyó precisamente a tranquilizarla.

Era como si la granja hubiese quedado abandonada a su suerte. Alrededor de la casa no había más que trastos, muchos más que antes. Y eso no era todo lo que ocupaba tanto espacio.

Cuando Maria salió a ver quién era la visita inesperada, Else apenas pudo reconocer a su nuera.

Su figura, antaño bonita, había crecido hasta la deformidad y a duras penas lograba andar. Para bajar los dos escalones de la entrada se vio obligada a apoyarse en el muro, y su paso ágil se había transformado en unos antiestéticos andares de pato.

Else procuró ocultar su sobresalto.

—Hola, Maria —la saludó afablemente—. ¡Cuánto tiempo!

Maria asintió con una sonrisa forzada. Else no estaba muy segura de si era cosa de la presencia allí de su suegra o de sus limitaciones físicas.

—Buenos días, Else. Menuda... sorpresa. No sabía que... Voy a buscar a Jens.

El taxi que había llevado a Else desde el ferri a La Cabeza giró lentamente y desapareció por el camino en dirección a El Cuello y la isla grande. Maria lo siguió un momento con la mirada.

—Ya no viene mucha gente por aquí —dijo.

—Pero supongo que sí llegará el correo, ¿no? —preguntó su suegra sin saber muy bien qué respuesta prefería.

—Sí, claro; el correo llega de vez en cuando —contestó Maria sin mirarla—. Aún llegan las cartas de... Bueno, ya sabes. Voy un segundo a buscar a Jens.

Else pensó en Mogens. No había tenido noticias de su hijo mayor en todos esos años, pero fue un alivio saber que seguía enviando dinero. Siempre habían sido sobres en los que sólo ponía «Haarder, La Cabeza», nada más. Podía ser cualquier Haarder de La Cabeza, la madre o el hermano.

Ella, en cambio, había escrito «Jens Haarder» en todos los suyos.

La puerta del taller se cerró al paso de Maria y los constantes martillazos que habían salido de allí cesaron bruscamente.

La mirada de Else siguió un copo de nieve solitario que se meció por el aire hasta tocar el suelo y fundirse. Saltaba a la vista que llevaban años sin echar gravilla al patio, la tierra ocultaba ya casi todas las piedrecillas. Por varios puntos asomaban hierbajos secos y briznas de paja rotas que atestiguaban que aquello en verano debía de estar cubierto de vegetación. Al echar un vistazo a su alrededor, su mirada recayó en las montañas de chatarra que cada vez reducían un poco más el espacio entre los edificios y sintió un escalofrío. De entre unas piezas de maquinaria salió un gato negro. Al ver a Else, se esfumó de inmediato.

Jens no tardó en salir.

No había vuelto a ver a su hijo desde el horrible día en que la llevó al atracadero en la camioneta y la desterró de su propio hogar. En aquel entonces se había preguntado si de veras pensaba dejarla en el ferri o si en el último instante se decidiría por el vertedero, que estaba en la misma zona. Habría sido la primera vez en muchos años que Jens tiraba algo al vertedero en lugar de llevarse algo de allí a su casa.

Él no había engordado como su mujer, más bien lo contrario, pero le había crecido mucho la barba. El bigotito de antaño se había convertido en una mata de pelo oscura y muy poblada, y el cabello le tapaba las orejas. La gorra era la de siempre. Else se sintió extrañamente escindida al ver a Jens, tan parecido a su padre y tan distinto del niño que ella recordaba.

—Buenos días, madre —la saludó; luego le dio un beso desmañado en la mejilla. A Else le habría gustado retenerlo un momento en un abrazo, pero él se apartó enseguida—. No sabíamos que venías —añadió bajando la vista hacia las dos maletas que había a sus pies.

Else no tenía ánimos para preguntarse si le estaba mintiendo o de veras no había leído las dos últimas cartas que le había enviado.

—No vengo para quedarme —anunció—, pero espero que me dejéis pasar aquí algún tiempo... —Titubeó un instante—. Me hacía mucha falta ver cómo estabais.

—Estamos muy bien —aseguró Jens sin dudarlo—. ¿Todo bien también en casa de...?

—La prima Karen. Sí, estoy muy contenta allí. Para mi sorpresa, estoy muy a gusto en la ciudad.

—Es que es un sitio muy agradable... la ciudad..., sobre todo en diciembre —intervino Maria; Else lo interpretó como una invitación a que

regresara cuanto antes a disfrutar de las maravillas de la calle peatonal.

—Y ¿cuánto tiempo piensas quedarte?

La mirada de Jens se desvió momentáneamente hacia el fondo del taller, donde estaba la puerta del cuarto blanco. Junto a ella se veían varias piezas de una abonadora.

Su madre se encogió de hombros.

—Bueno, supongo que dependerá de...

Justo entonces, de lo que dependía dobló corriendo la esquina del establo. Estaba en el sembrado de detrás.

—Papá, ¿el carnero puede...? —Al ver a Else, la pequeña se detuvo en seco—. ¿Ésta quién es? —preguntó señalando hacia su abuela con una mezcla de suspicacia y curiosidad. Sobre todo suspicacia.

Else iba a responder, pero se vio interrumpida por su hijo.

—Una señora que va a quedarse unos días. ¿Qué pasa con el carnero?

La niña abrió unos ojos como platos. Era evidente que no estaba acostumbrada a tener huéspedes.

—¿Qué pasa con el carnero, Liv?

—Ha tirado un... Pero, papá, ¿dónde va a dormir?

Liv no podía apartar la vista de aquella señora que iba a quedarse unos días con ellos. Y Else contemplaba a su nieta con un nudo en la garganta.

Gracias a Dios, la niña parecía sana. Había salido a su padre más que a su madre. No le sobraba un solo gramo de grasa en todo el cuerpo, llevaba el pelo muy corto, tenía los ojos oscuros y una mirada muy intensa. En realidad, cualquiera la habría tomado por un chiquillo, pues ni en su ropa ni en sus gestos había nada femenino. Se la veía la mar de a gusto con sus vaqueros raídos, que no parecían haber olido el agua en una buena temporada. Sus zapatillas de lona debieron de ser blancas en tiempos, pero se diría que nunca las habían blanqueado; en cuanto a la blusa, era casi un puñado de andrajos. Llevaba un puñal metido en una funda de cuero colgando del cinturón como si fuese la cosa más natural del mundo y, a juzgar por el estado de la empuñadura, lo había usado y no poco.

—La señora va a quedarse en el cuarto blanco. Voy un minuto a dejar sus cosas allí y enseguida miro lo del carnero. Tú, mientras tanto, puedes ir llevando el caballo atrás, si quieres.

Liv dio media vuelta y desapareció con un alegre galope mientras Jens levantaba del suelo el equipaje de su madre y se dirigía con paso firme hacia el extremo opuesto de la construcción de madera.

Else lo siguió con la mirada.

—Voy a preparar café —oyó que decía una voz a su espalda. Y Maria echó a andar hacia la casa con pesadez.

Las suposiciones que acongojaban a Else resultaron ser ciertas, el caos se estaba adueñando del interior de la granja.

Le costó encontrar un sitio donde dejar sus maletas en el cuarto blanco, que ya no era tan blanco, pues contra las paredes se apilaban todo tipo de objetos. Los elegantes muebles de Silas quedaban ocultos tras varios proyectos del taller a medio terminar y lo que parecía ser chatarra del vertedero. Había de todo, desde latas y lámparas de techo hasta esquíes, cojines y marcos viejos. En unas condiciones lamentables. ¿Para qué diantre querrían todo aquello?

Había considerado la idea de pedir su antiguo dormitorio del primer piso, pero la descartó nada más verlo. Prefería el bosque de trastos del cuarto blanco antes que la cabeza de alce que la miraba asustada desde los pies de la cama donde un día había dormido.

Por lo visto en La Cabeza ya no quedaba una sola habitación ordenada en medio de todos aquellos trastos.

La luz y el aire

Saqué el caballo al redil; en condiciones normales, habría pasado un buen rato, feliz y contenta, cepillándolo y mimándolo con Carl. Ese día, en cambio, no pude hacer otra cosa que sentarme a mirar cómo escarbaba la tierra a pocos pasos de mí. No podía sacarme de la cabeza a la señora. Era la primera vez que veía aparecer así a alguien e instalarse en nuestra casa. A veces venía gente de la isla grande a que le arreglásemos cosas, pero cada vez pasaba menos y siempre se marchaban enseguida. Además, papá siempre decía que prefería ir a recogerlas y entregarlas él. No se fiaba de ellos.

Yo tampoco me fiaba de ellos. Me fiaba de papá.

Había empezado a llevar los árboles de Navidad a las afueras de Korsted, a una explanada donde los vendía, para evitar que la gente viniese a casa. Creo que ésa fue la última Navidad que vendió árboles. Después dejó que todo creciera a sus anchas.

La señora que había llegado de repente era una mujer muy vieja con un bolsito en el brazo, un abrigo de botones muy brillantes y el pelo blanco. Ese tipo de señoras sólo lo habíamos visto en la isla grande. Cuando tenían el pelo demasiado blanco, a Carl le daban un poco de miedo, pero no se lo contaba a nadie más que a mí. Yo le tranquilizaba y le repetía lo que decía papá: «Tener el pelo blanco es una cosa muy natural. Así se nos pondrá a todos algún día si no nos morimos antes».

Carl y yo no perdíamos de vista nuestro pelo, por no hablar del de papá y el de mamá. Cuando llegó la señora, que al final resultó ser nuestra abuela, aún no habíamos encontrado en La Cabeza un solo pelo blanco —aparte, claro, de los de los animales y los del hombre que vino en una moto de tres ruedas a encargar una urna para su mujer y una pipa para él.

Creo que con el pelo blanco pasa un poco lo mismo que con la hierba: que cuando sale en un sitio, después se extiende. Al menos nos dimos cuenta de que a papá le estaban saliendo varios pelos blancos al poco de que la abuela se instalase con nosotros. Y no fue cosa de varios días, no, sino de un día para otro. Cuando lo vi en la cocina un día después de oírlos hablar de mí, tenía

montones de pelos blancos entre los oscuros. Hasta en la barba. A Carl incluso le dio miedo.

Fue justo antes de Navidad.

Y eso que ese otoño había sido el mejor de toda nuestra vida. Papá me había llevado un día a pescar platijas. Era la primera vez que me dejaba ir con él y me moría de emoción al pensar que iba a pescar y, sobre todo, de entusiasmo porque iba a estar a solas con papá en nuestra barquita. Hablamos de mil cosas. Me contó que los peces no se ahogan en el agua, pero en cambio se asfixian en el aire.

A mí me parecía el mundo al revés.

Me contó también que la forma de ayudarlos era matarlos antes de que se asfixiasen por culpa del aire. Cuando atrapamos una platija, bien planita y con los ojos mal colocados, me enseñó a hacerlo. Le dio un golpe en la cabeza con un mazo hecho para eso. Al principio me pareció lo más horrible que había visto en mi vida.

—Ya está, Liv. Muerta —dijo después de soltarle un mamporro.

Pero no podía estar muerta, porque seguía coleando. Horrorizada, señalé hacia el pescado y abrí la boca, incapaz de decir nada.

—No son más que los nervios, que hacen que siga moviéndose —me explicó papá—. Es natural. Está más muerta que muerta y te puedo asegurar que no siente nada. Hemos hecho lo mejor que podíamos por ella y ahora podemos cenárnosla con la conciencia tranquila.

—Pero, papá...

—¿Sí?

—¿La platija va a volver?

—¿A volver?

—Sí, igual que las hojas... y que la hierba. Tú siempre dices que todo vuelve.

Papá miró hacia el agua. Tenía la pipa en la boca y en la barca había un aroma muy agradable a humo y a mar.

—Sí, también la platija volverá.

Gateé hacia él y me senté en el fondo para poder acurrucarme entre sus piernas a oler la brea y oír crujir la madera alrededor. Por encima de la borda de la barca veía un cielo azul con nubes algodonosas que permanecían inmóviles. No podía ver el mar, pero lo sentía al otro lado de los tablones crujientes.

—¿Y será otra platija? —pregunté.

—A lo mejor. O tal vez otra cosa.

—¿Otra cosa? ¿Un lenguado?

—Claro, ¿por qué no?

—¿O un conejo? O... ¿una persona, a lo mejor?

Eché la cabeza hacia atrás y traté de interceptar la mirada de papá por detrás de su barba, aunque lo único que vi fue un montón de pelo y la cazoleta de una pipa. Quizá se estuviese encogiendo de hombros, no estoy segura, pero desde luego dijo una cosa bien rara.

—Liv, a lo mejor un día alguien intenta hablarte de Dios.

—¿Dios? ¿Ese que parece un pez escorpión?

—No, no se trata de un pez. Es..., ¿cómo decirlo? Es un hombre en el que cree mucha gente y que se supone que está en el cielo y lo decide todo.

—¿En el cielo? —De inmediato mi mirada pasó de la barba a las nubes—. ¿Y cómo es? —pregunté escudriñando.

—Uf, no lo sé. Dicen que tiene una barba blanca muy larga.

Eso a Carl le inquietaría.

—Barba larga y blanca... ¿y está en el cielo? —pregunté asombrada.

—Sí, es difícil de explicar. Pero lo que quiero decir es que no es seguro que tengan razón. Yo no creo en Dios.

—¿Porque dice mentiras?

Ya entonces sabía perfectamente que no estaba bien mentir a no ser que fuese muy necesario.

—No, me refiero a que no creo que exista.

—Yo nunca he visto a nadie ahí arriba, así que tampoco creo que exista —aseguré con decisión—. ¡En lo que sí creo es en que ahí va una gaviota!

La barba subió hacia arriba un momento y después volvió a bajar, dejando al descubierto los ojos de papá.

—Eso es. Creemos en la gaviota.

Sonreí. Luego saqué el puñal de su funda y lo sostuve en alto, haciéndolo relucir a la luz del sol. Tenía una acanaladura que me gustaba observar. Lo habíamos encontrado en el cobertizo del que arreglaba las bicicletas junto con otras cosas que nos sirvieron. Como unos neumáticos. Y una linterna y una sombrilla rota y una bolsa de regaliz.

Nos quedamos esperando.

—Mamá tampoco cree en ese hombre, ¿verdad?

No llegó a contestarme, porque en ese momento picó otro pez y estuvimos muy ocupados subiendo a bordo otra platija. A ésta, papá me dejó ayudarla a morir, y lo hice muy bien, según él. Después pescamos un par de peces más y, para mi disgusto, papá recogió la caña.

—Nunca hay que quitarle a la naturaleza más de lo que necesitas —me explicó—. Si nos llevamos todos los peces, no quedará ninguno para la próxima vez.

Lo entendí y revisé lo que habíamos pescado.

—Una, dos, tres... cuatro platijas. Hay una para cada uno.

Papá sonrió. Luego me mostró el anzuelo del extremo del sedal. Colgaba de él un plomo alargado con varias perlititas de colores brillantes.

—Fíjate bien, Liv. Mañana te enseñaré a fundir un plomo como éste. Estoy seguro de que sabrás hacerlo.

Supe. Y poco tiempo después, también fui capaz de hacerme mi propio mazo para dar en la cabeza a las platijas y que murieran deprisa.

Aquel día en la barca es el más hermoso que recuerdo. Más adelante, cuando tenía que estar muy callada dentro del contenedor, a veces pensaba en él. Era agradable pensar en algo tan luminoso en medio de la oscuridad.

Poco tiempo después me dejaron salir a poner trampas para conejos. Era muy fácil encontrar sus rutas en la linde del bosque. Papá me enseñó a colocar un abeto pequeño atravesando una de ellas y a cortar las ramas por el punto exacto por el que iba a pasar el animal para crear una puerta. Hicimos un lazo con alambre y lo colgamos del tronco. A la mañana siguiente, al revisar la trampa encontramos un conejo muerto que había saltado derechito a su propia horca. Tenía el alambre tan tenso alrededor de la piel que era imposible verlo.

Por la noche, mamá hizo un estofado de conejo con nata de la vaca, tomillo de la dula y verduras del huerto. ¿Por qué gastar dinero en la tienda si teníamos de todo?, repetía siempre papá. Prefería emplear el dinero en cosas más necesarias; en pienso para el ganado, por ejemplo. Bajábamos a buscarlo a Vesterby y casi siempre lográbamos volver con un poco más del que pagábamos. Papá decía que no era grave. En Vesterby tenían de sobra y nosotros tratábamos bien a nuestro ganado. Con el almacén de la tienda ocurría otro tanto. Había tantas cosas que no importaba que me colara a coger un par de latas mientras papá distraía al tendero hablándole del tiempo.

Después aprendí también a desollar y a descuartizar. Si les quitabas la piel, los conejos se quedaban en los huesos. Pero lo más increíble era ver todo lo que llevaban en la panza: los pulmones sonrosados y los riñones morados, o lo que fueran. ¡Y aquellas tripas tan largas y enmarañadas! Yo pensaba que mamá debía de tener montones de cosas así por dentro.

Ese otoño también empecé a ir a cazar corzos a la otra isla. Papá conocía un sitio cerca de una granja enorme donde era fácil toparse con uno en la oscuridad, a veces en el bosque y a veces en los campos. A papá no le gustaba

llenar de pólvora a los animales y, como yo no sabía qué era la pólvora, a mí tampoco. Decía que hacía un ruido innecesario, que lo destrozaba todo y que era muy cara. Yo le daba la razón. No nos gustaban los ruidos ni gastar dinero.

Por eso usábamos arcos y flechas. El suyo era gigantesco y pesaba mucho. El mío era igualito, pero de mi tamaño. Me lo había hecho él en el taller y me ayudó a fabricarme mis propias flechas de pino y plumas de ganso. Para que fuese una buena flecha, la estaca debía tener el grosor y la elasticidad adecuados, me explicó, y me hizo palparlas, arquearlas y darles vueltas entre las manos hasta que comprendí lo que quería decir. Las puntas las hicimos fundiendo una jarra de latón vieja que apareció en un montón de cosas al que llamábamos «el cosistorio».

—Ya lo ves —me decía cada vez que encontrábamos algo en los montones—. Todo tiene su valor.

Pasé varias semanas tirando al blanco contra latas y leños antes de tener permiso para dispararles a los ratones en la penumbra. El día que le di a uno y lo vi retorcerse en el suelo, me eché a llorar. La flecha le había entrado por detrás, justo encima del rabo, y cada vez que el animal se movía, las plumas de ganso abrían un diminuto surco en la tierra. Papá se apresuró a matarlo con un palo. Me dijo que no había por qué llorar; lo que tenía que hacer era pensar en la alegría que se iba a llevar el zorro con esa cena.

Salíamos a cazar corzos en noches de luna porque había oscuridad y luz al mismo tiempo. Así podíamos ver y no hacíamos daño al corzo. La oscuridad se llevaba el dolor.

La primera vez que fui, vi uno en medio del sembrado, justo debajo de la luna llena. Estaba de costado y la flecha de papá lo alcanzó en el corazón. Pero no cayó de inmediato. Volvió la cabeza para mirarnos y dio unos pasos hacia nosotros antes de echarse a nuestro lado. Se movía lentamente y parecía muy tranquilo. De hecho, su muerte fue lo más apacible que he visto en mi vida. No tengo la menor duda de que me miró a los ojos y no estaba enfadado.

—Era un corzo viejo —dijo papá—. Ahora dejará su sitio a uno de los jóvenes y nosotros tendremos alimento para muchos días. Así es como debe ser.

—Pero ¿no tiene unos hijos que cuidar?

—Ya son mayores, sabrán arreglárselas.

—¿Cuándo seré yo mayor y sabré arreglármelas?

—Con lo bien que manejas el arco, no tardarás mucho —contestó papá sonriente.

Yo me sentí muy orgullosa y muy contenta por un momento. Pero sólo un momento.

—Pero ¿y tú?

—¿Yo? —Hizo una pausa muy rara—. Yo me quedaré contigo, aunque ya seas mayor y sepas arreglártelas. No tengo intención de morirme por ahora.

—Hasta que no tengas el pelo blanco, ¿verdad?

—Eso, por lo menos hasta que no tenga el pelo blanco.

Por aquel entonces yo no sabía lo de mi abuelo y el rayo.

Una de las cosas que más nos gustaban a papá y a mí era ir a buscar libros para mamá, que se ponía contentísima cuando volvíamos a casa con un buen montón. Era increíble la cantidad de libros que guardaba la gente en cajas de cartón en sus graneros y en sus cobertizos, y a menudo tenía la sensación de que no los habían leído ni tenían intención de hacerlo nunca. Con el tiempo, mi madre llegó a reunir una barbaridad de libros y seguro que tampoco tenía la intención de leerlos todos. La mayoría estaban en el dormitorio y en el cuarto blanco, donde papá les había hecho una estantería muy grande y muy bonita. Con el tiempo, se apilaron tantos libros y otras cosas delante de la estantería que ya no se la veía; pero nosotros sabíamos que estaba allí y eso era lo principal, como decíamos.

A mí también me gustaban mucho los libros. Cuando la abuela volvió a La Cabeza, ya hacía tiempo que mamá había empezado a enseñarme a leer y a escribir. Solía decir que parecía que había aprendido a hacerlo antes de nacer y solamente tenía que recordármelo. No me costaba nada y me costó aún menos en cuanto descubrí lo feliz que a ella la hacía oírme leer en voz alta.

Así no importaba tanto si sostenía el lápiz un poco raro cuando escribía. Lo agarraba como si fuese una flecha que iba a lanzar y era incapaz de cogerlo haciendo un arco con los dedos como quería mamá. Al final acordamos que era mejor sostenerlo mal y escribir bien que lo contrario. Y, bien pensado, era una suerte que no agarrase las flechas como debería haber agarrado el lapicero, porque entonces no habría dado tanto en el blanco.

Una mañana, estaba practicando con el arco detrás de la casa cuando descubrí a mamá observándome al otro lado de la colada que estaba tendiendo.

—Ya sé qué historia vamos a leernos un día de éstos —dijo de repente.

No era muy corriente que mamá abriese la boca a no ser que leyera un libro o quisiera explicarme algo. Yo creo que no le gustaba demasiado hablar, pero leer le encantaba y a mí me encantaba escucharla cuando nos

sentábamos en su cama con los libros que elegía. La verdad es que no sé qué es lo que más me gustaba, las historias o su voz.

A veces no podía distinguirlas. Unas veces me olvidaba de la voz y me perdía en la historia y otras se me olvidaba prestar atención porque me perdía en su voz. No hablaba demasiado alto, pero sí lo bastante como para que uno pudiera perderse en su voz. Tenía aire por dentro. Entonces.

Más adelante pude observar que el aire se había ido. Su voz se fue volviendo más débil hasta quedar reducida a una fina película que se podía romper con cualquier consonante puntiaguda. Una ele, por ejemplo; o una uve.

Me alegro de que llegara a enseñarme las letras antes de que a su voz se le hiciesen tan cuesta arriba las consonantes que no pudo utilizarlas. Al final me llamaba sólo «i». Yo iba siempre a verla a su dormitorio porque ella ya no podía salir. Y le leía libros que elegía yo.

Un buen día también se le acabaron las vocales.

Estuve pensando mucho en lo de su voz. Ella me había enseñado a no tragarme las palabras cuando hablaba, pero tal vez fuese eso lo que había acabado haciendo. Tal vez se había comido su propia voz. Primero el aire, luego el sonido. Comía tanto...

El libro en el que pensó al otro lado de la colada era *Robin Hood*.

Querida Liv:

Tuvo que asombrarte mucho lo que pasó con mi voz. No sabría explicarte qué ocurrió, sólo que las palabras se me atascaban en la garganta. Era como si se pincharan por el camino y yo no tuviera fuerzas para llevarlas a rastras el último trecho. Al final lo más sencillo fue no hacer nada.

Imagina unas anginas que todo el rato intentas aliviar tragando líquidos calentitos y comidas blandas. Así me sentía yo. Cuanto menos podía hablar, más tenía que comer. A lo mejor era un modo de evitar que mi garganta se cerrase por completo.

Con el tiempo, acabé teniendo una bola inmensa de frases naufragadas en la garganta. Palabras rotas sin relación unas con las otras, arranques interrumpidos, finales inconclusos, líneas sin aire entre medias, construcciones truncadas, guturales apiladas.

Lo que había allí era mi pena y yo no quería dártela a ti. Ni tampoco a tu padre, que bastante tenía con la suya. Por eso me la guardé, era mi forma de protegerte. Tu padre tenía otra.

Con todo mi amor,

tu madre

La oscuridad y el caos

Jens Haarder no le quitaba a la naturaleza más de lo que necesitaba, aunque en el caso de la resina, las cosas no eran así exactamente.

Y, sin embargo, en cierto modo podría decirse que al final sí lo fueron.

Todo empezó en la curiosidad. Su padre le había mostrado el bálsamo dorado de los árboles y le había explicado sus propiedades. Poco antes de su inesperada marcha, Silas Haarder incluso había enseñado a su hijo a sangrar lentamente un pino y extraerle el jugo retirando del tronco un pedacito de corteza. Debajo había que abrir una pequeña hendidura en forma de V que iba derramando el jugo en una cazoleta montada al pie del vértice.

Jens no tardó en saber qué árboles eran los más adecuados, y con el tiempo empezó a sangrarlos con regularidad. Siempre era cuidadoso para que su intervención no causara sufrimiento al árbol. Había que ordeñarlos con mimo, como a las vacas.

Sabía que hería al árbol, pero, por alguna razón inexplicable, sentía que era necesario. Tal vez la resina fuese una especie de droga con olor a abeto, un estimulante aromático sin el que no podía pasar. O tal vez Jens creyese de veras que algún día le serían de utilidad todos y cada uno de los pedazos de resina seca que guardaba en el taller, un enorme cuerpo oscuro de trozos irregulares que se resistían a separarse unos de otros. Verlos le recordaba a una bolsa de caramelos de regaliz medio derretidos que había compartido con su padre una noche en un ataúd. Nada en la vida le había sabido tan bien como aquellos caramelos.

A fuerza de experimentos, Jens había ingeniado un método para limpiar de impurezas los trocitos de resina: colocaba uno de ellos en una lámina de papel de plata que tensaba sobre una lata de metal y abría unos agujeritos. A continuación, derretía la resina sosteniéndola encima de una llama. Para ello había creado una curiosa estructura a base de barras de hierro y herraduras que sostenía la lata. Las impurezas quedaban sobre el papel de plata mientras la resina pura se iba depositando en el fondo de la lata. Cuando volvía a solidificarse, la guardaba; la pura en un barril y los descartes en otro. Así

siempre tenía donde elegir y podía volver a fundirla para los distintos propósitos que iban surgiendo. Que eran muchos. La resina tenía propiedades antibióticas y, con la preparación adecuada, servía para hacer jabón o como una excelente cola. Hasta de combustible, pues si embadurnaba la punta de una vara con resina impura, obtenía una antorcha que ardía de un modo impecable.

Llevaba en el bolsillo una hormiguita conservada en un universo de color ámbar. Su aspecto era el mismo de muchos años atrás, cuando Silas se la mostró a sus hijos por vez primera en la playa norte. Y el mismo que tenía millones de años antes de aquello. La hormiga había cumplido la misión de arrastrar pedacitos de resina seca hasta el hormiguero, donde servía de protección contra las enfermedades. Pero el destino quiso que quedase atrapada en aquella sustancia viscosa, que la asfixió hasta arrebatarse la vida, pero no el cuerpo.

La resina tenía algo que fascinaba a Jens. Podía sanar y preservar. Pero también podía matar.

Los barriles de resina eran el único elemento de orden en su taller. Una suerte de ojo del huracán. Estaban colocados unos junto a otros como tres cubos de basura que, sin embargo, contenían lo más precioso e imprescindible para él. En medio de un caos de cajas de cartón, sacos, herramientas, piezas de maquinaria, rollos de tela, cables, sobras, periódicos, bolsas de plástico y objetos de todo tipo y material, se alzaban para recordar que hubo un tiempo en que los árboles eran el centro de todo. Los árboles y la vida que fluía en su interior.

Con el correr del tiempo, también los barriles quedaron anegados en un mar de objetos y no fue posible verlos a simple vista. Jens, sin embargo, siempre sabía abrirse paso hasta ellos, pues se orientaba sin dificultad entre sus cosas. Su percepción del orden no debía de coincidir con la de los pocos que abrían la puerta del taller y echaban un vistazo. Al final, su hija acabó siendo la única con permiso para entrar.

A la madre de la niña también la habría dejado pasar, si ella hubiese sido capaz.

En el mundo de Jens Haarder no regían los mismos sistemas ni las mismas reglas de los que suele valerse el ser humano. Él no sabía de clasificaciones ni organización. Él sabía de emociones y recuerdos. El sitio de una lima no tenía que estar a la fuerza junto a otra lima. Si se trataba de una lima rescatada un buen día de un montón del vertedero, su lugar natural podía perfectamente

estar al lado del candil y la chaqueta de uniforme que habían salido del mismo montón. Seguía su propia lógica.

Y si a la guadaña le tocaba estar apoyada contra el gran mapa de la isla que había en la pared de detrás del torno, era porque a Jens le recordaba al brazo que salía al noreste de Korsted formando una pequeña bahía. El mapa quedaba ya casi oculto detrás de las cajas, pero él sabía que estaba allí. Eso era lo principal. La playa norte era lo único que aún se intuía en la oscuridad.

Antes de que el mapa empezara a ahogarse en aquel mar de objetos, Jens había dedicado muchas horas a estudiarlo en compañía de su padre. Juntos habían descubierto que parecía una persona. Se habían divertido imaginando que Korsted era el corazón, y el vertedero, el trasero; que, si dejaban crecer a su aire los árboles de La Cabeza, aquel ser tendría el pelo y las barbas más revueltos. En cambio, el hombre tenía calva la coronilla donde estaba la playa. La isla era un cuerpo en transformación y ellos podían transmutarla. En un salvaje.

Sin embargo, aunque el mundo acostumbra a volverse más pequeño a medida que crecemos, para Jens el mundo que había más allá de La Cabeza era cada día más grande. Siendo ya adulto, se le hizo inabarcable y cada vez más extraño conforme fueron llegando nuevas gentes y empezaron a surgir nuevos tipos de tiendas, negocios y maquinaria. El mundo se convirtió en una amenaza indefinible dispuesta a asaltarle y hacerse con su existencia.

Los demás se convirtieron en personas que llegaban para hacer cambios, para decirle que las cosas tenían que cambiar en La Cabeza. Que la porquería se amontonaba. Que había demasiados trastos. ¿Por qué no se libraba de una vez por todas de aquella chatarra?

Lo decían sonrientes. Era casi lo peor.

Un día aparecieron de repente en el establo dos señoras diciendo que, aunque vivía rodeado de un desbarajuste imperdonable, aún había un rayo de esperanza, porque Dios siempre estaba dispuesto a ayudar. Dios lo ordenaría todo si Jens lo amaba como a un padre.

Jens se quedó sin palabras, sólo las miró fijamente y las amenazó con una horca.

Por lo menos no sonreían al marcharse.

Él no veía lo mismo. Al contemplar su paisaje de objetos, no veía desorden ni porquería. Veía un todo indisoluble. Si quitaba lo más mínimo, estropearía el conjunto.

La gente no comprendía que todo lo que había acumulado tenía su sitio y su valor; y servía para algo. Un periódico amarillento que había usado para envolver un viejo jarrón de arcilla podía contener información que un día le hiciese falta, aunque él nunca leía los periódicos. Un arnés viejo le recordaba a una vez que había ido a Korsted en una carreta. La linterna la podría utilizar si la reparaba. Tenía montañas de pilas, alguna funcionaría. ¡Las casetes funcionaban con toda seguridad! Habían salido directamente de un palé que encontró detrás de la tienda de radios y aún seguían en fila india en sus envoltorios de plástico, que, claro estaba, también servirían para algo. Latas de conserva siempre estaba bien tener, por si acaso se veían en apuros; al fin y al cabo, nunca había creído en eso de la fecha de caducidad. La garlopa había sido de su padre y funcionaba a la perfección. Los sombreros podría utilizarlos si algún día se rompía la gorra de su abuelo. El candelabro era hermoso en su simetría, sólo había que limpiarlo. Los paraguas siempre podían venir bien y nunca sobraban, y los que estaban rotos ya los arreglaría. Lo que no le cabía en la cabeza era que alguien hubiese tirado un saco entero de cubiertos desechables. Nada era desechable. Algún día los lavaría todos. A los sacos de sal que se había llevado del granero del granjero —el encargado de esparcirla— también les daría algún uso. Mejor que ir por ahí tirándola por los caminos.

Jens se sentía directamente responsable de conservar esas cosas cuyo valor no reconocían los demás. Y sentía una alegría, un lazo sentimental que lo unía a todos y cada uno de esos objetos. Era un vínculo que encontraba estimulante. Y extenuante cuando alguien trataba de romperlo. Incluso angustioso.

Las pocas veces que a causa de otras personas —primero su madre y su mujer después— había intentado deshacerse de algunas cosas, no había salido bien. No podía; le destrozaba por dentro. Su madre nunca lo había entendido. Su amada Maria tampoco, pero ella le aceptaba tal como era y sabía que las cosas no podían ser de otro modo. Su padre lo habría comprendido todo.

Con el paso del tiempo, a Jens empezó a asaltarlo un temor en particular: deshacerse por descuido de algo irremplazable. De algo oculto entre otro algo, debajo de otro algo, dentro de otro algo. Su miedo fue en aumento incluso cuando ya nadie le pedía que ordenase y tirase nada. Objetos e imágenes se fundían unos con otros en escenarios oníricos y tenía pesadillas en las que no advertía la presencia de un polluelo de pájaro posado sobre una cáscara de naranja, una vida indefensa que se perdería si él tiraba la cáscara. O un bebé.

No, nada era prescindible. A pesar de lo que le enseñaba a Liv, él sabía que lo que lo dejaba ya no regresaba más. Por eso no permitía que nada lo dejara.

En cambio, era mucho lo que se sumaba. Durante bastante tiempo se trató de cosas que él mismo recogía; luego también de las que su hija llevaba a casa cuando bajaba a la isla a buscar comida y otras cosas necesarias. Él habría preferido acompañarla y no perderla de vista, pero las circunstancias acabaron obligándolo a tener que confiar en que regresaría.

Y regresaba.

Los unía un lazo indestructible. Liv le entendía, estaban cortados por el mismo patrón.

En uno de los bancos de carpintero había un reloj de arena. Silas Haarder y su hijo lo habían encontrado un día en un granero y lo habían llevado al taller, donde le daban vueltas y más vueltas mientras contaban segundos y respiraciones, y veían el tiempo que pasaba en silencio, pero sin descanso, a través del fino cuello. Llevaba décadas allí, metido en su covacha, firmemente sujeto de través con su arena sutil, su madera oscura y su tenue cristal, enterrado en el polvo y los recuerdos de un futuro reprimido.

Jens había visto a Liv estudiar el reloj. La niña sabía que no tenía permiso para tocarlo. En una ocasión preguntó si le dejaba sacarlo. Se moría de ganas de ver caer la arena.

Pero ni siquiera a Liv le estaba permitido poner en marcha el tiempo.

Diciembre

No me queda muy claro cuánto tiempo vivió la abuela en casa con nosotros, yo creo que un mes entero. Desde luego fue poco antes de Navidad, porque me enseñó a trenzar corazones de papel y a cantar villancicos sobre María y Jesús, al que yo me empeñaba en llamar Jens. No acababa de entender lo del padre de Jens, pero me gustaba la idea de nacer en un pesebre. De noche.

Cuando le pregunté a mamá cuándo habíamos nacido Carl y yo, me contó que había sido por la tarde, que había venido a ayudarla una señora y que traernos al mundo le había dolido una barbaridad. Yo habría preferido que hubiese esperado a que oscureciese, pero bueno, me alegraba que Carl y yo hubiésemos estado juntos. También aquel día. No me hacía gracia estar sola.

A lo mejor por eso me gustaba mirar los dibujos donde salíamos Carl y yo. Estaban colgados con un clavo encima de la cama, en el dormitorio. Los había hecho papá. Nos dibujaba todos los años cuando la madre selva estaba en flor, y se nos notaba en la cara cómo íbamos cambiando sin dejar de parecernos. Los dibujos nuevos se ponían encima de los viejos y se podían ir pasando para ver cómo éramos de bebés. Me gustaba posar, porque así podía quedarme mirando a papá y vigilarle el pelo y la barba, que le crecían sin parar.

Papá también había dibujado a mamá. Ese dibujo estaba puesto en la pared del taller dentro de un marquito de quita y pon. No he visto más dibujos en los que salga ella. Pero tampoco he visto un dibujo más bonito de una mujer más guapa.

Cuando la abuela se instaló en el cuartito de detrás del taller, fue como si se instalase en toda la casa de una sola vez. Carl también se dio cuenta, pero al principio todo nos parecía tan emocionante que no pensamos demasiado en ello; en lo peligroso que podía ser.

La mañana que entró en mi cuarto y se sentó en mi cama, fue la primera vez que hablé con alguien de fuera, así, de verdad, las dos solas. Es curioso, pero no me dio nada de miedo. Bueno, al principio un poco, claro, porque

mamá estaba en el lavadero, detrás del establo, y papá había salido a ver los árboles de Navidad, así que, si hubiese gritado, ninguno de los dos me habría oído.

Pero no parecía peligrosa. La señora. Se sentó sonriente al borde de la cama, donde quedaba sitio, y dijo:

—Hola, Liv. ¿Qué estás haciendo?

A mí me pareció una pregunta muy rara, porque veía perfectamente que estaba en la cama mirando dibujos.

No contesté, sólo señalé. Hacia Carl y hacia mí.

Ella también nos miró. Un buen rato. Luego se levantó, se acercó a nosotros y empezó a pasar las hojas hasta vernos de bebés. Me daba la espalda.

—Nos parecemos —le dije entonces.

Ella asintió.

—Nos ha dibujado papá.

Volvió a asentir.

Yo ya no miraba los dibujos. Miraba a la señora, que aún no sabía que era mi abuela, que nos miraba a Carl y a mí de bebés. Y me preguntaba si debía hablarle del accidente.

—A mi hermano gemelo le pasó una cosa —dije por fin.

Ella asintió una vez más. Empecé a pensar que ya iba siendo hora de que hiciese algo distinto. A lo mejor ya se sabía lo de Carl.

Al final dio media vuelta y se me quedó mirando. Sonreía.

—¿Te gustan las tortitas? —preguntó.

Yo no sabía qué contestar. No tenía ni idea de qué era una tortita. Así que hice lo mismo que ella.

Asentí.

Al cabo de un rato supe que las tortitas me encantaban. Le echó azúcar por encima a la primera, la enrolló como un salchichón y me la dio mientras hacía la siguiente. Yo le di un mordisco al salchichón, pero me olvidé de apretarlo y empecé a perder azúcar por la punta y oí que caía al suelo y que la señora decía algo. Pero me traía sin cuidado, porque era la cosa más dulce que había probado en mi vida.

Lo limpió todo, me acarició la cabeza y me dio otra tortita con azúcar. Cuando me comí la cuarta, tuve que sentarme en el suelo, en medio de todo el azúcar. Ella dijo que no pasaba nada y nos echamos a reír.

Entonces entró mamá.

Lo más extraño de todo fue que no dijeron nada. Se miraron y después mamá dio media vuelta y se fue. Al establo, creo. Al principio no sabía si irme detrás de ella o quedarme sentada en el azúcar, pero entonces la señora empezó a hablar y decidí quedarme.

—¿Tienes amiguitos con los que jugar, Liv?

Asentí. Tenía a Carl y a todos los animales.

Ella me miraba, pero yo no dije nada. Total, ya había asentido.

—Me refiero a si ves a otros niños. —En ese mismo instante me pasó otra tortita—. Cuidado con el azúcar, cielo.

Yo volví a asentir y estiré el brazo para alcanzar aquel rollito tan dulce.

—Claro, veo a Carl.

La tortita se quedó suspendida en el aire y esta vez fue ella quien tiró el azúcar. Tardó un ratito en soltarla.

De repente, vi que Carl entraba en la cocina. Se quedó mirando a la señora y creo que en ese momento le cogió un poco de miedo. Ella también le miraba con una cara muy rara. Además, estaba lo de su pelo. Lo tenía muy blanco.

Durante bastante tiempo se levantó a hacernos tortitas todas las mañanas. Las primeras veces, usó cosas que sacaba de cajas que había traído. Cuando se le terminaron, yo la ayudé a recoger huevos del gallinero, leche de la vaca y harina de unas bolsas que por aquel entonces creo que estaban en la entrada; así las tortitas sabían aún más ricas, porque yo ayudaba a hacerlas.

Papá no comía muchas y no decía demasiado. Mamá comía bastantes y no decía nada de nada. Yo me comía todas las que podía.

Al final acabamos pasando un montón de tiempo juntas, porque mamá y papá tenían mucho que hacer y, además, me parece que la evitaban un poco. Papá andaba atareado talando árboles, llevándolos a la isla grande y haciendo recados; y aún tenía pendiente un regalo de Navidad. Por eso precisamente nos prohibían entrar en el taller unos días antes de Nochebuena. Mamá también estaba preparando algo de lo más secreto en su dormitorio.

Yo no tenía ni idea de qué estarían tramando. Un año antes me habían hecho un teatro de guiñol y unos guantes de piel de conejo.

Papá ya llevaba tiempo colgando cosas del techo del cuarto de estar para que hubiese más sitio para moverse. A mí me encantaba sentarme en el sillón verde a echar un vistazo a mi alrededor. Estaba creando una cueva digna de un cuento que, a medida que las cosas iban subiendo y tapando las ventanas, se volvía más oscura.

Una de las cosas que más me gustaban era el violín que había colgando de una cuerda encima de la estufa. Cuando la estufa estaba encendida, el violín giraba como el gallo de una veleta. Y hablando de pájaros: desde lo alto del rincón me observaba atentamente el búho disecado del farmacéutico. Estaba encima de un sofá que había colocado de canto entre el maniquí y la pila de revistas. Me entusiasmaba ese búho. Cuando salía por la noche, practicaba para estar tan callada como él. Para ser sincera, tardé un tiempo en enterarme de que el búho del farmacéutico era un búho muerto. Se comportaba igualito que los que veía en el bosque.

De vez en cuando pensaba que pronto habríamos recogido todo lo que había en la isla, pero siempre aparecían más cosas que llevarnos. Papá, por ejemplo, trajo a casa un piano que le habían dado a cambio de un árbol de Navidad un día antes de que llegase la señora. Le faltaban varias teclas y un pedal, pero aparte de eso no le pasaba nada de nada, dijo. Después de recolocar algunas maletas, consiguió hacerle hueco en el cuarto de estar, y para colmo en el suelo. Luego puso tres radios enormes encima del piano y un busto de yeso de uno que se suponía que lo había tocado. A mí me dio que pensar, porque era un hombre sin brazos ni piernas.

Por desgracia, yo tenía la clara sensación de que a la señora no le gustaba nada que hubiese tantas cosas por todas partes. Cada vez que entraba en el cuarto de estar, tosía —casi tan fuerte como roncaba—, y a menudo murmuraba algo así como que era terrible lo que había pasado en tan pocos años. Yo no entendía de qué hablaba.

Debía de ser muy torpe, porque siempre andaba chocando con las cosas. Un día empezó a gritar porque se había dado un golpe en el dedo gordo del pie con un tocadiscos que había a la puerta de la cocina. Decía que ése no era su sitio; y eso que llevaba allí desde que yo recordaba. Pero eso no fue nada comparado con el chillido que pegó el día que, sin querer, le dio un empujón a la estantería del baño y le cayó en la cabeza un cajón entero de atún en conserva. Papá vino corriendo desde el taller a ver qué había pasado. Recuerdo que se quedó en la puerta mirándola fijamente sin decir nada; y ella se quedó de pie apoyada en el lavabo mirándolo a él y moviendo la cabeza de un lado a otro. Luego papá se marchó. Al fin y al cabo, ya había comprobado que la cabeza aún le funcionaba.

Pasados unos días, la abuela dejó de buscar la caja de adornos navideños que decía que tenía que estar en alguna parte y empezamos a fabricar adornos con cosas que yo encontraba. Hicimos los corazones con papel marrón de un rollo que había en el lavadero. Quedaron chulísimos. No entiendo por qué

insistía en que los hiciésemos de otros colores. ¡Si el marrón es muy bonito! Además, los corazones de verdad también son como marrones.

Cuando dijo que había traído regalos del continente, empecé a preguntarme si serían una radio pequeña y un juego de mesa que yo había encontrado en una de sus maletas. Me interesaban muchísimo las pilas de la radio, que eran grandes y redondas y tenían dibujado un animal de rayas que picaba en la lengua y sabía a quemado. Lo traía todo envuelto con mucho cuidado en un papel muy brillante, y, después de examinarlo, volví a empaquetarlo casi igual, aunque lo del celo no se me daba muy bien.

Cuando papá vino con el árbol y lo colgó en el cuarto de estar, pensé que era el más bonito que había visto en mi vida. Carl estuvo de acuerdo. La estrella que yo había hecho con radios de bicicleta brillaba, gris y preciosa, justo debajo de la viga del techo, y del pie del tronco al suelo había por lo menos un metro, así que quedaba mucho sitio para regalos.

Aún faltaban varios días para Nochebuena y yo aún no sabía que la señora era mi abuela. En realidad, fue una lástima que nunca llegara a ver nuestro coche de madera. Ni el suyo.

De vez en cuando iba a verla a la cocina, por la mañana temprano, y buscaba un huequecito donde sentarme. Seguía sin darme miedo, pero a Carl un poco sí. Me gustaba hablar con ella y que me acariciase el pelo. Además, olía estupendamente.

Llevaba en las maletas cosas muy interesantes que yo examinaba con mucho interés en cuanto se alejaba un rato. Además de los paquetes, encontré cosas para untar por la cabeza, en los zapatos y en la ropa. No había visto nada igual. Medias de nailon moradas y zapatos de piel beis. No tenía ni idea de que hiciesen zapatos tan bonitos.

A la señora le gustaba saber qué había estado haciendo y yo le contaba lo que recordaba. A lo mejor, que había fabricado flechas para mi arco, que había hurgado en los montones o había echado una mano con el ganado. Una mañana me preguntó por qué tenía tanto sueño y se me escapó que había ido a cazar corzos. Fue sin querer ni un poquito, porque le había prometido a papá que no contaría nada de lo que hacíamos por las noches. Además, habíamos tomado muchas precauciones con la camioneta y la habíamos dejado aparcada en el camino para que no nos oyese arrancar.

—¿Y salís mucho de noche... en vez de dormir? —preguntó la señora.

Me miraba tan raro que Carl me dio un empujón para sacarme de allí. Pero me quedé sentada.

Pasé un buen rato pensando si habría llegado el momento de decir una mentira.

—Carl sí —respondí por fin.

Me gustaba oírla hablar del continente. Por lo que contaba, la ciudad donde vivía tenía que ser enorme. Pensé que debía de haber una cantidad tremenda de cosas —seguramente más de las que cabían en La Cabeza. También solía contarnos que allí había otros niños que jugaban todos juntos. Y que iban a una escuela donde aprendían a leer, a escribir y a hacer cuentas.

Un día le canté la canción del alfabeto y la terminé en la *ø*. *Veintiocho letras son*

—Eres una niña muy lista —dijo—, pero te falta la *å*.

A mí me molestó bastante.

—Si no, sólo hay veintisiete —insistió—. Además, así no rima.

Eso me molestó más aún. Por suerte, mamá me dejaba acabar donde me daba la gana. Ella ya sabía que yo ya sabía que había una *å*. Creo que la señora no era consciente de que yo ya leía y escribía.

Y siguió erre que erre.

—¡Cómo nos vamos a saltar la *å* ! Sin ella no podríamos escribir *río*

«Claro que sí, con dos aes»^[2], pensé, pero me lo guardé para mí.

—Por la ciudad donde vivo pasa un río muy bonito —dijo. Su manía con los ríos me parecía increíble.

—A mí me gustan más las islas que los ríos —confesé al fin.

—Ya veo. —Hizo una pequeña pausa y yo intenté aparentar que aún me caía simpática—. Dime una cosa, Liv. ¿Tus padres no te han contado que dentro de poco vas a empezar a ir al colegio? ¿En Korsted?

Yo sabía que había un colegio en Korsted. A veces, cuando pasábamos, veía a los niños en el patio al otro lado de la tapia. Siempre había alguien gritando y algún mayor regañando. Y nadie llevaba puñal. En el patio no había nada. Solamente asfalto y rayas blancas.

Papá decía que no le gustaba.

Yo no tenía ni idea de que iba a ir.

—Mamá me está enseñando a leer y a escribir —dije—. Y papá me enseña a hacer cosas con otras cosas y a tornear palos y a fundir plomos y puntas de flecha y a construir prensas para embutidos y a poner trampas y a desollar conejos. Y no les duele cuando se mueren porque está oscuro. Y también conozco el juego de ir a buscar cosas sin despertar a la gente. Y, además, tengo un puñal y juego con él.

Volvió a lanzarme aquella mirada y yo volví a preguntarme si me habría

ido de la lengua. Por lo visto sí. No estaba acostumbrada a morderme la lengua. Era agotador.

—Creo que te vendría muy bien ir al colegio —dijo luego—. Y dejar en casa el puñal.

Esta vez fui yo la que se quedó mirándola. Carl salió corriendo a buscar a papá. Yo no sabía qué decir. En cambio, a ella no había quien la parase.

—Liv, creo que vivir en La Cabeza no es bueno para ti, con tanta chatarra, tanto polvo y tanta suciedad por todas partes. Podrías hacerte daño o ponerte enferma... Creo que te sentaría bien alejarte un poco. Voy a tener que hablar con tu padre.

—¿Y tú de qué conoces a papá? —pregunté de pronto. Estaba empezando a desconfiar. A lo mejor Carl tenía razón desde el principio, algo olía a chamusquina.

Titubeó un poco.

—Tu padre es mi hijo. Soy tu abuela.

Yo no entendía ni jota. Y Carl se había marchado.

—Fue tu abuelo Silas, mi marido, quien enseñó a tu padre a hacer todas esas cosas tan bonitas con la madera. Y la gorra que siempre lleva puesta tu padre... era del mío.

La tortita se quemó.

—... y también vamos a tener que hablar de Carl —añadió mientras retiraba la sartén del fuego a toda velocidad.

—Pero él no está —dije con la esperanza de que papá y Carl no tardasen.

—No, ya lo sé —contestó—. Pero ¿tú sabes dónde está?

Ésa fue la noche que los oí hablar en el cuarto de estar desde detrás de la puerta. Hablaron los tres, incluso mamá, y papá hasta llegó a gritar. Yo nunca le había oído gritar así. Y a la mañana siguiente empezó a ponerse el pelo blanco.

Faltaban sólo dos días para Navidad y fueron bien raros.

La verdad es que nadie decía nada. Yo creo que estaban pensando. Yo también pensaba. En eso que había oído de que quería llevarme con ella al continente y que allí iría al colegio y conocería a otros niños, y algo de unas autoridades y un médico que iban a venir, y un contenedor de segunda mano que había encargado.

Recuerdo perfectamente que dijo que había que «rascar mierda a conciencia». Comprendí que papá se pusiera hecho una furia, porque él siempre se esmeraba en limpiar el estiércol del ganado y llevarlo hasta el sembrado, donde era útil.

A pesar de todo, encontré un regalo para ella. Era una cajita con un agradable olor a tabaco. Serviría para guardar cosas pequeñas, pensé. (Al final me la quedé.) A mamá le encontré un libro de mariposas y a papá iba a darle una lata llena de resina que había recogido para él. Había un trozo rojizo especialmente bonito que pensaba darle aparte, porque dentro tenía un escarabajo muerto. Si lo guardaba el tiempo suficiente, a lo mejor se convertía en ámbar como el que él solía llevar en el bolsillo o dejar en un huequecito de su banco de trabajo. El de la hormiga. Aún no había aprendido a contar hasta un millón de años, pero me quedaba claro que era un montón de tiempo. Había sido imposible salvar al escarabajo. Lo intenté, pero cuando lo encontré estaba ya atrapado sin remedio. Por eso le di un golpe en la cabeza con cuidado.

Antes de que llegase la abuela, nunca me había parado a pensar por qué celebrábamos la Navidad. Supongo que creía que se hacía porque era bonito, y ya está. Mamá y papá nunca me habían explicado nada y yo nunca se lo había preguntado. Hablando con la abuela, averigüé que existe una relación entre el tal Jesús y el árbol y mi estrella de radios de bici y nuestro ganso y los duendecillos del jardín del pescadero. Todavía no he entendido en qué consiste exactamente.

Tampoco supe lo que era un contenedor hasta que de repente apareció. Fue justo después de Año Nuevo. Lo trajo un camión inmenso que lo llevaba cargado en la plataforma. Se acercó por el camino armando un ruido de mil demonios y yo llegué volando desde la bomba de agua para ver qué pasaba. Lo descargaron detrás del taller. Era una caja cerrada muy alargada de metal azul oscuro. Tenía los lados algo torcidos por la parte de arriba y en uno de los más largos había tres trampillas dobles.

—Lo ha encargado una tal Else Haarder —oí que le decía el hombre a papá.

Yo creo que no sabía que habíamos matado a la abuela. Después el camión se fue sin el contenedor y el conductor me dijo adiós con la mano. Fue la última vez en mucho tiempo que alguien de fuera me vio.

Querida Liv:

No sé si hicimos bien en declararte muerta, pero teníamos miedo, teníamos mucho miedo de perderte. Lo que le hicimos a la abuela fue espantoso. Pero lo que ella pretendía hacernos a nosotros era aún peor.

¡No tuvimos elección!

Prefiero creer que no tuvimos elección.

Con todo mi amor,

tu madre

Matar

Puede que, en el fondo, Jens supiera que su madre sólo quería lo mejor para ellos; que su propuesta era una forma de expresarles su preocupación y su amor. Puede que hasta supiera que le sobraban motivos para estar preocupada. Aun así, no fue capaz de ver la propuesta de Else como otra cosa que una amenaza; el presagio candente de una nueva catástrofe que no podrían soportar.

Cuando se acostaron aquella noche, Maria lloró en la cama. No la había visto llorar con semejante desgarró desde la última vez que su madre había aterrorizado su hogar. Desde el accidente.

—Tienes que sacarla de aquí —declaró la mujer que amaba sollozando.

En su interior crecía una nueva vida. Una vida más. La otra dormía el sueño de los justos en su cuartito, al final del pasillo. Con su puñal sobre el vientre. Sola.

En ese instante, algo se rompió dentro de Jens. El último hilo del lazo que lo ataba a otra persona, la sombra de un cordón umbilical.

Aferró la mano de Maria en la oscuridad.

—Sí, voy a sacarla de aquí —susurró con la mirada extraviada—. ¡Para siempre! Es la única salida.

Allí solamente había una persona prescindible.

—Lo haré antes de Nochebuena.

Su mujer oyó sus susurros. También comprendió lo que le estaba diciendo. Y supo que debía poner alguna objeción. Pero no fue capaz.

Jens se levantó de la cama, se inclinó sobre Maria y la besó en la frente antes de vestirse. Luego desapareció.

Al cabo de un rato, Maria lo oyó trabajar en el taller.

También Else Haarder lo oía desde el cuarto blanco, donde, en contra de lo habitual, aún no se había dormido.

Se dijo que Jens debía de ir con retraso con los regalos de Navidad, pero que de todas formas no dejaba de ser raro que intentase terminarlos en plena noche. Por otra parte, cada vez la sorprendían menos las ocurrencias de su hijo menor. Él y su pequeña familia parecían vivir en otro mundo, un mundo enfermo y sumido en el caos. Else sabía mejor que nadie lo que era el aislamiento y que podía acabar afectando a la cabeza, pero aquello... aquello era una locura.

Y por más que le partiese el corazón, ya no le quedaban dudas: tenía que salvar a su nieta del destino al que la estaban abocando. Al parecer, a Liv no la había visto un médico en varios años porque a sus padres «no les hacían gracia los médicos y esas cosas», y Else tenía el presentimiento de que su nieta jamás había jugado, tal vez ni siquiera hablado, con ningún niño de la isla grande. Es verdad que Maria tenía cabeza para los libros, pero no la suficiente para educar a la niña en casa, como ella pretendía. A Liv le hacía mucha falta salir y conocer a otras personas, a alguien que no estuviese matándose a fuerza de comer ni convirtiendo su hogar en un vertedero. En la vida de esa pobre niña no había nada normal.

Luego estaba todo eso de las excursiones nocturnas que tanto la preocupaban, por no hablar de lo de Carl. En realidad, tal vez fuese un caso para la policía, un caso bien triste. Confiaba en que no empezasen a escarbar en el asunto del accidente y reabrieran viejas heridas. En esos momentos era lo último que necesitaban.

Pero algo había que hacer, así que Else, de entrada, había encargado un contenedor, uno viejo de segunda mano que llegaría justo después de Año Nuevo. Jens no sospechaba nada. Se había limitado a dejarla en la oficina de correos el día convenido y a recogerla después como habían acordado. Con ayuda de la empleada, había dado con una empresa, los había llamado desde la cabina y les había mandado un cheque de inmediato. Era un poco caro, pero necesario, pensó. Sabía que tenía fondos porque su eternamente servicial prima había insistido mucho en contribuir con una cantidad extra para gastos imprevistos. Karen entendería lo del contenedor.

Lo único que la preocupaba era que no conseguía localizar a la prima. No contestó al teléfono a la hora que habían acordado. Ojalá no le hubiese ocurrido nada.

Else se sentía un poco culpable por haber encargado el contenedor a espaldas de Jens, pues sabía que era una intromisión terrible de su parte. Sin embargo, una vez que estuviera allí, pensaba, supondría una oportunidad de empezar a ordenarlo todo y darle un respiro a la casa. En realidad, tal vez

fuese la única forma que tenía de ayudar a su hijo a salir del caos. Quizá al menos Maria aprovechara la ocasión.

Else estaba deseando quedarse a echar una mano el tiempo que hiciera falta, pero no se hacía ilusiones y no creía que fuesen a permitirle. Tal vez fuera mejor no quedarse allí, molestando.

¡Pero a Liv no tenía más remedio que ayudarla! Había decidido acudir a las autoridades, aunque no antes de Año Nuevo. Ahora lo importante era disfrutar al máximo de las fiestas navideñas.

Cuando por fin se libró de aquellos pensamientos que la atosigaban y se quedó dormida, aún se oían serruchos y martillazos en el taller.

La víspera de Nochebuena cenaron en silencio. Else había insistido en hacer la compra y cocinar, y tuvo la sensación de que si se había salido con la suya era sólo porque Jens tenía los dientes tan apretados que no pudo contestarle y se limitó a asentir.

No había conseguido que su hijo la mirase a los ojos en todo el día. Después de ir a buscar su café matutino, Jens había guardado las distancias. Y lo mismo ocurría con Maria. Había vuelto a cerrarse como una ostra y no le dio ni los buenos días al bajar, aunque sus ojos hinchados y enrojecidos dejaban entrever que no había pasado una buena noche. Durante todo el día, Else la oyó trajinar por la casa y la vio moverse por la zona del establo con cierta dificultad, pero no apareció por la cocina. Mejor, porque con el poco espacio que había no habrían cabido allí las dos al mismo tiempo. Liv entraba y salía, pero hasta ella parecía no saber qué hacer exactamente. En un momento dado, Else la vio desaparecer en dirección al bosque con el arco a la espalda. Tardó varias horas en volver.

A Else le vino a la memoria la época en que veía desaparecer a sus hijos entre los mismos árboles desde la misma cocina. Entonces siempre era Mogens el que volvía primero y, por lo general, se encaminaba hacia el taller con decisión y alguna idea nueva en mente. A veces Jens tardaba tanto en volver que llegaba a alarmarla. Cuando por fin regresaba y ella le preguntaba qué había estado haciendo, el muchacho simplemente contestaba que estar con los árboles. A Silas nunca le preocupaba.

Iban a cenar pastel de carne. A Jens antes le encantaba el pastel de carne de su madre, de modo que Else tenía la leve esperanza de que aquella cena hiciese que su hijo percibiera sus buenas intenciones.

Si las percibió, lo disimuló muy bien. Jens comió, pero al parecer más por hambre, de manera mecánica, que por placer. Else ni siquiera estaba muy segura de que se hubiese fijado en lo que le habían servido en el plato, porque

tenía la vista clavada en el mantel y movía el tenedor sin mirarlo. De repente, parecía avejentado.

A nadie le interesaba el vino que había en la mesa.

Maria también comió, pero, como de costumbre, sin decir palabra, e hizo caso omiso de Liv, que hurgaba con aire escéptico en la comida e iba formando en el plato montoncitos de zanahoria, puerro y cebolla mientras parte de la carne acababa en el mantel. En una noche normal, Maria habría intervenido de inmediato al ver que Liv olvidaba los modales a la mesa.

Else se disponía a corregir a la niña, pero al comprender que probablemente iba a ser lo único que se dijera en toda la cena prefirió olvidarlo.

—¿Tienes ganas de que llegue mañana, Liv? —le preguntó a su nieta.

Liv levantó la vista del caos absoluto que empezaba a reinar en su plato. Asintió sonriendo como una niña que aguarda con impaciencia la Nochebuena. Ah, gracias al cielo, al fin un destello de normalidad, pensó Else correspondiendo a su sonrisa.

Cuando se ofreció a recoger y a fregar, no se oyeron protestas. Todos lo habían dado por hecho. En cuestión de segundos, Jens y Maria se retiraron al taller y al dormitorio respectivamente y Liv se quedó jugando en el cuarto de estar. Desde la cocina, Else la oía parlotear consigo misma.

Antes de irse a la cama, se sentó a la mesa de la cocina y se tomó un vaso de vino. Había fregado los cacharros, pero ordenar aquella habitación y dejarla limpia era misión imposible. La oscuridad la impregnaba por todas partes.

Rompió a llorar.

Afuera ululaba un búho.

Cuando Jens decía a su hija que la oscuridad se llevaba el dolor, no era del todo falso. Él se sentía más a gusto en la oscuridad, que lo envolvía en un cálido abrazo. En algún punto de su recuerdo, notaba aún los brazos de su padre dentro del ataúd, el calor de su aliento en la nuca, el aroma a madera recién cepillada. La complicidad, la confianza, la seguridad.

Jens sabía exactamente dónde estaba cada cosa en su dormitorio sin necesidad de luz. No quería despertar a Maria, de modo que se levantó con mucho cuidado, sin encender, sin pisar los libros y sin tropezar con la máquina de coser, con la pecera vacía ni con ninguna de las cajas que había

desperdigadas entre la cama y la puerta. Avanzó sin hacer ruido por el pasillo, bajó por las escaleras, atravesó el recibidor y salió por la puerta de la calle.

Al otro lado del patio se alzaba el taller como una sombra alargada en la oscuridad de la mañana, y al final del edificio estaba el cuarto blanco, donde dormía su madre. Jamás pensaba en lo absurdo que había acabado siendo ese nombre.

Desde el bosque llegaba un viento frío que arrastraba algunos copos como un augurio fugaz de una Navidad blanca. Al pisar una ramita de abeto que el viento había arrancado del clavo de la puerta del cuarto blanco, jadeó sobresaltado. No estaba habituado a encontrar cosas en el suelo justo en ese punto. Llevaba bajo el brazo la almohada con la que pensaba ahogar a su madre.

La llave no estaba echada. Else y Silas jamás cerraban con llave en La Cabeza y por un momento Jens se paró a preguntarse si su madre haría lo mismo en la ciudad. Con toda aquella gente. Podría entrar alguien y hacerle algo, quitarle algo.

Él siempre cerraba bien.

De la cama salía un torrente de potentes ronquidos. Un sonido familiar para Jens, que lo encontraba reconfortante y repulsivo al mismo tiempo. En ese preciso instante le era de gran ayuda, pues le servía para orientarse y a la vez garantizaba que su madre dormía profundamente. Entró con mucha cautela y cerró la puerta con un suave chasquido. Pasó varios minutos inmóvil por completo, escuchando los ronquidos y el silencio, mientras sus ojos se hacían a la oscuridad del cuarto. Poco a poco empezaron a perfilarse siluetas, entre ellas la de su hija, que se levantó sin hacer ruido al otro lado de la cama.

—¿Liv? —susurró—. ¿Qué haces aquí?

Con pasos inaudibles, Liv se acercó a su padre, que se arrodilló frente a ella hasta que sus ojos quedaron a la misma altura.

—Estoy entrenando para el juego —susurró ella entusiasmada—. Y mirando lo que lleva en las maletas. ¡Hay muchísimas cosas!

Luego le puso una mano en la rodilla.

—Y tú, papá, ¿qué haces tú? —Se quedó mirando la almohada con curiosidad—. ¿Vas a dormir aquí?

—No, es que... —Jens titubeó. No le parecía bien mandarle que se marchara. No habría sabido explicarlo, pero sentía que lo correcto era dejar que estuviese allí. Ella siempre formaba parte de todo—. Liv, tú ya sabes que a veces, cuando un corzo ya es viejo, lo más conveniente es matarlo, ¿verdad?

La niña asintió con vehemencia.

—Pues ahora mismo lo más conveniente es matar a la abuela.

Estudió el semblante de su hija. Sus entusiastas cabeceos habían dado paso de golpe a una inmovilidad absoluta. Veía brillar sus ojos.

—Vale —dijo la niña por fin. Sus susurros habían adquirido una consistencia reflexiva que antes no tenían. Algo que la hacía parecer adulta—. Pero ¿por qué?

—Ha vivido una vida buena y larga y ya está lista para seguir adelante.

—Ya, pero... es que es tu madre, ¿no? Me lo contó el otro día y tú dijiste que era verdad.

—Sí.

—¿Y puede uno matar a su propia madre?

—¡Liv, si no lo hago, te llevará con ella! Ya no podrás vivir aquí con nosotros. Ni tu madre ni yo podríamos soportarlo... ¿Y tú?

Liv contestó que no con un gesto decidido. De la cama seguían saliendo los ronquidos con precisión cronométrica.

La niña le puso las manos sobre los hombros, se acercó mucho a él y le susurró al oído:

—Entonces, es mejor que lo hagas.

Jens pasó un brazo alrededor de su hija y la besó con suavidad en la mejilla.

—Muy bien, cariño —susurró—. Lo haré muy rápido para que no note nada.

—Además, está oscuro.

Jens asintió, la soltó y se levantó despacio.

—¡Pero, papá! —susurró Liv volviendo a agarrarlo del brazo—. ¿Cómo piensas hacerlo?

Se produjo un breve silencio. Un silencio total, porque los ronquidos de Else Haarder cesaron de pronto. Se oía el debilísimo sonido de los copos de nieve al acariciar la ventana como blandos cristales.

La oyeron darse la vuelta, taparse con el edredón y lanzar un suspiro que podía situarse en cualquier punto entre el sueño y la vigilia.

Esperaron.

Por fin la respiración se hizo más pesada para acabar convirtiéndose en las inspiraciones profundas de siempre.

Y por fin Jens respondió a la pregunta de su hija.

—Con esto. —Sujetó la almohada con fuerza. Luego volvió a mirar a Liv. La veía en la oscuridad con total claridad, pero era consciente de que ella le

veía aún mejor. Tenía una visión nocturna impresionante—. Puede que sea preferible que salgas.

—No, yo quiero estar aquí —replicó ella sin vacilar. Liv podía ser muy resuelta.

Jens sintió una punzada de alegría en el estómago. Quería que se quedase. Que compartieran aquello como compartían todo lo demás.

—Entonces ponte ahí —susurró señalando hacia el otro lado de la cama—. No te acerques demasiado. Lo más probable es que patalee un poquito.

—¿Como las platijas?

—Sí, como las platijas.

Else Haarder estaba echada boca arriba con las manos entrelazadas encima del edredón, como si rezara. Casi parecía haber oído aquella conversación y estar dispuesta a facilitarle el trabajo a su hijo.

No fue más que un momento.

Mientras tanto, su nieta apretaba con fuerza una mano invisible en la oscuridad.

P. D.:

No supe que lo habías visto hasta que me lo contaste más adelante. ¡Las cosas no deberían haber sido así! Creo que de haber sabido que estabas allí, se lo habría impedido. Pero entonces lo habría hecho en otro momento, porque era necesario. No nos quedaba otra salida.

Aunque lo presenciaste, tú no eres cómplice. ¡Yo sí! Lo único que quería era que tu padre matase a la abuela y vivir en paz. Fui yo la que le empujó. Él no es un asesino, Liv. Yo, a lo mejor, sí.

El recién llegado

La fonda de Korsted estaba en la curva de la carretera, nada más pasar la carnicería y la funeraria, saliendo del pueblo hacia el norte. No era una fonda grande, pero sí la única de la isla desde que la otra, la del sur, había cerrado para convertirse en un economato. Aunque en los meses de invierno la mayoría de las habitaciones permanecían vacías, los fieles parroquianos del bar y del restaurante ayudaban a que el negocio saliera a flote. La gente no quería perder aquel establecimiento. No sólo se trataba de que la comida fuese de primera, la fonda también era importante por otras razones: su bar era el centro neurálgico de la vida social en esa parte de la isla. Hasta allí pedaleaban para llamar por teléfono quienes aún no tenían uno instalado, pero, sobre todo, se iba en busca del último chismorreo o a ver un rato la tele a color que tenían en la trastienda. Sobre todo el domingo, cuando daban las quinielas. Con cada dong que anunciaba que habían marcado un tanto en la liga inglesa, aumentaba el consumo de cerveza en el viejo salón.

La fonda mantenía unidos a los lugareños como el entramado de madera mantenía unidos los ladrillos rojos, incluso los que amenazaban con desintegrarse. Todos estaban convencidos de que el techado de paja aguantaría veinte años más. Era caña de la buena. Pero había que quitarle el musgo del lado norte antes de que calara la humedad.

Roald se había hecho cargo del negocio tras la muerte repentina de su tío a consecuencia de un infarto. La oportunidad había llegado a su vida como una revelación. Al ver la carta de su tía extendida sobre la mesa de la cocina, comprendió que aquella sensación que llevaba corroyéndolo un par de años no tenía por qué ser permanente. Se lo rogaba encarecidamente sin esperar un sí por respuesta. *No quiero vender sin antes hacerte una oferta, Roald.*

Era cuestión de echarle valor: decidirse, dar el paso, dejar el trabajo, hacer las maletas, coger el coche hasta el ferri y el ferri rumbo a una nueva vida. Estaba divorciado y no tenía hijos que repartirse con su ex. Por desgracia. Si

sus espermatozoides se hubiesen mostrado algo más dispuestos a colaborar, a esas alturas tal vez no sólo tendría hijos, sino también a ella.

Ahora su ex era madre de dos críos de revista y demasiado feliz con un melenudo muy popular que cantaba canciones ñoñas sobre el amor y la paz mundial. Roald se odiaba por odiarle.

En una especie de contragolpe desesperado, Roald decidió casarse con su trabajo. No era una relación especialmente feliz, pero ofrecía una clara ventaja: mataba el tiempo. Bueno, lo mataba y lo enterraba entre montañas de clases que preparar, redacciones que corregir, claustros de profesores y cotilleos estériles sobre la casa nueva del director y las aventuras entre compañeros.

De ese modo, con el tiempo, la herida empezó a cubrirse con una pequeña costra.

Si hubiese podido darle algo más de aire, la costra se habría engrosado y habría caído. A Roald no le cabía la menor duda. Y eso era lo que le corroía. Necesitaba aire. Cualquier aire menos el que había, no sólo en la sala de profesores, sino en toda la ciudad. Ese aire que lo llenaba de humo y de rutinas y lo aplastaba contra el asfalto, haciendo que se arrastrase entre gemidos por las escaleras hasta el tercer piso con la compra a rastras y la conciencia sucia por los cigarrillos, el whisky y todas las chicas estupendas que no le apetecía invitar a su casa y desnudar. Había empezado a pensar en todo el tiempo que no se tomaba, toda la rica comida que no cocinaba, todos los libros interesantes que no leía, todos los sueños que ya no recordaba. Era como si todo se hubiese quedado en nada.

Sólo había una respuesta.

Cuando dijo que no quería billete de ida y vuelta, el empleado de barba gris del ferri le lanzó una mirada discreta, pero escrutadora. Sus ojos también rozaron el coche atestado: las maletas, la planta, los libros, una estantería desmontada que había amarilleado en las zonas donde los libros no habían protegido la claridad virginal de la madera. En el asiento de atrás, se veía una caja con una radio y varias pilas de casetes. ¿Cómo vería al conductor? ¿Como el habitante perdido para la gran ciudad que en realidad era o como un posible activo para la isla?

El empleado no soltó prenda. Se limitó a coger el dinero por la ventanilla y guardárselo en la cartera negra que llevaba a la cintura. Después señaló hacia cubierta con una mano mientras con la otra hacía señas de que avanzase

el siguiente coche. Cuando el nuevo dueño de la fonda subió a bordo, se oyó el traqueteo de las matrículas herrumbrosas del Simca.

Roald se detuvo un momento en una carretera solitaria rodeada de maizales por todas partes. El tibio aire de la isla le alcanzó como si el cielo de repente se le hubiese metido en los pulmones y se los hubiese abierto. El aire no tardó en llegar hasta el punto de la nariz donde vive la memoria con más fuerza y empezó a cosquillearle con recuerdos ligeros como plumas; excursiones en bici, vacas y adultos que hacían breves escapadas hasta la orilla y comían peces recién pescados bajo el sol de la tarde.

Se tumbó boca arriba sobre un mar de centeno y amapolas candentes y lo absorbió todo. De pronto, el canto enérgico de una alondra invadió el mundo. Por fin la vio, un puntito titilante en lo alto del firmamento. Allí estaba, suspendida en la nada y soportando el peso de todo el cielo.

Al cabo de un par de años ya se habían hecho a él. Los parroquianos.

Habían asistido a la fiesta de bienvenida, y la calurosa presentación que la tía hizo de su sobrino obró milagros. La apreciaban mucho, era obvio. Tan obvio como que lamentaban que se fuese al continente a vivir con su familia. Pero los nietos tiraban mucho y el reuma desgastaba. Y echaba de menos a Oluf. Era comprensible.

Lo que comprendieron menos fue que Roald llegase solo. Eso del divorcio no se estilaba en la isla. Allí la gente aguantaba y, llegado el caso, dormía en habitaciones separadas si eso facilitaba las cosas y la casa era grande. Cuando había problemas, no hablaban del tema abiertamente, y mucho menos con gente que no fuese de confianza. Cualquier conversación sobre asuntos tan personales tenía lugar entre amigos íntimos, y las confidencias se limitaban a unas pocas palabras en voz baja que tampoco revelaban demasiado.

Por eso mismo, no había sido muy inteligente por parte de Roald presentarse como profesor de instituto divorciado y contar así, sin pelos en la lengua, que su relación abierta nunca había funcionado. Tal vez no debería haber confesado que acariciaba la idea de escribir algún día una novela o que le gustaba ir a bañarse desnudo. Pero por aquel entonces creía que era mejor poner las cartas sobre la mesa desde el principio y que supieran con quién estaban tratando. Hoy no habría contado casi nada.

Bien era verdad que le dieron una oportunidad; más que nada porque no había otro sitio donde reunirse. Y después, con el correr del tiempo, poco a poco le fueron aceptando. Hasta sospechaba que había un par de personas que le tenían bastante aprecio. Era recíproco.

Sin lugar a dudas, su jugada más hábil el día de la bienvenida fue asegurarles que todo iba a seguir como antes, que el cocinero se quedaría, desde luego, y que no tenía intención de cambiar ni siquiera una coma del menú. Y eso que no le habría venido mal que revisaran un poco la puntuación y cambiaran la *G* del *Gordon Bleu* por una *C* . Pero, ortografía aparte, la comida era realmente fabulosa, y el cocinero, un tío majo que no decía gran cosa, pero se reía bastante. Roald no cayó en la cuenta de que eran primos, una especie de primos lejanos, hasta que un año después lo mencionó el propio cocinero.

Roald nunca llegó a saber si los robos ya ocurrían cuando Oluf regentaba la fonda o si comenzaron cuando llegó él.

A las preguntas cautelosas que le hizo por teléfono, su tía contestó que Oluf nunca había mencionado ningún robo, aunque a veces le asombraba lo aprisa que desaparecían las cosas del almacén. En vista de que la oía algo alarmada por la pregunta, Roald se apresuró a restarle importancia y distrajo su atención con las últimas noticias sobre la podagra del de la funeraria.

Pero a él también le asombraba. Un buen día descubrió por dónde entraba el ladrón; lo que no hizo que las cosas fuesen menos extrañas.

Querida Liv:

De niña, en la librería, tenía un amigo invisible llamado John Steinbeck. Cuando mis padres estaban tan ocupados que no podían hacerme caso o en el colegio me ponía triste, él venía a hacerme compañía.

En mis años escolares sólo me echaron de clase una vez, y fue porque John Steinbeck asomó la cabeza de repente entre las piernas de mi profesora de inglés, que me estaba preguntando la lección. Era *De ratones y hombres* (tienes que leerlo). Me entró tanta risa que no podía parar. La profesora se puso histérica porque yo no dejaba de mirarla. Me río sólo de recordarlo.

Después de aquello, mis compañeros empezaron a burlarse aún más de mí, pero yo creo que les fastidiaba no averiguar mi secreto.

Nunca le he contado a nadie lo de mi amigo invisible, pero tengo la sensación de que en ti puedo confiar.

Con todo mi amor,

tu madre

Carl y el juego

Carl siempre se venía conmigo por las noches. Era agradable tener a alguien con quien hablar cuando papá ya no quiso seguir viniendo. Decía que tenía que quedarse cuidando de la casa y de las cosas y de mamá, así que ahora me tocaba a mí hacer lo demás. Yo no le conté que Carl venía conmigo. Se suponía que tenía que arreglármelas sola.

En el fondo, Carl era todo lo que yo no era. O lo que yo no quería ser. Alguien con miedo, por ejemplo. Miedo a la gente que no vivía en La Cabeza, miedo a no encontrar suficientes cosas para papá y suficiente comida para mamá, miedo a hacer ruido, miedo a que le descubrieran, miedo a salir cuando había luz, miedo a lo que ocultaba la oscuridad. Esas cosas solamente me las contaba a mí.

Pero a veces también estaba triste.

Y furioso.

Algunos días, por ejemplo, se enfurecía con mamá porque comía muchísimo y se movía poquísimo, y ya estaba tan inmensa que nos preguntábamos si el suelo la aguantaría. Ya había montones de cosas en ese dormitorio... y encima, por si fuera poco, mamá. Llegó un momento, muerta ya la abuela, en que papá decidió irse a dormir al cuarto blanco para dejarle más sitio a mamá en la cama de matrimonio, que era donde pasaba casi todo el tiempo.

No entiendo cómo pudo ponerse tan gorda. Comía mucho, de acuerdo, pero no tanto, y no siempre pasteles y esas cosas. A veces yo solamente llevaba pan a casa. Y filetes de ternera de la fonda. Y queso y jamón y patatas y zanahorias y guisantes congelados que por el camino se descongelaban.

No, era como si la comida creciese una vez dentro de ella. No salía como debía, decía ella. Y aun así pedía más. Eso era lo que ponía a Carl más furibundo. Pero también triste, porque mamá era la madre más estupenda que existía y había sido la mujer más guapa del mundo, o por lo menos de la isla. Ahora todo eso estaba desapareciendo detrás de capas y capas de grasa, y los ojos ya no le brillaban como en el dibujo de papá. Creo que tenía toda esa

belleza y todo ese brillo metidos con las palabras en algún punto de la tripa, esperando a que alguien los soltase. Pero uno no puede ir por ahí abriendo en canal a su propia madre, ¿no?

Carl y yo hablábamos de eso de vez en cuando. De si sería posible hacer un agujero y cortar lo que sobraba para librarla de todo lo que la agobiaba y que volviese a ser la de siempre. Pero no estábamos seguros de que se pudiese cortar a alguien vivo sin que dejase de estarlo. Lo último que queríamos era que dejase de estar viva. Y, además, no tenía que dolerle, claro.

Un día estuve a punto de convencer a Carl de que se lo preguntase a papá, pero no se atrevió. Tampoco creo que papá le hubiese hecho mucho caso; él nunca escuchaba a Carl.

Si tengo que ser sincera, la verdad es que ya sabía que papá no le veía.

Carl, yo lo notaba, estaba un poco enfadado porque aquel día no cuidaron bien de él. Aunque por lo general le veía, le oía y podía jugar con él, en realidad era un poco como si no estuviese. Me habría gustado que al menos él hubiese llevado parte de la carga, porque a veces, cuando volvíamos a casa por las noches, mi bolsa pesaba muchísimo.

Nuestro sitio favorito era la fonda. Muchas veces, Carl y yo no íbamos más allá, pero es que allí encontrábamos prácticamente todo lo que nos hacía falta. Aunque papá decía que había que tener cuidado y no ir demasiado. ¡No queríamos que me pillasen!

Él también les había hecho sus visitas en su día, pero comenzó a resultarles demasiado complicado cuando empezaron a acordarse de cerrar con llave la puerta de atrás. En cambio, había una ventana en el sótano que siempre quedaba entornada por las noches y daba a la parte de atrás. Papá no cabía por ella, pero yo entraba justita. Con el tiempo, me hice experta en soltar el ganchito de su arandela y abrir la hoja lo suficiente para colarme reptando hacia atrás, apoyar el pie en el radiador y de ahí bajar hasta el suelo sin hacer un solo ruido. La ventana conducía a un pasillito desde el que se podía pasar al almacén o subir a la cocina.

Siempre llevaba conmigo la linterna pequeña, pero procuraba no usarla, sobre todo en la cocina, porque una de las ventanas se veía desde el camino. Lo mejor era dejar que los ojos se hiciesen a la oscuridad, intentar ser como el búho. Mis ojos estaban tan acostumbrados que con el tiempo acabé viendo mejor por las noches.

Del almacén cogía de todo. Normalmente latas, papel higiénico y ese tipo de cosas, pero de vez en cuando también me llevaba comida del congelador

grande. Si había golosinas, me hacía con unas cuantas, que a mamá le entusiasaban. Casi siempre buscaba las que llevaban piezas más pequeñas, pastillas de regaliz y ositos de goma, por ejemplo, porque estaba convencida de que era imposible que algo tan pequeño la hiciera engordar. También me gustaba mucho llevar galletas a casa, porque comérselas con mamá en la cama era un acontecimiento. Siempre las rompíamos y las agitábamos antes de tomárnoslas. «Para que salgan las calorías», solía decir ella. Nos mondábamos de risa. Tengo que reconocer que nunca supe qué quería decir con eso. Yo nunca vi que cayese ninguna caloría en las sábanas ni entre los libros y las demás cosas. Aun así, siempre rompía y agitaba todas mis galletas. Y sigo haciéndolo. Es que así están más ricas.

Nunca olvidaba echar un vistazo en la nevera de la fonda, donde casi siempre había bandejas de aluminio con comida preparada. A veces las sacaba y me pasaba un buen rato olisqueándolas. Otras veces las probaba, allí de pie, y echaba parte en la bolsa. Lo importante, según papá, era no dejar la nevera abierta demasiado tiempo. Tenía luz y podían verla por la ventana. No había cortinas.

La idea de que me pillasen por culpa de la luz y el ruido me daba un miedo espantoso. La oscuridad y el silencio eran mis amigos.

Nunca me llevaba mucho de una sola vez. El juego consistía en no llevarse demasiado. Si no, podían pillarte, y eso era lo peor que podía pasar en esta vida. Primero, porque entonces el juego se acabaría, y luego, porque no se sabía qué te harían ellos. Los desconocidos.

Al principio yo creía que era un juego inofensivo, pero con el tiempo me fui dando cuenta de que las consecuencias de ser descubierto eran imprevisibles. De que el juego era cuestión de vida o muerte.

Papá me había hablado de ellos, de los otros. Me contó que también participaban en el juego, pero no por las buenas. Los desconocidos querían encontrarnos para hacernos cosas malas. Carl y yo habríamos preferido no saberlo, porque cuando salíamos solos nos costaba sacárnoslo de la cabeza. Sólo de pensarlo, a Carl le latía tan fuerte el corazón que hasta yo lo oía.

Un día le pregunté a papá si no podíamos dejar de jugar y me dio una respuesta que nunca olvidaré:

—No, porque entonces tu madre se moriría de hambre y yo sería muy desgraciado.

Su mirada al decirlo fue muy rara.

En ese momento comprendí por fin lo que estaba pasando con su cara. Tenía unas barbas tremendas. Antes la barba de papá me recordaba al seto de

alerce de la funeraria cada vez que lo podaban. Y era tan suavcita que daba gusto tocarla. Ahora, en cambio, parecía un manojo de ramas. Estaba seca y oscura y blanca todo al mismo tiempo, y tenía astillas en su interior y un poco de telaraña. Incluso un día vi algo que se movía por dentro; puede que fuese un insecto atrapado en la telaraña o a lo mejor no era más que su boca. El pelo también le había crecido mucho y se le había puesto raro, y le habían crecido tanto las cejas que daban algo de miedo.

Pero lo más extraño de todo, y también lo peor, eran los ojos que me miraban desde debajo de aquellas cejas enormes. Me miraban sin verme. Era como si una película lechosa hubiese recubierto los ojos más bonitos que había visto en mi vida. Era como si ya no estuviese viendo a papá.

Ese día comprendí la enorme responsabilidad que tenía sobre los hombros. Todo lo que dependía de qué llevase a casa en la bolsa. Ese día me hice grande de una forma muy pequeña, porque tenía que seguir cabiendo por la ventana del sótano de la fonda.

Siempre que me colaba en la cocina de la fonda, buscaba algo que pudiera gustarle a papá. En los cajones había de todo y solía encontrar cosas que nos venían bien. Unas veces un trapo. Otras, un cucharón. O un rollo de plástico transparente, o tal vez un rebanador de huevos. No siempre sabía qué era lo que me estaba llevando, pero si a mí me gustaba verlo y tocarlo, a papá también, seguro.

Lo más raro que encontré en mis excursiones fue un chisme alargado que había debajo de la cama en casa de unos veraneantes. Tenía unas pilas dentro, pero no hacía falta sacarlas para que te hiciesen cosquillas en la lengua. ¡Con pegar la lengua al chisme y apretar el botón, empezaba a temblar todo! Papá me explicó que era algo que se usaba en la cocina. Para hacer ponche de huevo, creía él, pero el día que lo intenté me llevé un buen chasco con el resultado. Papá se lo dio a mamá y ya no volví a ver aquel cacharro nunca más. A lo mejor desapareció dentro de ella, como todo lo demás.

De vez en cuando metía en la bolsa uno de los pucheros o una de las sartenes que tenían en la fonda. Papá decía que con ellos había que tener un cuidado especial. Lo mejor era llevarse cosas que luego no fuesen a echar en falta, por lo menos de momento. Sin embargo, el día que aparecí con la mitad de una de esas bicicletas que se desmontan en dos, no pudo disimular su entusiasmo y me pidió que volviese a por la otra mitad en cuanto hubiese ocasión.

Y eso hice. Cuando me di cuenta de cuánto le gustaban las bicis, empecé a llevarle más. De todas clases. Era fácil, porque así no había ni que entrar en

casa de la gente. Solían dejarlas en sitios donde luego fuese fácil cogerlas, y si no tenían candado, eran pan comido. Carl no se atrevía a montar en bici, así que a mí me tocaba llevarlas a rastras por todo El Cuello. Por su culpa.

Pero antes de todo eso. Antes de que mamá engordase tanto que ya no pudo salir más del dormitorio y antes de que papá se quedase en La Cabeza por las noches para cuidar de todo y antes de que yo descubriese la telaraña que le crecía en la barba. Antes de todo eso pasaron algunas cosas.

Entre otras, que tuve una hermanita.

La muerta y la recién nacida

Maria y Jens Haarder dieron parte de la desaparición de su hija poco después de Año Nuevo. Por desgracia, todo parecía indicar que se había ahogado accidentalmente. El propio Jens fue en busca del policía de Korsted a referirle todo lo sucedido. O, para ser exactos, lo que él suponía que había sucedido.

Liv había salido sola a jugar el día antes. No entrañaba peligro alguno. Estaba habituada a moverse por los campos y por el bosque y nunca había sido motivo de preocupación. Aquel día, sin embargo, a media tarde aún no había vuelto a casa, como solía. Oscureció y Jens la estuvo buscando por toda La Cabeza. La niña jamás salía de La Cabeza por su cuenta y riesgo, le aseguró al agente. Pensando que podía haberse caído entre los árboles y estar malherida, el padre no quiso abandonar la búsqueda e ir a la isla grande hasta no estar completamente seguro de que había revisado todos los lugares donde podía encontrarla. Maria, su mujer, también la había buscado, aunque sobre todo dentro de la casa y en los alrededores.

Poco a poco, Jens fue ampliando su radio de acción, explicó, y al final llegó a la playa norte, donde en realidad no creía que fuese a localizar a Liv, pues su hija tenía terminantemente prohibido ir sola hasta tan lejos. No obstante, había indicios de que la niña había pasado por allí, pues cuando Jens examinó la playa en la oscuridad, el haz de luz de su linterna iluminó la pulsera de cuero favorita de la niña. Estaba semienterrada en la arena, delante del puentecillo de madera al que estaba amarrada su barca; o, mejor dicho, al que debería haber estado amarrada. A Jens no le cabía en la cabeza que Liv hubiese llegado andando hasta aquella playa desierta y mucho menos que hubiese tenido el valor de subir sola a la barca. Pero era, tuvo que admitirlo, una muchachita muy testaruda y cuando se le metía algo en la cabeza había que tener un poder casi sobrehumano para hacerla cambiar de idea. Llevaba tiempo dándole la tabarra para que volviesen a salir de pesca, pero él lo había descartado. Enero era un mes demasiado frío para una niña tan pequeña.

Y ahora, al parecer, había decidido actuar por cuenta propia. Por desgracia, había elegido una tarde en que se había levantado un fuerte viento

del oeste.

Mientras oía relatar a Jens Haarder cómo había registrado toda la playa, el policía pudo sentir el horror del padre e imaginar la espuma de las olas al romper contra la costa como explosiones grisáceas en la oscuridad. Él también era padre de una criatura de la misma edad. Él también había salido la noche antes, había oído bramar el viento por la calle principal y había visto las nubes, que pasaban presurosas y descubrían a ratos una luna glacial. Imaginarse a una niña sola en el mar con aquella luna... a su propia hija...

Observó a Haarder, a quien no había visto mucho en esos últimos años. En un pasado remoto habían ido los dos juntos a la misma escuela, pero después de la muerte repentina del padre empezó a ser complicado retener a Jens allí y un día no volvió más. Después, la escuela se trasladó a un local mejor y ampliaron la plantilla del centro. La hija del agente no tardaría en convertirse en una de sus alumnas.

Había llegado a entrever fugazmente, muy fugazmente, a la hija de los Haarder, a la que siempre tomaba por un chico, en la camioneta con su padre. Le había hecho pensar en la vida tan aislada que debía de llevar en La Cabeza. Por esa misma razón, había acariciado la idea de acercarse por allí un día a saludarlos con su propia hijita. Sólo para ver cómo andaban. La paz del hogar era algo sagrado en toda la isla y todo el mundo sabía que si había alguien poco aficionado a las visitas, éstos eran los Haarder, pero habiendo una niña de por medio... A juzgar por el tamaño de la que había visto en el vehículo, suponía que las dos empezarían a la vez el primer curso.

Pero las cosas no habían ocurrido como esperaba.

Haarder le refirió que al final había hallado la barquita después de subir un trecho por la costa, en el punto donde la isla sale al encuentro del mar con sus grandes rocas y un abrupto acantilado que asciende hasta el bosque. Con el corazón roto, la había visto a lo lejos, aprisionada entre dos rocas, al parecer arrastrada por la corriente que iba hacia el este. Tenía la popa sumergida bajo el agua. No muy lejos de allí vio uno de los remos entre las olas, que lo arrastraban hacia la oscuridad para, al instante, devolverlo hacia la orilla como una lanza extraviada. Había una corriente muy peligrosa en aquel lugar.

Haarder había arrastrado la barca hasta liberarla de las rocas, pero la había vuelto a perder a causa de la corriente. Decía que había llamado a su hija una y otra vez y que había revisado cada palmo de la costa con su potente linterna. Pero no había ni rastro, nada que permitiese suponer, siquiera por un instante, que una niña había llegado a rastras hasta la orilla.

Había pasado buscando toda la noche hasta que al fin salió el sol, pero todo lo que había encontrado era un guante de piel de conejo que había devuelto la marea. Le resultaba dolorosamente familiar. Y el policía imaginó el espectáculo: el guante allí, a la orilla, oscuro y brillante, como un animal muerto; y Jens Haarder gritando por dentro al darse cuenta de lo que eso significaba.

Por fin, desfallecido, el padre había tenido que renunciar a su búsqueda y había regresado a casa a llevarle a su mujer aquellas nuevas desgarradoras. Y ahora estaba allí con él, envuelto en su abrigo viejo, embutido en bufandas de lana y con una gorra vieja y raída que parecía de otra época. Tenía el rostro chupado y pálido, y la barba que se había dejado esos últimos años le hacía aparentar mucha más edad de la que en realidad tenía. Sobre todo, porque barba y cabellos habían encanecido de forma asombrosa durante ese invierno. El policía había reparado en ello cuando se habían cruzado casualmente después de Navidad. Hasta lo habían comentado en la tienda del pueblo. Las canas repentinas de Jens Haarder.

Y ahora esto.

Aquella mano gastada estrujaba una pulserita de cuero.

—Tenemos que mandar un equipo a buscarla —dijo el agente con una voz que hasta a él le resultó desconocida—. Voy a ponerme en contacto ahora mismo con el continente. A lo mejor pueden enviar un helicóptero.

Vio en aquel rostro abatido que sus palabras no alentaban la más mínima esperanza.

—Conozco a mi hija —dijo Haarder—. Si siguiera con vida, yo lo sabría.

Tenía delante a un hombre que sabía a ciencia cierta que acababa de perder a su única hija. No había ido a dar parte de su desaparición, sino a declararla muerta.

Al comprenderlo, el agente se sintió por un instante devorado por la pena, como si fuese él y no el otro quien estaba allí, de pie. Intentó recomponerse y representar su papel con la calma que requería. Sin embargo, parecía que todo lo que hacía y todo lo que decía estaba fuera de lugar. En su afán por mostrar su más cordial simpatía, sonrió sin querer. Era una sonrisa absurda. Una sonrisa extraviada y condenada a morir porque no podía llegar en un momento más inoportuno. No tenía ningún sentido frente a ese hombre y esa tragedia.

Pero Haarder la había visto.

—¿Aún tenéis a tu madre de visita, Jens? La vi en el pueblo justo antes de las Navidades —dijo el policía mientras su sonrisa se hundía en una oscuridad

fangosa como un cervatillo se hunde en una ciénaga. Cuando garabateó unas líneas en una libreta, la mano, siempre tan firme, le temblaba. *Presunto ahogamiento. Playa norte.* Con la otra mano, trató de disimular el temblor que le sacudía la barbilla.

—No, volvió a su casa. Antes de Año Nuevo.

Enviaron un helicóptero. Rastrearón toda la costa y el bosque, El Cuello y el norte de la isla grande.

Mientras tanto Liv Haarder, callada como un muerto, estaba en el interior de un contenedor cerrado con llave tras el taller de su padre. Oculta detrás de montones de cajas de cartón y neumáticos y periódicos y revistas y juguetes y sobres de gel de sílice y sacos de sal y barreños y casetes vírgenes y herramientas rotas y bombonas de gas y pan crujiente y pintura y bolsas de golosinas y ropa vieja y pilas de libros y montañas de alfombras y cosas que alguien alguna vez y por un momento había echado de menos con cierto asombro para después olvidarse de nuevo de su existencia.

Los padres no deseaban celebrar una ceremonia en su recuerdo. Tampoco deseaban entrar en contacto con compasivos curiosos de la otra isla ni con psicólogos ambulantes que los ayudaran a sobrellevar el duelo.

Los padres deseaban que los dejaran en paz.

Y cuando los emisarios de rigor de las autoridades se retiraron por fin, no sin cierto espanto ante el caos en que la niña debía de haber vivido, la calma volvió a La Cabeza. Haarder colocó una barrera en el punto donde el camino hacía un recodo a la izquierda antes de continuar durante un buen trecho en dirección a la casa. Y junto a la barrera, un buzón y un cajón de madera algo más grande.

PROHIBIDA LA ENTRADA, ponía en un letrero.

Nada de «a toda persona no autorizada». Sólo prohibida la entrada. A todo el mundo.

Y si a alguien se le ocurría ignorar el letrero, sortear la barrera y seguir adelante, tropezaría con un hilo tendido de lado a lado en medio del camino, una de las muchas trampas que a partir de aquel momento protegerían a los Haarder de la llegada de intrusos.

A pesar de que el invierno fue negro como el carbón, hubo algunos meses claros. Ya nadie mandaba cartas recordando amablemente que Liv tenía que ir

a la escuela. Nadie les hacía preguntas acerca del sobre de M que, como un reloj, caía al fondo de su buzón al acabar cada mes.

Jens siguió pagando las facturas que no podía evitar sin recibir visitas no deseadas. En la oficina de correos, su llegada no pasaba inadvertida. No porque llamase particularmente la atención, ya que no decía ni mu. Sin embargo, con el tiempo, empezó a despedir un olor desagradable y su ropa adquirió un aspecto sucio.

Antes hasta lo admiraban por las camisas, si no bonitas sí diferentes, que le cosía su mujer (la madre del farmacéutico sostuvo hasta su último día que la espalda de una de las camisas de Jens salía de una combinación que se le había perdido, pero todos lo achacaban a la demencia en aumento de la anciana). Pero después del trágico accidente, siempre iba por ahí con el mismo suéter gris descolorido, que estaba pidiendo a gritos que lo lavasen y le quitasen las astillas y las pelusas; a su pantalón de pana también le hacían falta unos cuantos remiendos. Ya nunca se cambiaba de calzado, parecía sentirse a gusto con un par de botas de agua viejas a las que, por alguna razón inexplicable, les había cortado la caña, pero que nunca se molestaba en limpiar de porquería antes de entrar en los sitios. La gorra era la de siempre, aunque un labrador compasivo le había regalado una nueva.

Lo único que cambiaba de una vez para otra era su olor. A peor.

En cuanto veían aparecer la camioneta, las dos mujeres que se turnaban para sentarse en la caja empezaban a pelearse para decidir a quién le tocaba despacharle. Y los clientes de la cola comenzaron a dejarle pasar para que saliese de la oficina lo antes posible. Los que no lo conocían arrugaban la nariz y se preguntaban pasmados quién sería aquel sujeto tan pintoresco. Los que sabían quién era Jens Haarder intercambiaban miradas cómplices y apenadas. Algunos intentaban dirigirle un saludo amable al verlo pasar, pero no obtenían más que una sonrisa fugaz que al cabo de algún tiempo se redujo a una mirada tenaz hacia el suelo de la oficina de correos.

El cartero que repartía en La Cabeza advirtió también un cambio. Si antes estaba habituado a entregar la escasísima correspondencia a la puerta de la casa y de vez en cuando llevarse un par de cartas de Jens y Maria de vuelta para enviarlas, ahora debía contentarse con tratar con el impersonal buzón del recodo. Si había algún paquete, cosa que ocurría muy rara vez, tenía que depositarlo en el cajón de madera que había junto al buzón. Y si traía un mensaje, podía dejarlo en el mismo sitio. Había papel y bolígrafo para tal fin.

Lo que más le sorprendió fue la barrera que habían levantado en el mismo punto, pero él también provenía de una familia un poco particular del sur de la isla, de modo que no encontró la medida del todo inusual. En círculos postales corría el rumor de que era hijo ilegítimo de Nielsen, el ilustre jefe de correos de Korsted. Semejante afirmación proporcionaba al cartero cierta satisfacción, pues la alternativa paterna oficial era un labriego que empinaba el codo y tenía una fea bizquera, además de una condena por conducta indecorosa con un poni noruego. En otras palabras, el cartero era un hombre comprensivo en materia de rumores y secretos de familia.

Albergaba la esperanza de que algún día hubiese que efectuar una entrega en mano en La Cabeza y no tuviera más remedio que forzar la barrera. Porque, como cartero, no sólo era cumplidor por naturaleza —tanto si llovía como si tronaba—, sino también tan curioso que estaba en ascuas. Y se moría por llevar a los amigos de la fonda, ya que no otra cosa, al menos noticias de aquella casa. No era que quisiera chismorrear, eso no. Pero, para ese cartero, habría sido un placer dejar leer entre líneas que sabía algo que no sabían los demás. Le atormentaba lo indecible no haber conseguido convencerlos aún, discretamente, eso sí, de la identidad de su verdadero padre. Tampoco podía decirlo sin más, esas cosas no se hacían. Pero podía insinuarlo, y en insinuarlo se dejaba la vida sin que nadie levantase siquiera una ceja.

Liv sabía que era cuestión de vida o muerte que no la vieran, de modo que a la menor sospecha de que se acercaba alguien, corría sin hacer ruido a esconderse en el último rincón del contenedor. Con ayuda de su padre, había preparado una madriguera muy agradable detrás de los neumáticos y las cajas. Dos enormes edredones y un buen montón de mantas la mantenían caliente y, si a pesar de todo tenía frío, había un saco lleno de ropa de abrigo extra en el que algo encontraría. También disponía de libros y de linternas y de pilas más que de sobra y de golosinas y de galletas y de pan y de botellas de agua, así que no le faltaba nada.

Al principio, cuando todo el mundo andaba buscándola, no se había atrevido a encender ninguna luz y había permanecido en silencio debajo del edredón en medio de la oscuridad más negra, atenta a cualquier sonido. Estar a oscuras constantemente había hecho que el tiempo se confundiera, y pronto no supo si era de día o de noche. Además, la oscuridad empezó a pesarle en los párpados y en los pulmones.

Echaba de menos a Carl, que se negaba a ir con ella.

Por fin, después de demasiado tiempo, apareció. Ella no lo veía, pero sabía que estaba a su lado, en el silencio. No se atrevía a decirle nada por miedo a que la oyesen desde fuera, pero él le susurró que estaba allí, y que tenía miedo: de los extraños, de la oscuridad, del tiempo, de la incertidumbre, del aire. Y del olor, que los envolvía como una gruesa manta de goma vieja y de polvo y de moho y de trapos secos con pintura y aguarrás.

En ese instante se tranquilizó. Consoló a Carl sin palabras y se sintió más fuerte de lo que era. Mientras lograra centrarse en calmar a su gemelo, el miedo no podría hacer mella en Liv.

Pasaron así mucho tiempo ella y Carl, rodeados de una oscuridad que estaba rodeada de cosas que estaban rodeadas de un contenedor de metal hermético. Pensaban en el aire que había afuera, en el aroma del bosque, e intentaban meterlo en su madriguera, hacer que atravesara la gruesa manta y los calara hasta lo más hondo de los pulmones.

Luego oyeron unos ruidos y que alguien abría el candado de una de las trampillas, y a través de una rendija entre dos neumáticos vio en un destello el cielo lleno de estrellas y oyó la voz de su padre, que hablaba con ella. Por fin se atrevió a encender la linterna que no había dejado de estrujar entre los dedos.

Le había llevado té y comida enlatada que había calentado en el hornillo, a la puerta del taller. Ya no era fácil llegar hasta los fogones de la cocina, y como ahora era el único que cocinaba, prefería utilizar su propia cocina, como él la llamaba. Le había echado una lona por encima que, bien que mal, la protegía de la lluvia. De vez en cuando encendía una de sus antorchas caseras y la metía en el paragüero, junto al hornillo. Entonces se extendía un olor delicioso a comida y a resina.

El té y la comida le supieron a gloria. El aire que entraba por la trampilla abierta la subió al séptimo cielo. La luz era cálida y agradable. Su padre estaba con ella.

Liv le habló de la oscuridad y del aire que pesaba. Él se fue, volvió y perforó tres orificios en un lateral del contenedor mientras el polvo del metal caía sobre un periódico que después dobló y escondió entre los demás. Tapó los tres orificios con un pedazo de tela grande y lo pegó por delante con cinta americana.

—Ahora tendrás aire fresco siempre que lo necesites —anunció—. Basta con que levantes la tela si quieres que entre más aire y también ver el camino.

Pero ten mucho cuidado con la luz. No se te ocurra encenderla por nada del mundo si no está echada la tela. La verían desde fuera. ¿Entendido?

Liv asintió. Luego apagó la linterna como una niña obediente, apartó la tela y pegó la cara a los tres agujeros, que formaban un triángulo invertido. Respiró por el de abajo con una inspiración larga y tranquila; podía oler los abetos, la hierba recia y la brisa salada del mar. Y por los dos más altos vio el cielo estrellado y la luna que iluminaba el sendero. En algún lugar chilló un búho. Lo imitó en voz baja y sonrió al sentir en los hombros las manos de su padre.

—Eres una chica lista —susurró él. Después le explicó que era mejor que permaneciese en el contenedor hasta que dejaran de buscarla—. La policía tiene que convencerse de que estás muerta, Liv. Así nos dejarán en paz.

Ella lo entendió. Que los dejaran en paz era bueno.

Por fin un día pudo salir. Su padre la levantó por encima del borde de metal azul oscuro y la sacó por el agujero inclinado de la trampilla, aunque ella había insistido en que podía salir sola. Afuera le había puesto un par de cajas y una rueda de tractor para que no le costase volver a subir corriendo al contenedor si de repente era necesario. Echar el cierre exterior no podía, claro, pero su padre había fabricado un dispositivo para que sí pudiese cerrar por dentro. Por si acaso.

Tenía una sorpresa para ella en el cuarto de estar: dos crías de conejo que habían dejado en la cuneta para que quien los quisiera se los llevara. Liv introdujo la mano en la caja de cartón y acarició la suave piel de los animales con una sensación de alegría nueva para ella. Vivirían en la casa; no los cazarían con trampas, ni los desollarían, ni se los comerían estofados. Unos conejitos vivos que la miraban con aire amistoso y mordían y mascaban y se movían por la paja a saltitos suaves. Liv estaba exultante.

Pero, por algún motivo, cuando subió a la cama de su madre rompió a llorar. Y, por algún motivo, su madre también lloró. Luego comieron golosinas y galletas y rompieron y agitaron y leyeron en voz alta un libro que hablaba de una mujer enamorada. La que leía era Liv, pero sólo su madre reconocía aquel sentimiento y bullía en lo más hondo de su ser.

Y un día llegó la niña. Antes de tiempo. Maria la trajo al mundo en la cama del dormitorio, de la que por entonces aún podía levantarse. Pero a duras penas; sólo con muchos esfuerzos.

Su marido y su hija la asistieron.

Liv observaba atentamente el drama que tenía lugar ante sus ojos. ¡La cabeza! La cabecita que salía apuntando hacia ella como una luna de mármol alargada hasta convertirse en una cabeza completa que asomaba al final de un cuerpo gigantesco.

Observó el esfuerzo, el líquido, el cuerpecillo del que pendía aquella cabeza y que por fin la siguió, aunque a regañadientes. Un cuerpo transparente, empapado y demasiado pequeño con una larga serpiente grisácea que le salía del ombligo, retorcida.

Y oyó los sonidos que hacía su madre, que con el paso de las horas cobraron fuerza. No eran chillidos, chillidos agudos y blancos como los de las rapaces. Eran gritos que surgían de las entrañas de la tierra. Rugidos graves sin consonantes.

Y la tierra luchaba consigo misma en la cama. Aquel corpachón inmenso que yacía como un paisaje convulso de montañas, abismos y vegetación salvaje, luchaba frente a Liv.

Gritaba.

A algo o por algo.

Y luego aquella minúscula personita colgando delante de ella.

Cabeza abajo.

Y su padre agarrándola por los pies y golpeándola.

¿Por qué la golpeaba?

Y después el silencio.

Carl estaba horrorizado.

Liv recibió órdenes de cortar el cordón umbilical con su puñal. Le pusieron una pinza. Y vendas. Con el tiempo había cogido tantos rollos de vendas, tantas compresas y tanto esparadrapo blanco del pequeño autoservicio sanitario que había a la entrada de Korsted, que terminaron poniendo un cartel que preguntaba a los vecinos si de verdad necesitaban tantas vendas.

La niña también luchaba. Luchaba con ganas. Había luchado tanto para abrirse camino y salir de la tierra, salir del agua, salir de la oscuridad, que boqueaba sin aliento en medio de tanto aire. Sin vocales ni consonantes. Se limitaba a abrir los labios diminutos. Como las platijas.

No pudo. Era demasiado pequeña para vivir.

Y dejó de hacerlo.

Cuando su padre empezó a chillar, Liv intentó taparle los oídos a Carl. Chillaba como todas las rapaces juntas; chillaba como el búho, como las gaviotas, como un puercoespín herido; como chilla el corzo por la cría

extraviada; como chilla el tejón en celo. Chillaba como habría chillado un padre al encontrar a su hija ahogada en la oscuridad. Y chillaba como chilla un niño al encontrar a su padre muerto entre el brezo.

Chillaba con toda la blancura que puede encerrar un chillido. Una blancura tan luminosa y tan cegadora como levantar la vista hacia el sol del mediodía y ver todo y no ver nada al mismo tiempo.

Pero, sobre todo, Jens chillaba como había chillado por dentro el día que encontró a un niño con el cráneo partido a los pies de una cuna y, a pocos pasos de allí, el lateral de esa cuna; y comprendió la insoportable realidad: que en la ebriedad de la espera había pasado por alto los últimos tornillos, que había fallado como carpintero y como padre, que había matado a su propio hijo. Y que jamás en su vida sería capaz de compartir la verdad con la mujer que amaba por puro miedo a perderla también a ella.

Con las manos insensibles, recogió el lateral y lo atornilló en su sitio para que la cuna fuese idéntica a la que tenía al lado. Después se arrodilló en el suelo junto al niño inerte. No lo tocó, se quedó contemplando la cabecita que yacía en una aureola escarlata y luego chilló con toda la fuerza de sus pulmones hasta que Maria llegó corriendo, levantó al niño, lo estrechó contra su cuerpo y chilló con él.

La tierna nuca de Carl había chocado al caer contra una de sus cajas de herramientas. Una esquina de acero inmisericorde.

Así chillaba ahora Jens. Y en un recuerdo remoto, Liv reconoció el grito de su padre.

Maria lloró con blandas vocales hasta dormirse y Liv lavó el cuerpo ensangrentado de su madre mientras su padre salía llevando con él aquel cuerpecillo sin vida.

—Era una niña —fue todo lo que dijo al irse con su hija entre los brazos.

Jamás debimos intentar darte una hermanita o un hermanito, pero tu padre insistió. Tenían que ser dos, decía. Igual que antes. Igual que él había tenido un hermano y tú deberías haber tenido a tu gemelo. Había que equilibrarlo, decía, y yo le quería tanto... ¡Le quiero!

Pero puede que ese bebé estuviese destinado a no vivir, porque no habríamos podido cuidar de él, no como se merecía. Me daba miedo que naciera. Miedo que naciera demasiado pronto y miedo que llegase a salir de mí con vida. ¡Me daba miedo el bebé!

Por eso no empujé como debía; intenté quedármelo dentro. Apreté, a lo mejor lo asfixié. A lo mejor maté a mi propio bebé.

O a lo mejor es que hay niños que no deben vivir y ya está. A lo mejor tu hermanita no debía vivir, a lo mejor no fue culpa mía.

No lo sé, Liv.

También intento hallar la paz por el accidente de Carl, pero nunca la encuentro. Siempre sospeché de tu abuela porque tomaba un medicamento que algunas veces la volvía una persona impredecible. Por lo general, sólo la atontaba, pero en ocasiones, de repente la volvía muy irascible, la enloquecía. A mí me asustaba mucho y yo creo que, en el fondo, a ella también.

Carl gritaba sin parar y tal vez eso pudo con ella. Pensamos que fue eso lo que ocurrió. No soportaba sus gritos y lo sacó de la cuna y lo zarandeó. Entonces se le cayó contra la caja de herramientas que había en el suelo. ¿Lo haría a propósito? Nosotros creemos que sí, que lo hizo a propósito. Por eso fue un gran alivio que se marchara. Aun así, sigo sin hallar la paz, porque ya nunca sabré lo que ocurrió.

Puede que no fuera ella. ¿Y si fui yo? Dormía muy poco y confundía los días unos con otros; además, estaba enferma a mi manera, de la cabeza. Agotada y asustada del futuro. A veces no recordaba lo que acababa de hacer. ¿Es posible que le hiciera daño a tu hermano gemelo?

Si lo hice, ¿tú podrías perdonármelo?

Con todo mi amor,

tu madre

La fonda y el niño

Cuando una brutal tormenta da un buen mordisco a la costa, no pasa desapercibido. Hombres que fuman en pipa y llevan cartapacios bajo el brazo se encaraman a lo alto del paisaje desafiado con sus zapatos caros y, con los ojos entornados, toman medidas con largas zancadas y envueltos en la neblina de la mañana, y hacen anotaciones sobre la dirección del viento y el riesgo de desprendimientos —con bolígrafo azul en sus libretas de rayas— antes de volver a sus coches e irse a tomar café. Pero cuando un mar en calma decide ir lamiendo poco a poco una lengua de tierra, al principio nadie nota nada. ¿Quién iba a darse cuenta de que ha desaparecido una pizca de arena a cada lado? ¿De que el mar va penetrando discretamente, conquistando un centímetro tras otro?

A cada año que pasaba, El Cuello era un poco más estrecho, sólo un poco. Los universos paralelos de algas, piedra, arena y cambronería del camino disminuían de forma simultánea e inadvertida. El propio camino se estaba ahogando en hierbajos, que medraban ante el escaso riesgo de que un coche les pasara por encima. El tráfico más asiduo había quedado reducido a una niña solitaria que corría por las noches con una bolsa vacía echada a la espalda y volvía después con una llena.

Roald se rascó la cabeza mientras contemplaba el interior de la nevera. Estaba casi seguro de haber guardado dos bandejas de aluminio con patatas gratinadas y no una. También estaba convencido de haber dejado una limonada en el estante antes de irse a la cama. Echó un vistazo a su alrededor. No había más señales de que alguien hubiese entrado en la cocina de la fonda.

Al principio pensó que algún huésped habría bajado a escondidas para comer un bocado. Pero seguía habiendo algo que no encajaba. Ocurría con regularidad, a veces con un intervalo de pocos días, y de cuando en cuando descubría que no era sólo comida. También echaba en falta las cosas más curiosas. En una ocasión, pasó toda una mañana buscando la baraja que

estaba seguro de haber dejado en la mesa de la cocina la noche anterior, y otro día el cocinero se encontró con que faltaba una olla. Ya se había repetido un sinnúmero de veces, pero el asunto no tenía ni pies ni cabeza.

Siempre cabía la posibilidad, claro, de que fuese el cocinero, pero no parecía muy probable. No estaba hecho de esa pasta. Roald no conocía a nadie más digno de confianza que aquel primo lejano suyo con dotes culinarias, y se negaba a creer que fuese capaz de tirar por la borda un buen trabajo por ese tipo de sisas en su mayoría insignificantes.

Además, cada vez que descubrían que faltaba algo, el cocinero se lo tomaba con calma chicha. Se limitaba a reírse. Todo le daba risa. También había que tener en cuenta que habría sido un poquito exagerado decir que sabía con total precisión lo que había en su cocina y su almacén. Lo cierto era que sospechaba que Roald se colaba en la cocina por las noches para comerse las sobras. Cuando se lo sugirió con un brillo juguetón en la mirada, Roald lo negó en redondo. El cocinero se echó a reír y ahí quedaron las cosas.

Pero entonces, ¿quién? ¿A quién demonios podía ocurrírsele entrar y llevarse del almacén sobras, barajas, bolígrafos, refrescos y atún en conserva? Y ¿cómo lo hacía?

Esa noche no había un solo huésped durmiendo en la fonda, de modo que esa posibilidad —que se tratase de un huésped— quedaba descartada.

Roald salió de la cocina por la puerta de atrás, bajó los pocos peldaños que conducían al pasillo y siguió hasta el almacén. Tardó un rato en descubrir que faltaban varios rollos de cocina, unos paquetes de pan crujiente y pastas, unas cuantas latas de tomates pelados, salchichas, posiblemente un tarro de miel y, sin lugar a dudas, una bolsa grande de galletas y... ¡plástico de burbujas! Sí, estaba cien por cien seguro de que en la esquina de arriba había un montón de plástico de burbujas metido en la caja grande de cartón de la nueva plancha para pantalones. Y ya no estaba.

¿Plástico de burbujas? ¿Quién se dedicaba a manganar algo así? Tampoco estaban los guantes que Roald solía usar para los congelados.

Al volver por el pasillo, se detuvo unos momentos a observar el ventanuco alto y alargado que daba al sótano. Entornado, como siempre. Hacía falta algo de aire. Era imposible que entrase alguien por esa ventana. Imposible.

La cocina pasó cerrada los quince días siguientes porque el cocinero, por primera vez en veinte años, decidió tomarse unas vacaciones como Dios manda. Él y su mujer harían un viaje al continente y no descartaban volver antes de lo previsto si no acababa de gustarles estar allí tanto tiempo.

En vista de que el restaurante y varias habitaciones del primer piso estaban pidiendo a gritos una mano de pintura y diversos arreglillos, Roald aprovechó para cerrar la fonda. Podía ocuparse de todo él mismo, gracias a Dios, y ahorrarse los gastos. Si al final resultaba que necesitaba ayuda, sabía a quién recurrir, pues los parroquianos no veían la hora de volver a su abrevadero y se mostraron dispuestos a enfundarse el mono de trabajo con tal de hacerlo posible. Sobre todo, si el mono iba acompañado de cerveza. Sin embargo, Roald rechazó su oferta; necesitaba unos días para estar solo.

De repente, tomó una decisión. Sacó una bolsa de harina y la colocó sobre la mesa de la cocina. Antes de acostarse, espolvorearía por el suelo una capa muy fina. Siempre podía barrerla al día siguiente. Lo haría durante varios días, aprovechando que iba a ser el único que entrase en la cocina. Qué más daban las molestias, lo importante para él era tener certezas.

Por diversión, dejó sobre la encimera un lapicero roto, seis regalices y una baraja. Y metió en la nevera una fuente con exactamente veinticinco rodajas de salchichón, diez lonchas de jamón y cinco tiras de pimiento rojo.

Las primeras cinco mañanas que inspeccionó el suelo de la cocina no encontró la más mínima señal. La sexta mañana, había desaparecido el lapicero, así como tres regalices, siete rodajas de salchichón, dos lonchas de jamón y una tira de pimiento rojo. Y había huellas de pasos en la harina que iban de la nevera a la encimera y de allí a la puerta del sótano. Roald se agachó y observó perplejo la pisada que se dibujaba con más claridad. Era muy pequeña. Tenía que tratarse de un niño.

Al seguir el rastro por el pasillo hasta el pie de la ventana lo comprendió. Con un poco de maña, un niño podía entrar y salir por ese camino.

Pero ¿un niño? ¿De noche?

Y... ¿el plástico de burbujas?

Mientras Roald arreglaba una tira de la tarima de uno de los cuartos del primer piso, no dejaba de darle vueltas al asunto de la visita nocturna. Aunque le habría gustado tomarlo por una chiquillada, le resultaba imposible. Un niño que robaba comida, harina, pucheros y rollos de cocina con tanta frecuencia tenía que estar muy necesitado.

¡Pero es que en Korsted no había niños necesitados! A juzgar por el tamaño de las huellas, era pequeño. Un chiquillo, imaginó, sin detenerse a pensar por qué.

No podía asegurar que conociera a todos los niños del pueblo, pero sí estaba familiarizado con muchos de ellos y creía tener una idea de quiénes eran y de qué familia provenían. Ni uno solo encajaba en la historia que

estaba teniendo lugar en la cocina de la fonda. Los tres críos del panadero eran revoltosos, sí, pero no podían estar detrás de aquellos robos. En parte, porque le costaba mucho verlos colándose por aquel ventanuco tan estrecho, pero ante todo porque estaba convencido de que antes de llegar siquiera a la parte de atrás de la fonda ya habrían despertado a todo el mundo. Eran unos niños mucho más ruidosos que los de otros vecinos, y hasta cuando jugaban a ver quién aguantaba serio más rato, no quedaba más remedio que taparse los oídos. Cada vez que tropezaba con aquellos tres mocosos y con su nivel acústico, a Roald lo invadía una repentina sensación de gratitud por no tener hijos. Pobre del profesor que un día tuviera que vérselas con sus hormonas en el instituto.

En cambio, le brincaba el corazón en el pecho de puro gozo cuando veía a la hija del policía. Era la personita más encantadora que había visto en su vida. Siempre con su vestido y sus trenzas, como si viviese en la casa de la pradera y no en una casa grande de ladrillo amarillo en plena calle principal. Y encima se llamaba Laura, era demasiado bueno para ser verdad. Pero lo único que la pequeña Laura había robado en toda su vida era, probablemente, el corazón de Roald.

¿Quién sería, entonces? Pasó revista a los críos uno por uno y no encontró ni uno solo al que pudiese imaginar escabulléndose de noche para ir a buscar comida. Hasta donde él veía, todos tenían lo que necesitaban. Y si llegaban a casa con artículos robados, demonio, algún padre o alguna madre lo habría notado tarde o temprano.

Siempre había sido cauto y había evitado los chismes en el bar de la fonda, de manera que se calló lo que sabía de los robos. Sólo en una ocasión les preguntó a unos clientes habituales, así, como de pasada, si en la isla había gente necesitada. Alguien a quien le costara ver satisfechas sus necesidades más básicas.

Los de la barra, después de rascarse la barba durante un rato, se acordaron de una anciana algo andrajosa que siempre andaba dando vueltas por el vertedero con un cochecito de niño. También estaba el chiflado de la granja medio en ruinas que criaba ponis de las Shetland. Y los tres borrachines que hasta hacía no mucho habían estado rondando por una marquesina del embarcadero.

Pero enseguida se pusieron de acuerdo en que ninguno de ellos pasaba auténticas estrecheces. A los borrachos no parecía faltarles bebida ni al chiflado comida; desde luego, tragaba bastante más que sus pobres ponis. Y creían que la anciana del cochecito en realidad vivía en una bonita casa con el

techado de paja que había junto a la carretera hacia Sønderby, que tenía un seto de boj podado con mucho esmero y un molinito precioso en el jardín de delante. Su marido era un contable jubilado. Simplemente estaba loca.

Luego estaba Haarder, el de La Cabeza, que era un tipo un poco raro y difícil de trato. Siempre iba por ahí con un montón de chatarra, pero eso no lo convertía a la fuerza en un necesitado, y chatarra, desde luego, no le faltaba. Su mujer tampoco parecía pasar muchas privaciones, porque según el cartero se había puesto inmensa. Hacía ya mucho tiempo que nadie la veía al sur de La Cabeza.

Los Haarder habían tenido una hija, recordó Roald. No había nadie en la isla que no supiera que la pobrecilla se había ahogado en el mar. Qué tragedia tan terrible para unos padres. Y, por si eso fuera poco, habían perdido un bebé varios años antes, también en un accidente. Hasta donde había entendido, el gemelo de la niña. ¿Cómo puede ser la vida tan cruel? Si no eran raros de antes, ahora a la fuerza tenían que serlo, después de pasar por eso.

Roald recordaba el ruido del helicóptero que había sobrevolado la isla sin descanso siguiendo la costa en busca de la niña. Si por lo menos hubiesen encontrado el cadáver, demonio.

Tarde o temprano, seguro que llegaba uno a ese punto. A querer encontrar un cadáver. Tarde o temprano, seguro que moría la esperanza como un fuego cansado y pasaba a ser un deseo pequeño y ardiente de encontrar un cadáver. Mejor que nada.

Qué terrible llegar hasta ese punto.

El suelo había quedado listo y Roald retrocedió un poco para contemplarlo. Ya estaba fijo.

Así que tampoco podía ser la hija de los Haarder. Por buenas razones.

¿Sería, entonces, un enano?

Desechó la idea y se levantó. ¡Si hubiese habido en la isla un enano hambriento aficionado al plástico de burbujas, ya habría oído hablar de él, qué carajo!

Le hacía falta una cerveza.

Roald se dejó engullir por el sillón de su escritorio y se quedó mirando el teléfono. El auricular negro era un poco curvo, como si se echase obedientemente sobre la parte de arriba del aparato. La zona por donde se agarraba había perdido el brillo de la baquelita a fuerza del contacto con manos sudadas, y más abajo el disco, antaño transparente, había adquirido un color grisáceo de polvo y porquería. HIK, ponía en el agujero del cuatro.

Roald le dio un trago a la cerveza. HIK. ¿Por qué no se había fijado antes? A lo mejor porque nunca le había costado tanto decidirse a hacer una llamada.

Sabía que era su deber llamar a la policía. Además, su relación con el agente no podía ser mejor. Cuando por fin se dejaba convencer y se quitaba la gorra, era un tipo simpático.

Pero dudaba. ¿Por qué?

Después del siguiente trago se decidió. Se limpió la espuma de los labios y dejó la botella vacía encima de la mesa. Para empezar, intentaría resolverlo solo. No había motivo alguno para armar revuelo. Además, el policía no iba a irse a ninguna parte.

Como siempre había habido intervalos de varios días entre las visitas nocturnas, Roald esperó cuatro noches. Al llegar la quinta, se fue temprano a la cama y echó unas horas de sueño antes de levantarse al dar las doce. Luego bajó a la cocina sin hacer ruido y se quedó allí esperando. Había sacado distintos objetos, incluso un montoncito de tebeos del Pato Donald, de la estantería que había en el descansillo. Las pocas veces que había niños entre los huéspedes de la fonda, los tebeos solían ser un éxito. Los dejó en la encimera.

De haber podido encender alguna luz, habría leído algún libro o un tebeo, ya que estaba, pero no era posible. La habrían visto a través de las ventanas. En un momento dado se quedó dormido apoyado en la mesita junto a la que estaba sentado, y a eso de las cinco se despertó porque tenía un brazo dormido. Había un silencio sepulcral y volvió escaleras arriba, a la cama.

Durante dos noches más las cosas transcurrieron más o menos del mismo modo, no hubo visitas. Y por fin, la noche del lunes al martes, ocurrió algo. Esta vez, Roald había hecho un café bien cargado con la esperanza de mantenerse despierto hasta la mañana, así que hacia las dos y media aún estaba espabilado. Sus pensamientos iban, tranquilos y centrados, de la contabilidad a sus reservas de whisky, de sus antiguos compañeros y su exmujer a la lucha contra los ratones y las quinielas de fútbol, y vuelta a empezar. Lo estaba disfrutando. Estaba allí pensando mientras los demás dormían. Afuera soplaba el viento justo para que el letrero gimiese colgado de sus goznes y la rama de un arbusto arañase suavemente las paredes.

Y, de pronto, se oyó otro ruido que procedía de la parte de atrás del edificio. Era muy débil, pero ahí estaba. Se levantó con sigilo y se retiró al sitio que había planeado. Un rincón junto a la puerta del comedor donde podía agazaparse detrás de un armario alto y pasar desapercibido en la oscuridad.

Al cabo de un rato, oyó bajar muy despacio el tirador de la puerta del pasillo. No quedaba dentro de su campo visual, pero la nevera sí. Y el niño no tardaría en estarlo.

Roald contuvo el aliento mientras la pequeña silueta se acercaba a la nevera. Si sus ojos no se hubiesen habituado a la oscuridad durante las últimas horas, no habría podido ver nada, pero ahora distinguía con total claridad el contorno de un niño. El cabello relativamente corto, delgado y con una bolsa enorme, una mochila quizá, en la mano. Se movía con rapidez y en medio de un silencio impresionante. Roald no consiguió oír ni uno solo de sus pasos.

El niño no encendió ninguna luz, pero saltaba a la vista que conocía el camino hacia la nevera. La abrió apenas un poquito, lo bastante para ver qué había dentro. Como estaba de espaldas, Roald no pudo distinguir su rostro a la luz del aparato, pero alcanzó a intuir unas greñas oscuras y un jersey a rayas marrones y naranjas. En un abrir y cerrar de ojos, el niño sacó una bandeja y volvió a cerrar la nevera. Se quedó allí olfateando la bandeja con los restos de la cena que Roald había logrado prepararse unas horas antes. Filete ruso con salsa. Le había salido riquísimo.

El niño comió un poco con las manos y devolvió la bandeja a toda prisa sin más ruido que el sonido de beso de la portezuela al encontrarse sus tiras de goma. Se lamió los dedos y se volvió hacia la mesa donde había estado Roald. Cuando su mano llegó hasta los tebeos del Pato Donald, un haz de luz diminuto iluminó por un instante la cara del Tío Gilito. Después todo volvió a ser oscuridad. El pequeño colocó la mochila en la mesa, sacó varios tebeos del fondo del montón y los guardó en ella. Luego metió la mano en un cuenquito de golosinas y se produjo un breve destello multicolor. Cogió un puñado y dejó que regalices y ositos de goma cayesen en un bolsillo lateral de la mochila. Uno de los caramelos cayó al suelo con un leve chasquido y rodó por las baldosas con un zumbidito.

El niño se quedó callado como un muerto, escuchando, esperando. Roald lo imitó. No se oía ningún ruido en ningún punto de la casa. Acto seguido el niño se agachó y tanteó el suelo con la mano hasta que localizó el caramelo y se lo metió en la boca.

¿Pensaría llevarse algo más? ¿Pasaría al almacén? Roald no quería descubrirse aún. Para su propio asombro, aquel tímido invitado no sólo había despertado su curiosidad, sino que también le inspiraba una extraña ternura. Había algo infinitamente trágico en lo habituado que estaba el pequeño a su rutina. Roald no sentía rabia, sólo compasión. Y asombro.

El niño empezó a rebuscar por armarios y cajones con gran cautela. De cuando en cuando, el diminuto haz de luz tropezaba con algo, pero nunca pasaba de ser un fugaz destello. Algo salió de un cajón y terminó en la mochila. Roald intentó adivinar de qué podía tratarse. Posiblemente un batidor manual. El niño se hizo también con un par de manoplas de cocina, o tal vez sólo una. Sin previo aviso levantó la mochila y se encaminó a la puerta.

Roald dudaba. ¿Era el momento de salir? ¿Debería dar un paso y carraspear? Si lo hacía, el niño se llevaría un susto de muerte. ¿No sería mejor esperar a que estuviese saliendo por la ventana de la cocina? ¿Por qué demonios no había trazado un plan?

El niño abandonó su campo visual. Un débil crujido le indicó que la puerta se abría y se cerraba. Poco después le llegó un sonido casi inaudible desde el pasillo; era la puerta del almacén. Si no hubiese estado atento, Roald jamás habría llegado a oírlo. Bien podría haber sido el viento. Siguió inmóvil un instante en su escondite tratando de poner en claro sus ideas.

Por fin, se decidió a avanzar. A pesar de que sabía que le estaban robando el almacén, no fue hacia la puerta del pasillo. Salió sin hacer ruido por la otra puerta y entró en el comedor, después salió al recibidor y luego por la puerta principal. Jamás se había movido con tanta cautela, pero aun así agradeció en su interior al viento que hubiese empezado a hacer algo más de ruido. Tras cerrar con cuidado la pesada puerta de la calle, dio media vuelta y se dirigió hacia la plazoleta que se extendía frente a la fonda. En uno de los arriates había un par de arbustos grandes que oscilaban a la luz de una farola. Eran lo único que no estaba en calma.

La carretera del norte estaba tan desierta como la plazoleta. A esas horas de la noche, aventurarse en la calle era toda una rareza. Roald avanzó muy despacio pegado a la fachada de la fonda, dobló la esquina y continuó hasta que vio la entrada trasera y la ventana del sótano, que estaba abierta. La luz de la farola más cercana no tenía tanto alcance, pero una luna muy esbelta arrojaba un tenue resplandor por la gravilla del camino y sobre la casa.

Lo primero que vio podía ser papel higiénico. Uno de esos paquetes de doce rollos que a duras penas cabía por la ventana. Después salió... ¿Era algún tipo de rollo? A lo mejor un mantel de hule. Acto seguido, apareció la mochila. Unos bracitos delgados dentro de un jersey a rayas lo recolocaron todo para que quedase sitio.

Entonces salió el niño.

En cuanto estuvo fuera, volvió a entornar la ventana. A continuación, se echó la bolsa a la espalda, agarró el papel higiénico y el hule y se deslizó por el camino sin hacer apenas ruido hasta llegar al asfalto. Roald se quedó mirándolo. Seguía siendo incapaz de revelar su presencia.

Lo que hizo fue seguirlo. Entre las sombras.

El pequeño no corría, no del todo, aunque tampoco caminaba. Tenía unos andares casi flotantes. A Roald le vinieron a la mente los pueblos indígenas y los braceros asiáticos, que recorren larguísimas distancias llevando pesadas cargas.

Lo que más le asombraba, sin embargo, no eran los andares. Era la dirección. El niño iba hacia el norte. ¿Viviría en una de las casas que salpicaban la carretera una vez fuera del pueblo? ¿Vivirían allí niños de esa edad?

Al norte de Korsted, la carretera estaba desierta y sin luz. Roald vaciló un segundo ante la perspectiva de deambular en la oscuridad. Pero la luna brillaba como un sable dorado que reflejaba los rayos de un sol lejano. Había luz, un poquito de luz. La suficiente para ver la figurita ante él. Pero ¿y si la figurita lo veía? Lo último que quería era asustar al niño.

Por fortuna para Roald, la carretera serpenteaba y estaba flanqueada por todo tipo de vegetación. Eso le brindaba la posibilidad de acercarse cuando no temía ser visto, pero al mismo tiempo debía admitir que le costaba seguir el ritmo del pequeño. Ese niño debía de ser fuerte como un toro.

Al cabo de un rato, el paisaje se abrió de nuevo, y un trecho más adelante, donde la carretera pasaba junto a un puñado de casas, volvía a haber farolas, sólo unas cuantas. Pero, al parecer, el niño prefería evitar la luz, porque se desvió campo a través y echó a correr, rodeando las casas por la izquierda. A mitad de camino, Roald se vio obligado a hacer un alto. Jadeante, vio cómo aquel puntito se perdía en la oscuridad rumbo al norte.

¿De verdad se dirigía a La Cabeza?

El otro día estabas contándome algo de unas trampas que tenías que cuidar y de repente no dijiste más. Te interrumpiste. Eso me preocupa. ¿Qué trampas son esas? ¿Qué es lo que no me cuentas? Ojalá estuvieses aquí ahora, para hacerme compañía. Te echo de menos.

Con todo mi amor,

mamá

La conservación

Jens Haarder se llevó a la recién nacida. Salió de aquel cuarto menguante, atravesó el angosto pasillo, bajó por las escaleras, que a cada paso que daba se estrechaban más y más, pasó por las habitaciones de la casa, reducidas a vías respiratorias polvorientas. Y salió al patio, donde el cielo trataba de penetrar en un bosque de chatarra imprescindible y sólo encontraba tierra allí donde angostos pasajes perforaban los montones, como las sendas de los conejos entre la hierba. Al llegar al taller, dejó a la recién nacida en el banco de trabajo, encima de la mantita con que la había envuelto. Era una niña que no gritaba.

Jens Haarder tampoco gritaba, ya no. Era un hombre calmado, centrado. Y tres mil años más viejo.

Cuando Liv llegó a su lado, él ya había terminado de lavar a la criatura. La niña no hizo preguntas y fue a vaciar el barreño detrás de la casa, tal y como él le pedía. Y volvió a llenarlo con agua de la bomba. Era para las manos, había explicado su padre. Y le llevó los aceites de la cocina. Y los frascos vacíos. Y fue a buscar todas las bolsas de vendas. Y le ayudó con el saco de la sal. Y encendió el hornillo afuera y empezó a limpiar resina como él le había enseñado. Todo haría falta luego. Menos la sal y los frascos; eso hacía falta ya. Liv no conseguía ver a Carl.

Intentaba estar tranquila, pero se sentía confusa y asustada. Y más pequeña que nunca.

Su padre cogió un cuchillo de cocina y lo calentó en la llama con ella sentada al lado. Habría querido preguntarle, pero no pudo. Abría la boca y ni entraba aire ni salían sonidos. Entonces lo siguió al interior del taller. Su padre se movía como si no supiese que ella estaba allí; como si no la viera. Como si Liv fuese Carl.

Liv veía el borde de la mantita, que colgaba torcida por la esquina del banco; y veía unos pies descalzos tan diminutos que eran mucho más pequeños que

los suyos. La lámpara de petróleo que tenían al lado les hacía proyectar sombras lanosas. Pero no parecían calientes.

Carl seguía sin llegar y ella no sabía si quedarse o irse. Su padre estaba de pie junto al banco, le oía respirar. Los deditos de los pies permanecían muy quietos. Se acercó hasta colocarse al otro lado y levantó la vista hacia su padre. No la vio. Miraba hacia la mantita.

Hacía ya algún tiempo que respiraba de otra manera; como si el aire que aspiraba estuviese lleno de virutas. A veces Liv sentía deseos de ayudarle a respirarlo, de respirarlo con él —¿o tal vez de empujarlo mientras él lo inspiraba?—. Otras veces tenía ganas de llevarlo a rastras al bosque. Hacía tanto que no iban... El aire del bosque era más agradable que el del taller... e infinitamente mejor que el de la casa y el del contenedor. Añoraba el bosque.

Y ahora no sabía qué hacer.

En vista de que era incapaz de tomar una decisión, su cuerpo la tomó por ella. Se dejó caer detrás del banco como si se escurriese sobre sí misma.

Luego apoyó la barbilla en la barra transversal del banco. Entre las virutas del suelo, delante de ella, estaban los frascos vacíos. Y las piernas de su padre. Tenía un agujero en los pantalones, un siete justo debajo de la rodilla, y la niña imaginó su piel al otro lado del agujero. ¿Se vería al alumbrarlo? El haz de luz de su pequeña linterna de bolsillo iluminó el agujero y la piel, que parecía tierra sedienta de agua. Estaba llena de arruguitas muertas de sed y le hizo sentir deseos de tocarla.

De pronto, las dos rodillas avanzaron hacia ella al mismo tiempo. Una asomó por el agujero y se mostró claramente a la luz de la linterna, parecía la cabeza de un bebé saliendo de su madre. Luego una mano bajó, cogió un frasco y lo subió como un garfio bajo el agua. Le oyó aspirar aire lleno de virutas y oyó un ruido semejante al de un cuchillo en un conejo. Poco después, el frasco volvió a bajar hasta el suelo y quedó en medio de un mar de virutas. Con algo oscuro dentro. Y la mano dejó huellas oscuras en el cristal. Y otro frasco ascendió y se perdió por el borde del banco para regresar enseguida con algo dentro. Y así una y otra vez. Ella observaba los frascos llenos mientras pensaba en los conejos y en los corzos. Cuando alumbró uno de ellos, reconoció algo.

En ese instante, Carl apareció y le dio la mano.

Liv le dijo en un susurro que no tuviese miedo. No eran más que los pulmones de su hermanita en un frasco de conservas.

Entonces llegó su padre. Bueno, no; primero llegó su rodilla, luego llegó su torso y después su mano, que se agarró al borde, y por último su cabeza, que

estaba algo ladeada, y con la cabeza sus ojos, que la miraron por encima de la barra que había debajo del banco. Ella apagó la linterna.

—¿Qué haces? —preguntó su padre con calma. La voz le había cambiado. Tal vez también estuviese llena de virutas.

Se oía algo que goteaba desde el banco. Al principio se trataba de gotas sueltas, después las pausas entre una y otra fueron haciéndose más y más breves hasta fundirse en un solo sonido, en un chorro.

—Esperar, creo —respondió Liv—. ¿Y qué haces tú?

Él se quedó callado. Tan callado como Carl. El chorro volvió a convertirse en un goteo.

—Preparar a tu hermanita. Así podremos cuidarla mejor.

—Vale.

—Creo que deberías estar tú también.

—Vale.

—¿Te pones de pie?

—Sí.

Liv decidió levantarse, pero Carl se negaba. Tiraba de ella hacia el suelo como si fuese un enorme saco de sal.

Su padre volvió a convertirse en unas perneras.

—¿Vienes, Liv? —preguntó desde algún punto en las alturas.

—Sí —dijo ella sin moverse.

—No hay por qué tener miedo —insistió él.

—Vale.

Carl la soltó y ella se levantó con la mano de su gemelo entre las suyas. Contuvieron el aliento al mismo tiempo.

Jens no se acordaba de los detalles y es posible que jamás hubiese conocido esos detalles. Sin embargo, en algún recoveco de su interior guardaba los fundamentos de un saber, el esqueleto sin pulir de unos métodos pretéritos en los que su padre un día lo había iniciado. Y era ese conocimiento el que ahora guiaba sus manos.

No quería conservar a su hija recién nacida pensando en salvar su alma. A él sólo le importaba conservarla. Retenerla.

No tener que perderla.

Limpió a fondo el interior del cuerpecito y fue extrayendo los órganos hasta dejar solamente el corazón. Había que hacerlo así, lo recordaba y sentía

que era lo correcto. Era la niña más bonita del mundo. Tan bonita como en su día había sido su Liv.

Y su hermanito gemelo.

Tenía que preservar a aquella tierna criatura para que no desapareciera en el seno de la tierra como había hecho su hijo hacía ya más de siete años. Ya no era capaz de retener a Carl con sus dibujos. Los trazos no conseguían sostener su carne ni podía la perspectiva abrazar su forma, la misma memoria que intentaba perpetuarlo febrilmente había empezado a difuminar poco a poco a Carl. Y Jens no estaba dispuesto a perder de nuevo a un bebé querido y deseado.

Jens ya no estaba dispuesto a seguir perdiendo.

Algo en su interior le decía que Liv debía estar con él.

Liv tenía que ayudarle a conservar a la recién nacida muerta en una suerte de existencia.

La sal extraería toda la humedad del cuerpo, le explicó su padre mientras buscaba un barreño del tamaño adecuado. Liv jamás había visto tanta sal junta. Observaba aquel rostro tan pequeño mientras el mar blanco ascendía alrededor de su hermanita. Tenía los ojos cerrados. Carl también, y a Liv le hubiese gustado imitarlos, pero no podía. Tenía que mirar con su padre. Tenía que tomar parte en todo, él se lo había pedido. Entre los dos debían cuidar de la niña y evitar su desaparición.

Sin embargo, en ese momento la niña estaba desapareciendo en un baño de sal, y las mejillas y aquella nariz diminuta fueron lo último en sumergirse.

Tendría que permanecer allí un mes hasta secarse del todo, hasta que ya no quedase una sola gota dentro de su cuerpo, había dicho él. Liv se preguntó si se podría llorar después de muerto.

Carl sí. De hecho, comenzó a llorar como un loco. Lloraba porque su hermana se había muerto, lloraba porque su madre estaba arriba, en la cama, y no podían decirle nada de la niña que habían metido en sal, y lloraba porque su padre había empezado a portarse de una manera muy rara. Lloraba porque a la menor sospecha de que llegaba alguien tenían que esconderse dentro de un contenedor. Sí, al menor ruido. Y sobre todo lloraba porque se sentía muy solo junto a Liv.

Maria Haarder no tuvo fuerzas para enterrar a otro hijo y asintió con gratitud desde su lecho sobrecargado cuando Jens subió a decirle que ya había quemado a la recién nacida. Le había construido un ataúd chiquitito y precioso en el que se había ido, aseguró. Luego besó en la frente a su mujer y le acarició el pelo.

—Ahora está bien —le susurró.

Liv lo oyó todo desde el borde de la cama. Ella no estaba bien. Sabía que era una de esas veces en que se podía mentir. En que se debía mentir. Jamás podría contarle a su madre que aquella personita que había salido de ella no estaba quemada, sino enterrada en sal en el fondo de un barreño del taller. No podría contárselo jamás en la vida.

De modo que Liv no le contó nada, pero sí le leyó. Según Maria, lo hacía a las mil maravillas, o eso decía cuando lograba hacer salir algún sonido de entre sus labios carnosos. Solía escribir en alguno de sus muchos cuadernos unas palabras para Liv, que se abalanzaba sobre ellas como un recién nacido hambriento.

Estoy orgullosísima de que ya sepas leer y escribir tan bien. ¡Muy bien, Liv!

Y Liv sonreía, felizmente saciada por un instante, antes de seguir leyendo. En voz alta.

De vez en cuando se preguntaba si poner el secreto por escrito y mostrárselo a su madre. Así no diría nada y podría desembarazarse de lo que sabía. Sin decir nada.

Pero no se atrevía. Los desconocidos ya no eran los únicos que le daban miedo. La creciente hosquedad de su padre se había ido metiendo dentro de ella como una amenaza oscura e impenetrable.

Maria Haarder no volvió a salir del dormitorio. Y de haber podido hacerlo durante el mes que su tercer bebé pasó inerte bajo la sal, no habría sido capaz de reconocer su propio hogar. Ella misma estaba a punto de quedar silenciosamente sepultada.

Los conejos, ¿qué les pasa a los conejos? ¿Han llegado más? Me parece oírlos. ¿Ya no viven en su caja? Y los animales del establo..., también oigo a los animales. ¿Les dais de comer?

Ya es de noche. ¡No deberían armar todo ese alboroto!

Con todo mi amor,

mamá

Mi hermanita

Mientras mi hermana pequeña estaba metida en sal, tuve que ir a buscar más vendas y a limpiar más resina, y mamá no se explicaba aquel olor. *Siempre esa peste a resina; debes de pasarte el día metida en el bosque*, me escribía. Y yo le susurraba: «Peste no, aroma».

Entonces ella me sonreía.

Una noche encontré en el patio del panadero un saco entero de pasteles rancios que nos hicieron pasar un rato estupendo en la cama. A Carl le preocupaba un poco que mamá comiese tantos, así que decidí echarlo. A veces se ponía muy pesado. Papá no quiso comer nada y a mí eso me puso un poco triste, porque me gustaba más cuando estábamos los tres. Ya no ocurría casi nunca.

Lo peor era que había empezado a enfadarse. No conmigo, al menos directamente, y tampoco con mamá. A nosotras siempre nos hablaba bien; cuando nos hablaba, claro. La verdad es que no sé con quién estaba tan enfadado. La cuestión era que a veces le oía refunfuñar cuando estaba solo. ¿Tendría él también un amigo invisible al que regañar?

De vez en cuando yo también regañaba a Carl, pero nunca demasiado, así podía estar segura de que no iba a dejar de verlo... O sea, de que no iba a acabar teniendo un hermano gemelo completamente invisible.

Pero eso no era lo único que me preocupaba. Había un montón de cosas por todas partes y, aunque todas me gustaban (sobre todo las que papá y yo habíamos encontrado juntos), algo me decía que aquello no estaba bien.

A veces lo comparaba con las casas donde entraba. Allí podía moverme mucho mejor. Las otras casas tampoco estaban tan llenas de polvo y de porquería por todas partes. Y, aunque los ratones y las arañas eran amigos míos, que no hubiese cagarrutas y telarañas por todo el bar de la fonda tenía su encanto. Las otras casas eran muy diferentes, tenían un olor diferente. Un aroma. Sobre todo la fonda.

Recordaba que en casa no siempre había habido tantos trastos. Recordaba que antes usábamos la cocina y el cuarto de baño, pero de verdad. No sólo

para guardar cosas.

Creo que habría preferido que siguiera siendo así. Que no hubiese tantas cosas. Por otra parte, no me veía capaz de prescindir de ninguna de las cosas que teníamos. Y papá siempre decía que había que cuidarlas bien.

Ésas eran las ideas que me rondaban por la cabeza, pero no sabía qué hacer. Con papá cada vez me costaba más hablar y a mamá me daba miedo decirle algo que la pusiera triste... o algo peor. Cada vez que me entraban ganas de contarle algo que a papá no le habría gustado que supiera, oía sus palabras: «Eso acabaría con tu madre».

Había matado animales, de acuerdo, y hasta podía decirse que se me daba bastante bien. Pero lo último que quería era acabar con mamá.

Lo peor que podía imaginar era que ya no estuviese arriba, esperándome en la cama. Esperando a que subiera con más comida y con un libro y le leyese en voz alta mientras ella me acariciaba el pelo y me indicaba por señas lo mucho que me quería. Con el tiempo había acabado siendo lo mejor del mundo, ahora que ya no iba con papá a pescar, ni siquiera al bosque.

Desde que mi hermanita había salido de mamá, papá ya no iba a ninguna parte.

Es muy difícil hablar con alguien cuando no se le puede decir nada. Sobre todo, si la persona con quien hablas tampoco dice gran cosa, da igual que sea tu madre, tu padre o tu gemelo invisible. Creo que por eso me gustaba tanto leer en voz alta para mamá.

Así estaba segura de que aún sabía. Hablar.

Pero seguía sin poder contarle nada. Y más allá del dormitorio era mejor que estuviese siempre callada para que nadie me oyese.

Era un poco raro que papá me mandase sola a la isla grande, con el miedo que le daba que me viese alguien. Siempre decía lo mismo: «¡Y por el amor de Dios, que no te vea nadie! No le digas a tu madre que no voy contigo».

Yo no entendía muy bien qué pintaba el tal Dios en todo aquello, si no creíamos en él. Pero aún entendía menos por qué papá no venía a cuidar de mí en vez de quedarse en casa cuidando de las cosas. Sólo después comprendí que él tenía aún más miedo que yo. De todo, creo. Un poco como Carl.

Y había algo más. Lo de la oscuridad y el dolor. A Carl le había dolido muchas veces estando a oscuras: cuando volvíamos a casa por El Cuello y nos salían ampollas en los pies. La noche que nos quemamos las manos con la estufa de una casa. La vez que tropezamos con un fregadero viejo de metal que alguien había dejado apoyado contra un muro.

Carl se había hecho daño, daño de verdad. Y yo me había hecho sangre. Y a lo mejor también me había dolido un poco.

Empezaba a darme cuenta de que la oscuridad ya no se llevaba el dolor, de que el dolor se quedaba dentro de Carl y de mí. De que la oscuridad ahora estaba llena. Tan llena como nuestra casa.

A lo mejor era eso lo que papá también notaba. A lo mejor a él también le dolía en la oscuridad. Y a lo mejor creía que yo aún no me había dado cuenta. No sabía si contárselo.

El cuerpo que salió de la sal tenía poco que ver con el que había visto desaparecer en ella. Mi hermanita, que antes ya era muy pequeña, ahora lo era mucho más. Estaba flaca, flaquéisima. Igual era lo normal después de un mes sin comer. Me pregunté qué pasaría con mamá si lo intentaba también.

Papá volvió a colocarla encima del banco de carpintero. Seguía negro de sangre desde la última vez, la que había goteado de la mantita y caído en la madera. También había una mancha grande y oscura en el suelo. A ella ya no le quedaba una sola gota; como esperaba papá.

Había llegado el momento de utilizar el aceite y la resina. A mí me tocó fundir la resina limpia encima de la llama a la puerta del taller. Lo hice en un puchero de la fonda. La resina tenía que derretirse, me explicó papá. No hervir, sólo derretirse. Cuando entré con la primera tanda, él ya había terminado de untar de aceite a mi hermanita. Había una botella grande de aceite de pepitas de uva casi vacía y ella estaba reluciente, tumbada encima del banco.

Me pareció muy agradable que ya no hubiese más sangre y que papá hubiese vuelto a cerrarle el agujero de la tripa. Me cogió el puchero y la cubrió con resina líquida que después repartió bien con un pincel para no dejar huecos.

Lo hizo con mucho mimo, como cuando dibujaba, y aunque la niña tenía un cuerpo muy pequeño y delgadito, de repente se la veía muy bonita. Mi hermanita. Cómo me habría gustado que no hubiese estado muerta.

Papá había sacado un taburete para mí, para que pudiese ver todo mejor, y allí, encaramada en él, me quedé mirando. Era raro, porque por un lado quería salir corriendo, subir a casa a esconderme en el cuarto de mamá o meterme en el contenedor y quedarme allí con Carl.

Por otro, quería quedarme subida a aquel taburete viéndolo todo. Estar con papá.

Menos mal que me quedé, porque le hice mucha falta. Hay que ver la de vendas que se gastan. Yo le iba pasando un rollo detrás de otro y él enrollaba la gasa alrededor de mi hermana. Comenzó por aquellos pies tan pequeñitos y no paró hasta llegar a la cabeza y dejar la cara oculta bajo un montón de tiras de tela muy fina. Me explicó que la piel no podía estar en contacto con el aire.

Cuando al fin la tuvo envuelta de arriba abajo, pensé que habíamos terminado. Pero no. Le echó más resina encima y vuelta a empezar con las vendas. Y así seguimos hasta que papá por fin dijo que creía que ya estaba.

De repente, hizo algo que no me había esperado. Trajo un dibujo. Un dibujo nuevo. Y eso que hacía siglos que no lo veía dibujar nada de nada. Éste era distinto de los demás, porque lo había hecho con rotulador negro en una madera muy fina. Lo sostuvo en alto para que yo lo viera.

—¿Tú crees que se le parece? —me preguntó.

Yo, la verdad, creía que no, porque ahora estaba muy flaca y toda empaquetada. Pero se parecía a ella justo antes de ahogarse en sal.

Asentí.

—Se lo pondremos delante de la cabeza y así nunca olvidaremos qué cara tiene.

Papá colocó el dibujo y lo sujetó con más vendas por los laterales. Después sacó un trozo grande de tela y la envolvió con él. ¡Era increíble, menudo paquete había que armar! Luego recortó en la tela un agujero ovalado a la altura del dibujo, para que se viera.

Mi hermanita parecía una de esas muñecas de madera que se meten unas dentro de otras. Una vez encontramos unas en una casa de Vesterby. Sólo que ésta era más grande y dentro sólo llevaba una niña pequeña.

Para terminar del todo, la metió en un ataúd muy chiquitito que había hecho para ella. Desde el contenedor lo había oído serrar y dar martillazos y cepillar y lijar.

Había empezado a pasar mucho tiempo en el contenedor, incluso cuando no había señales de que llegaran extraños. En realidad, nunca había señales de que llegaran extraños aparte del cartero, que siempre se paraba en la barrera y se bajaba del coche a echar las cartas al cajón. Yo, claro, tenía mucho cuidado y me escondía muy bien cuando se acercaba la hora de su llegada. Lo veía por las mirillas. Aunque estaba muy lejos —tan lejos que no era más que un hombrecillo vestido de rojo—, estaba convencida de que siempre miraba hacia la casa y se fijaba en los tres agujeros del contenedor. Aguantaba la

respiración y me quedaba callada como un muerto hasta que volvía a marcharse.

Pero incluso cuando el cartero ya se había ido, papá seguía susurrándome sin parar que tuviese cuidado. Podía volver, decía. O podían venir otros, verme y llevarse me.

Al final, terminó haciendo solamente un ruido —un chiiisst— que significaba que tenía que ir corriendo a mi escondite.

Supongo que también podría haberme escondido arriba, con mamá, en el dormitorio. Seguro que habría encontrado algún huequecito donde meterme, o por lo menos podría haberme hecho uno si cambiaba de sitio un par de cosas. Pero papá insistía en que el contenedor era lo mejor, porque allí era segurísimo que no iría nadie a buscarme. Yo tenía la sensación de que prefería que no estuviese con mamá, pero no entendía por qué.

A lo mejor tenía miedo de que se me escapase algo.

Al final lo más sencillo fue quedarse dentro del contenedor, espiando con Carl por los agujeros. A Carl podía contárselo todo, aunque él no me tocaba el pelo como mamá y yo tampoco podía acariciarle de verdad. Por suerte, encontré un enorme osito marrón metido en una caja. Estaba un poco gastado, pero era agradable tocarlo. Y podía acariciarlo.

Si alguna vez me hacía falta tocar algo vivo, llevaba al contenedor alguno de los conejos que teníamos en casa. El conejo estaba blando y calentito cuando se movía en mi mano y me hacía sentir lo mismo que cuando el sol me daba en la panza. Pero al mismo tiempo me daba pánico. Pánico de que papá se enterara, porque me había prohibido sacar los conejos de casa. En el contenedor podían hacer ruido.

Cuando me quedaba en la oscuridad mirando por los agujeros, me daba un miedo espantoso que viniera alguien. Y, sin embargo, cada vez que un movimiento en el camino resultaba ser un conejo o un zorro en lugar de una persona, era un pequeño chasco. No entendía muy bien por qué.

También vigilaba los árboles. En el terreno que había entre el bosque y el camino, donde antes había hierba y cosas así, habían empezado a crecer un montón de abetos pequeñitos. Era como si el bosque se hiciese más grande. Igual un día cubriría toda La Cabeza. Entonces yo me sentaría en el contenedor a verlo desde dentro.

Su sitio estaba conmigo, dijo papá al terminar el ataúd de mi hermana.

Así nos haríamos compañía.

Empujamos un poquito unos neumáticos viejos y apartamos unos sacos para hacerles sitio a ella y su ataúd dentro del contenedor, al lado de mi escondite. Cuando entornaba la tapa de madera, podía verla.

Era el mejor ataúd de todos los que había visto hacer a papá. Mamá me había hablado mucho de los famosos ataúdes del abuelo, pero es imposible que fuesen más bonitos que el que papá le hizo a mi hermanita.

Al principio se me hacía un poco raro tenerla allí conmigo. Pero después de algún tiempo me acostumbré. En realidad, era agradable estar allí los tres: mi hermano gemelo, nuestra hermanita y yo. Sólo que a mí simplemente me habían dado por muerta.

¿Qué día es hoy? ¿Ha pasado ya tu cumpleaños? Está tan oscura esta habitación... Ojalá pudiera convencer a tu padre para que quitase parte de los trastos que tapan la ventana, pero ya no viene por aquí tanto como antes. ¿Tú crees que llegarías a los más altos si te subieras a algo? Pero no te hagas daño. Podrías hacerte daño con la radio grande que hay arriba del todo.

Ay, Liv, cuánto tiempo pasas fuera. Me encantaría salir de la cama, de este dormitorio, bajar al piso de abajo. Salir. Vas a tener que venir con el cubo y con el trapo. Y con más comida y algo de beber. Tengo una sed espantosa. Es por el aire.

Mamá

Rumbo al norte

Sólo faltaban dos días para que volviera el cocinero y reabriese la fonda. Roald había pintado y reparado lo más urgente, y no veía la hora de que el aroma de la estupenda comida del cocinero ahogase el olor a pintura. Había terminado un día antes de lo previsto y tenía una extraña sensación de inquietud por todo el cuerpo. Había unos cuantos cabos sueltos de los que ocuparse, pero le había dado tiempo a hacer todo lo que se había propuesto. Eso le hacía sentirse merecedor de su primer día libre en..., ¿qué era ya? ¿Seis, siete, ocho años? Había perdido por completo la noción del tiempo.

El tiempo en la isla no era el mismo que conocía del continente. Allí, cuando imaginaba un año veía en la retina una línea recta y nítida: una trayectoria lineal con subdivisiones claras en evaluaciones, preparaciones, vacaciones y reuniones; siempre un fiel reflejo de las organizadas rutinas del año precedente y de los planes inalterables del subsiguiente. En la isla, en cambio, el año se había convertido en una forma orgánica que culebreaba con suavidad en torno a las Navidades y se prolongaba hasta el verano, fundiéndose con el año anterior y con el posterior. El tiempo no había dejado de funcionar; simplemente había adquirido otra consistencia. Se había transformado en un blando amigo cuya única pretensión era existir.

Aunque había disfrutado de la quietud de los días de cierre, Roald debía admitir que añoraba ver entrar en el bar las caras de siempre a las horas de siempre. Casi hasta echaba de menos al mayorista de albóndigas de pescado —así lo llamaban todos, sí—, que se pasaba cada una de sus visitas delante de la tragaperras hasta once minutos antes, ni uno menos ni uno más, de la hora de almorzar. Según había explicado, tardaba nueve minutos y medio desde que se levantaba del taburete alto de la máquina hasta que apoyaba la bicicleta contra el muro de su casa. Y otro minuto y medio en ir desde la bici hasta la silla del comedor, si se lavaba las manos.

Mucho más no decía el mayorista de albóndigas de pescado.

Bueno, sí; que habría que proclamar la panceta frita en salsa de perejil plato nacional. Sobre todo, la que comía en su casa. Cuando eso sucedía, le costaba tanto dominar su ansia que poco le faltaba para irse de la fonda doce minutos antes en lugar de once. Las albóndigas de pescado no le hacían mucha gracia, pero habían sido un negocio redondo hasta que habían aparecido los rojos con sus ideas. Roald nunca acabó de entender a qué se refería con aquello. A él tampoco le entusiasmaban las albóndigas de pescado.

Aún no había hablado del niño con nadie. Y eso que en los últimos días se había cruzado un par de veces con el policía y habría tenido ocasión, pero algo le impulsaba a contenerse. Tampoco tenía por qué ser el policía. Había más gente. Tal vez si hablase con alguien del colegio, podría hacer averiguaciones. Había una profesora de música bastante guapa a quien no le habría importado mucho echar el guante, aunque se había comprometido recientemente con un oficial de la Marina y por lo visto soñaba con tener una caterva de chiquillos tamaño familia Von Trapp.

¿Y si le preguntaba al médico jubilado que iba a veces por el bar y siempre acababa contando el mismo chiste? Los médicos sabían muchas cosas de la gente. Era verdad que en esos círculos había una especie de secreto profesional, pero en la isla eso de la confidencialidad era un tanto relativo.

Uno no decía nada, hasta que lo decía.

Como punto de partida, Roald decidió ir a hacer una visita a la familia de La Cabeza. Él solo.

Nunca había estado allí. Era un sitio al que no se iba sin un propósito, y como Roald reparaba casi todo él mismo, jamás había necesitado a un hombre como Jens Haarder.

Se diría que la carpintería de Haarder —o lo que quiera que fuese a lo que se dedicaba— ya no estaba en activo. Al menos, hacía ya mucho que habían quitado el letrero de la isla grande y por lo visto la venta de árboles de Navidad también se había suspendido. Sin embargo, aún se veía al carpintero de cuando en cuando con un buen cargamento de chatarra, y decían que seguía frecuentando el vertedero y husmeando por algún mercadillo que otro. A veces la gente incluso llegaba a darle dinero para que les retirara los trastos.

A Roald le maravillaba la furgoneta, una vieja Ford F que debería haber expirado hacía tiempo. Asombrosamente, Haarder había logrado mantenerla con vida. Por lo que contaban, había pertenecido a su padre.

Roald sólo había visto a Maria Haarder una vez años atrás, un día que la mujer hacía cola en la farmacia. De no haber sido porque iba en compañía de

Jens, nunca habría adivinado que era ella.

Hacían una extraña pareja, allí cogidos de la mano y sonriendo con timidez sin decir una palabra. Los ojos de Haarder parecían negros, insondables. Era un tipo delgado y bien proporcionado —bello, si se podía decir algo así de un hombre—, que llevaba una camisa muy bonita de color marfil. Ella, en cambio, al lado de su marido parecía muy corpulenta, aunque había que admitir que era realmente guapa. Según los de la fonda, cuando llegó a la isla era joven y esbelta. Cuanto más la miraba de reojo desde su puesto en la cola, más hermosa la encontraba Roald. En su caso, lo insondable era la sonrisa de las comisuras de los labios. Entonces le tocó a él y lo llamaron desde la caja.

Sin embargo, en los últimos tiempos Haarder parecía un salvaje desaseado y corría el rumor de que Maria se había puesto inmensa. Al menos eso decía el cartero, que por lo visto había sido el último en verla. Ya hacía mucho de eso.

Aunque tal vez el cartero no fuese el testigo más fiable. Había hecho algo más que insinuar, por ejemplo, que Haarder recibía cartas de la mafia todos los meses, supuestamente llenas de sumas fabulosas de dinero. Imaginar a Jens Haarder en tratos con la mafia era algo tan trasnochado como creerlo capaz de asesinar a su propia madre. Y justo eso insinuaba también el cartero, a saber de dónde lo habría sacado. ¿Sería que los carteros eran más fantasiosos que el resto de los mortales? Siempre por ahí con toda esa información, con todos esos secretos en potencia que podían intuir pero nunca ver, a no ser que tuviesen rayos X en los ojos. Se ve que aquel ejemplar de los de uniforme rojo no los tenía. En cambio, bizqueaba lo suyo.

Roald tuvo que inventarse un buen pretexto para subir hasta La Cabeza. No estaba lejos, sólo había que pasar el istmo. Aun así, tenía visos de ser una pequeña expedición.

Se conocían tan poco que no estaba muy seguro de que Haarder se acordara de él. Además, allí no se iba sin un motivo. ¿Debería ser sincero y decir que había visto a un niño que corría de noche hacia La Cabeza y ahora quería saber si Jens y Maria sabían algo del asunto? A lo mejor también les habían robado a ellos.

No, no le apetecía nada acusar a ese niño de ladrón y arriesgarse a ponerlo en un aprieto. Seguro que ya tenía problemas más que de sobra, fuera quien fuese. Además, a Roald le parecía espantoso preguntarles por un niño precisamente a ellos dos.

¿Por qué, mejor, no invitarlos a tomar algo en la fonda? Y luego, así como de pasada, les preguntaba si les habían entrado a robar sin mencionar nada de ningún niño. No, era muy rebuscado. Saltaba a la vista que a Jens y a Maria Haarder no les interesaba la vida social de la isla. Él se dejaba caer por la fonda de cuando en cuando en tiempos del antiguo propietario, pero sólo para ayudar al tío de Roald con arreglillos, nunca iba al bar, ni a las veladas de dardos, ni a la fiesta de verano, la comida de Año Nuevo ni cualquier otro festejo que usasen como pretexto para beber un poquito más vestidos con una ropa un poquito más elegante. Ni siquiera estaba seguro de que Jens bebiese, y lo de la ropa estaba muy claro que hacía tiempo que había dejado de interesarle.

¿Qué carajo de excusa podía ponerles?

¡El perro! Hacía tiempo que Roald había expresado su deseo de tener un perro, y al tiempo sus reservas a la hora de cargar ya para siempre con la responsabilidad de ser dueño de un animal. Y Lars, el de Mechacorta, que solía ir al bar a ver el fútbol, le había invitado a sacar de paseo a su perro de caza.

Él tenía gota y no caminaba mucho, y su mujer si andaba algo, era mal de la cabeza; digamos que era explosiva. Desde el día que le soltó una bofetada al cartero por irle con una multa, todos los conocían como Lars y Mechacorta. Se sabía que en la granja la tía empinaba el codo que daba gusto, pero, evidentemente, nadie lo mencionaba. Por lo menos con Lars delante.

Era un braco alemán de pelo corto. Uno de esos perros que parecen ancianos con barba muy distinguidos, aunque sólo tenía cinco años y era casi tan explosivo como su mamá. Y se llamaba *Ida*.

Pero era una perra muy cariñosa, *Ida* con sus barbas. Y fuerte. Lars, el de Mechacorta, le dio órdenes de no soltarla hasta que no se apartaran de la zona asfaltada. Roald no veía la hora, porque tras diez minutos corriendo por la carretera venga a hacer saludos nazis involuntarios, tenía el brazo a puntito de arrancársele de cuajo.

Cuando ya no faltaba mucho para El Cuello, empezó a replantearse su misión. No estaba muy seguro de saber dónde se estaba metiendo. Tampoco pasaba nada por ir a pasear un perro... ¿O sí? Lo cierto era que no sabía en qué momento entraría en propiedad privada. No sería de los Haarder toda La Cabeza, ¿no? Pero ¿dónde estaba el límite? Porque ¿habría un límite?

Roald advirtió que el tiempo no era lo único que no funcionaba en la isla. También había barreras físicas que parecían fluctuar con bastante libertad dentro de los férreos límites que imponía el mar. Las mieses ondeaban

mansamente entre los vecinos desde hacía generaciones y las lindes se situaban ante todo en el recuerdo.

En el continente no habría funcionado.

No había mieses ondeantes ahora que el sol de noviembre iluminaba el paisaje, y las hojas doradas de un seto cortavientos se habían dispersado hacía ya tiempo por los surcos del sembrado que dejó atrás.

Ante él estaban el istmo y la meta de su viaje.

Cuando por fin el asfalto dio paso a una pista, soltó a la perra, que echó a correr al galope hacia El Cuello y La Cabeza como si llevase años sin desfogarse y no tardó en perderse de vista.

¡Perfecto! Tenía que buscar a la perra que se le había escapado. Ése era el pretexto. Podía ir a preguntar si la habían visto y de paso ingeniárselas para averiguar cómo se llamaba el niño.

El Cuello estaba tranquilo. Roald se asomó a las pendientes recubiertas de hierba azul y cambronería, y observó a un par de gaviotas que peleaban por un cangrejo. El mar chapoteaba contra las algas desde ambos lados en pequeños besos torpes. Hacia el este había agua, agua, agua, hasta que el mar se perdía en una tenue neblina. Hacia el oeste, la silueta imprecisa de un continente. No lo añoraba.

Y frente a él se alzaba La Cabeza, que emergía del mar como una masa oscura, amplia. Se sintió como Colón, o tal vez más bien como Amundsen rumbo al norte. Menuda estupidez, sabía de sobra que el cartero bizco pasaba por allí de vez en cuando. No era una tierra ignota. Y aun así...

A lo lejos se oyó a la perra.

Chillaba.

Hay un animal chillando en algún sitio, no muy lejos. ¿Es uno de los nuestros? ¿Es un perro? ¡Parece un perro! Esto no me gusta.

No me encuentro bien, Liv.

Ojalá oyeras lo que escribo. ¡Ojalá vinieras!

¿Qué está pasando?

El día que ocurrió

El día que ocurrió, yo estaba en el contenedor. Era uno de esos días difíciles. Por la noche había soñado que estaba a los pies de una catarata que a medio camino se echaba atrás. Yo miraba hacia el agua que había quedado colgando justo encima de mí y sabía que no iba a tardar mucho en darse cuenta de que no podía seguir ahí. Que el único que podía retirarse era el mar, no las cataratas. Me lo había dicho papá.

El agua cae.

Y los niños se ahogan. Tal vez.

Al despertar, intenté continuar el sueño para que acabase bien. Imaginé que la catarata tardaba tanto en comprender que era una catarata, que me daba tiempo a retroceder un paso y ponerme a salvo entre la pared de roca y el agua que de un momento a otro empezaría a caer como una densa cortina. Lo había leído en uno de los libros de mamá: que a veces había un espacio secreto donde se cabía de pie. Detrás de la cortina.

Pero si lo imaginaba en vez de soñarlo, no podía estar segura de si de verdad lograba ponerme a salvo. No me hacía mucha gracia.

Mientras pensaba en el sueño, cerré el agujero del oso. Mamá me había enseñado a coser, igual que a leer. Un día me regalaron mi propio costurero. Lo había hecho papá, y mamá lo había llenado de agujas y de dedales y de elásticos y de hilos. Lo tenía en el contenedor, al lado del ataúd de mi hermanita.

Al osito a veces se le hacían rotos por los que salía algo blanco. No era como lo que salía de los conejos y de los corzos y de los zorros y de la gente. Esa cosa blanca estaba seca y blandita, y parecía nieve cuando la lanzabas al aire antes de volver a meterla en el osito y coserle los rotos, o lo que fueran. Yo no sé por qué al osito se le hacían esos rotos. Igual yo lo acariciaba demasiado o igual eran los ratones. Al menos no se pudría.

Con mamá era diferente. A lo mejor era eso lo que me tenía tan triste ese día. Había subido a llevarle unas latas de comida que le había calentado en el hornillo de papá. También le había llevado agua de la bomba. Era más fácil

sacarla de la bomba que intentar llegar al fregadero. Me habría gustado llevarle leche, porque a ella le encantaba la leche fresca, pero nuestra última vaca y nuestras cabras ya no daban. Debían tener hijos para dar leche, me había explicado mamá. No había hijos. Y el carnero se había muerto. Se había quedado en el sembrado más tieso que la mojama y estaba muy flaco. No sé por qué no lo quitábamos. Todos nuestros animales estaban en los huesos. A lo mejor no les dábamos mucho de comer. Papá decía que les daba lo que les hacía falta, pero no sé...

Puede que tuviese algo que ver con esa pinta tan rara que se le había puesto al pienso. También olía distinto. Había una parte guardada en el cuarto de estar porque el cobertizo ya estaba lleno de muebles. Papá iba por allí cada vez menos; pero tampoco tenía ganas de sacar los animales a pastar. Yo los oía. Creo que le reclamaban. A él o a la hierba.

Tal vez a mí.

Pero yo no me atrevía a hacer nada si no me lo decía papá. Ya no me atrevía a ir sola al establo, creo que más que nada porque me daba miedo lo que podía encontrarme allí.

Esa mañana sonaban aún más lastimeros que las otras veces. Me pareció oír llorar al caballo.

Pero lo de los animales no fue lo más triste que pasó ese día. Lo peor fue mamá.

Mamá también tenía rotos, pero no rajadas de esas secas y pequeñas que se cosen y ya está. Las suyas eran heridas grandes llenas de pus. Cuando iba a ayudarla con el cubo y el trapo y ella se volvía un poco encima del colchón, se las veía. Le habían salido de estar todo el día tumbada y de pesar tanto, me explicó en su cuadernito. Comparado con mamá era diminuto, y el boli casi se le perdía dentro de la mano.

¡Estaba enorme, grandísima!

Y, aun así, era como si su cuerpo hubiese cambiado. Se repartía por la cama de otra manera. Estaba más flojo; como el osito cuando perdía por un roto más cosa blanca de la cuenta y yo tardaba en volver a rellenarlo. A lo mejor era porque ya no le llevaba tanta comida como antes. Yo lo intentaba, pero era complicado. Papá decía que no convenía darle demasiada.

Ya no sabía qué hacía papá. Estaba, pero no estaba.

Lo peor de todo era que los rotos estaban empeorando y mamá lloraba. Esa mañana me escribió en el cuaderno que había mandado a papá a la isla grande a traer algo de la farmacia para curar las heridas. Y unos calmantes para el dolor. Eso último no lo entendí. ¿Cómo se calmaba al dolor?

¿Cantándole nanas? Sus notas habían cambiado. Las frases se habían vuelto más cortas y su letra no era ni la mitad de bonita que antes.

Mejor si trae al médico, añadió al final. *Esta vez necesitamos ayuda.*

Entonces me entró miedo en serio, porque papá me había explicado lo de los médicos. Había que andarse con ellos con mucho ojo. Te ponían enfermo, decía. Y metían las narices en cosas que no debían. Se llevaban a la gente.

¿Y si se llevaban a mamá? ¿Y qué pasaba conmigo? ¿Y si me veía un médico que hubiese venido a ver a mamá? ¿Me llevaría? ¿Me pondría enferma? ¿O me mataría? No tenía ningunas ganas de morirme de verdad.

Por eso no entendía a mamá.

Al mismo tiempo, había empezado a entender que tampoco entendía a papá. La verdad era que no entendía nada de nada. Carl no me servía de gran ayuda, pero era agradable contar con él y no entender nada juntos.

El caso es que no tenía muy claro qué traería papá a la vuelta. Lo había visto alejarse por el camino en la camioneta y desaparecer por detrás de los abetos a la altura de la barrera. Antes había sacado dinero de la caja de caudales que había en el contenedor. Había un montón: billetes con señores y lagartijas y ardillas y gorriones y peces y mariposas, moneditas marrones y monedas más grandes con la cabeza de una señora que podría ser la mujer del carnicero vista de perfil.

A papá no le hacía mucha gracia que el dinero saliera de la caja.

—Hay que cuidarlo igual de bien que a ti, que a las cosas y que a tu hermanita en su ataúd.

A mí me entraron ganas de añadir: «Y que a mamá en la cama y al ganado en el establo». Pero no lo hice.

Ya había animales también dentro de la casa. Los conejos estaban por todas partes. No sé de dónde saldrían, ¡si al principio no eran más que dos! Como siempre cerrábamos con llave, nunca salían, a no ser que yo me llevase alguno al contenedor. Eso era lo bueno de que hubiese tantos: papá no se daba cuenta si faltaba alguno.

A veces me preguntaba qué ocurriría si los conejos de casa conocieran a los conejos que vivían fuera, en la naturaleza. ¿Podrían comunicarse? A mí los conejos salvajes nunca me habían dado miedo. En cambio, los de la casa me asustaban un poquito, porque eran muchos. En cierta forma, parecían más salvajes.

Y luego estaban sus ruidos. No tenía nada malo que uno dijese algo, pero si toda la casa empezaba a chillar al mismo tiempo, la cosa ya tenía menos

gracia. Y los conejos no eran los únicos que sonaban; había más animales: bichos relucientes que correteaban por el suelo y las paredes y chascaban si los pisabas sin querer (yo nunca lo hacía aposta). Brillantes moscas verdeazuladas que zumbaban alrededor de las latas abiertas. Mariposas pálidas que estrellaban las alas pardas contra las ventanas en algún punto por detrás de las montañas de cosas o caían en una telaraña y giraban sobre sí mismas hasta la muerte. Ratones pequeñitos y ratones enormes de larguísimos rabos. Siempre había algo arañando, gruñendo o gimoteando en algún rincón. A veces era mamá.

Yo ya había dormido en muchos puntos de la casa. Arriba, en mi cuartito, hasta que las cosas me dejaron sin sitio. En la habitación del fondo hasta que se hizo imposible llegar a ella. Con mamá hasta que ya no cupimos las dos. Abajo, en el cuarto de estar, en el hueco de las escaleras y hasta detrás de la puerta del taller. No tenía más que llevar mi edredón y listo.

Pero ahora dormía casi siempre en el contenedor con Carl. Allí estábamos tranquilos. Como mucho, se oía merodear a unos ratones. De los pequeños. Los pequeños me gustaban, aunque nunca pude perdonar al que intentó mordisquear a mi hermanita.

Por lo general dormía durante el día. La luz era muy fuerte cuando no estaba mezclada con la oscuridad, tan fuerte que hacía daño.

Prefería salir con la luna, cuando la oscuridad brillaba por sí misma. Si no, usaba mis linternas. Las tenía de todos los tamaños y de todas las potencias, y también toda clase de pilas. Pero cuando estaba en el contenedor, casi siempre encendía un farolito con una vela dentro.

Me gustaba quedarme mirando la llama.

Cuando la trampilla del contenedor se quedaba entornada o por los respiraderos que había abierto papá entraba la corriente, a veces la llama subía y bajaba y se retorció sobre sí misma. Si no, se quedaba en su sitio danzando sobre su mecha. Yo intentaba imaginar que la llama se cuajaba como la resina y que millones de años después alguien la encontraba, la mordía y decía: «Sí, es una llama antigua. ¡Ya tenían fuego entonces!». Y dejaban que un niño la mirara y descubriese aquella mecha milenaria.

Pero no conseguí librarme del todo de la luz. De la luz del día. Porque papá empezó a mandarme otra vez al bosque a buscar resina. Yo sangraba árboles y más árboles y volvía a casa con toda la que podía acarrear; en unos cubos pequeños que papá vaciaba en los barriles.

—Hace falta más, Liv. Trae más. A los árboles no les hace daño. Abre varios cortes más en unos cuantos. Necesitamos más. Mucha más.

De repente, había dicho muchas cosas de una sola vez. En otras ocasiones se limitaba a levantar la trampilla del contenedor y gritaba: «¡Resina!». Para mi desgracia, él prefería no ir al bosque. Creo que le habría sentado bien. Yo disfrutaba con el paseo, pero le echaba de menos. El bosque no era el mismo sin papá.

Lo bueno de todo aquello fue que de repente volvió a trabajar en el taller. Mejor que estuviese allí, construyendo algo, que verlo en algún otro sitio donde, en realidad, no estaba. Un día que fue a buscar algo a Korsted, aproveché para entrar a echar un vistazo. Me alegró ver que había ordenado la zona del banco de trabajo y quedaba más espacio para moverse mejor. Había una pila de tablas y aroma a madera fresca. Era tan agradable que se me escapó una sonrisa. Me recordaba a algo que me gustaba.

Y sin embargo... Poco después llegó a casa con un montón de chatarra. También alcancé a ver una bolsa de vendas y unos bidones de aceite de pepitas de uva.

Había demasiado de las dos cosas.

Cuando al cabo de unos días descubrí lo que estaba haciendo, dejó de ser agradable. Era muy muy grande. Infinitamente más que el ataúd chiquitito que le había hecho a mi hermana.

El día que ocurrió, yo estaba metida en el contenedor cosiendo el osito y pensando en los rotos de mamá y en la catarata y en el dinero y en los conejos y en los médicos y en la resina y en el fuego cuajado; y pensando también en el ataúd de papá.

Lo que oí esa mañana fue un chillido.

No era de una rapaz ni de un búho ni de un tejón ni de alguien que acababa de ver morir a un recién nacido. Era un chillido que yo no había oído antes, pero estaba segura de que era de un animal. Y estaba casi segura de que ese animal era un perro.

Algo dentro de mí me decía que debía de haber caído en una trampa. Sin embargo, nuestras trampas no eran trampas de las que hacían chillar así; ni siquiera a plena luz del día. Una vez un zorro metió la pata en una trampa para conejos que habíamos colocado en la linde del bosque, pero no chilló, sólo se quedó atrapado. No creo que llevase allí mucho tiempo cuando lo encontramos y lo soltamos. Papá le tapó la cabeza con el abrigo mientras yo

cortaba la cuerda. El zorro cojeaba un poco, pero a mí me pareció que estaba contento. Nosotros tratábamos bien a los animales y no comíamos zorros.

¡Pero este sonido! El animal debía de estar sufriendo muchísimo; lo notaba en la rabadilla. Cuando sabía que algo le hacía daño a alguien, sentía que algo me absorbía por la rabadilla, como si el estómago se me quedara pegado a la espalda y bajara hacia el suelo. Fue lo mismo que sentí el día que subí a hacerle una visita a mamá y le vi las heridas.

Si Carl hubiese tenido un cuerpo de verdad, estoy segura de que habría sentido exactamente lo mismo; por algo éramos gemelos y estábamos uno dentro del otro. Creo que nos confundíamos. Yo era un poco chico y él un poco chica. Y él estaba un poco vivo y yo un poco muerta. Lo de nuestra hermanita era diferente. Aunque, bien mirado, ella también estaba de las dos formas. El caso era que estaba allí, justo a mi lado, y eso me gustaba.

El chillido era horroroso.

Me acordé de las trampas nuevas. Papá había puesto varias para mantener a raya a los visitantes indeseados; o al menos avisarnos si se acercaba alguien. No me había dejado verlas todas, sólo me había contado dónde estaban y me había prohibido acercarme a ellas. Y me lanzó una mirada que me hizo comprender que hablaba en serio.

Las trampas del camino las conocía perfectamente, claro. El que siguiera el sendero bordeando la barrera para salir al camino que conducía a la casa tropezaría con un cable un par de metros después y haría sonar unas latas cerca de la casa. Pero tropezar no dolía tanto, no tanto como para chillar. Y yo no había oído las latas.

Si se conseguía esquivar la trampa del cable, había otro obstáculo un poco más adelante. Papá había excavado unos hoyos muy profundos a los lados del camino y los había tapado con unos cartones finos y con gravilla, con hojas y con agujas de pino. Si alguien pisaba el cartón, acabaría con el pie bien hundido en el hoyo. Le haría un poco de daño, probablemente, y tal vez hasta le haría gritar, pero lo que era seguro es que activaría el chisme que había colgando de un árbol cercano y daría la voz de alarma. Nos advertiría. Y así yo tendría tiempo para correr a esconderme.

Si te arrimabas al muro de la casa, había otra trampa en el sitio por donde todo el mundo pasaba para ir hacia la puerta principal. También había otro hoyo y, si metías el pie, te caía una rama en la cabeza. Pero era poco probable llegar tan lejos sin que te descubrieran.

Papá y yo sabíamos exactamente dónde estaban las tres trampas y no caíamos en ellas. Él aparcaba la camioneta en el camino, al otro lado de la trampa que

estaba pegada al muro. Y cuando se aproximaba a la trampa intermedia, se metía un poquito por la hierba y así el hoyo quedaba entre las cuatro ruedas. Yo, para no caerme, pasaba por allí dando un rodeo siempre por la derecha del mismo abeto. Era lo más seguro; además, por muy de noche que fuese siempre encontraba el abeto con mi linterna. Era más alto que el resto y tenía arriba del todo una rama que asomaba y no costaba nada verlo cuando mirabas al cielo.

El cable de la barrera era fácil de esquivar. Bastaba con ir por el lado contrario al caminito. Pero no lo sabía nadie más que nosotros. Papá siempre cerraba la barrera al pasar, aunque sólo fuese a salir un momento con la camioneta. Decía que no quería correr riesgos. Las cosas podían torcerse si no teníamos cuidado; si alguien se acercaba demasiado.

Las otras trampas, las nuevas, como ya he dicho, yo no las conocía. Lo único que sabía era que no debía ir a casa por el camino que salía a la izquierda de los enebros, ni pasar entre los abedules altos de antes de la espesura, ni por el sendero que iba a través de la maleza, al sur de la casa. Eran las rutas más naturales cuando no se seguía el camino, que, por supuesto, era lo que hacía todo el mundo.

También había zonas del patio donde no podía estar y papá me había indicado itinerarios entre los montones. Me dijo que, si no los seguía, causaría terribles daños. Yo no entendía cómo, pero como no quería causar terribles daños, obedecía sus indicaciones al pie de la letra (menos en lo del conejo en el contenedor). También porque me miraba al decírmelo. Con esos ojos. Se veía en su mirada que era algo importantísimo.

El ruido dejó de ser un chillido y se convirtió en un aullido que fue creciendo dentro de mi cabeza. Espié por las mirillas del contenedor aguantando el aliento. El corazón me latía con tanta fuerza que hasta lo oía.

Entonces lo vi. Abajo, junto a los enebros, se movía algo. Parecía un perro, un perro grande, pero sólo alcancé a verlo en un fogonazo, cuando se echó de costado.

Había que tratar bien a los animales. Yo trataba bien a los animales. Era imposible que un perro hubiera venido a llevarseme, pero podía mordirme. Los perros me daban un poco de miedo, porque tenían montones de dientes y porque creo que a papá también le asustaban. Por lo menos siempre evitaba entrar en las casas donde vivían perros que podían armar escándalo. Y morder.

Bueno, en casa del hombre de los seguros sí nos metíamos a veces, porque el perro larguirucho y orejudo que tenía nunca decía ni pío si le dábamos gominolas. Yo creo que no habría podido levantarse de su rincón junto al lavadero ni aunque lo hubiese intentado. Pero meneaba el rabo como un loco, así que había que tapárselo con un calcetín largo y gordo lo más deprisa posible para que no hiciese ruido al dar golpes contra el suelo. Una vez nos olvidamos y le dejamos puesto el calcetín, y se armó tanto revuelo que días después aún seguían comentándolo en la cola de correos, papá lo oyó: el hombre de los seguros había llevado el calcetín a la fonda para enseñárselo a todo el mundo y resultó que era uno que le había tejido al farmacéutico su mujer; ése y otro, claro. Y ahora el farmacéutico acusaba al de los seguros de haberle birlado aquellos calcetines de un valor incalculable, y el de los seguros acusaba al farmacéutico de maltratar a su basset. Aún tenemos el otro calcetín por algún lado. Habrá que cuidar bien de él.

De repente, me di cuenta de que los aullidos del perro podían estar oyéndose desde la isla grande. ¿Le llegarían a papá hasta donde estaba? ¿Vendrían un montón de médicos a meter las narices, a ponernos enfermos y a llevármese?

Tenía que parar esos aullidos.

Mi arco y mis flechas no estaban muy lejos. Dejé el osito y cogí el arco. Y el carcaj. Todo estaba a punto; no lo había usado mucho porque ya no comíamos ese tipo de cosas. Las latas eran más fáciles, decía papá. Pero yo me entrenaba de vez en cuando.

Al correr hacia los enebros me di cuenta de que había llorado, aunque ya había parado. Me escocían los ojos. También podía ser por la luz del día

El corazón me seguía latiendo con mucha fuerza, pero en todo lo demás mi cuerpo me obedecía. Salté sin hacer ruido por encima de las matas de hierba y avancé en zigzag entre los arbolillos nuevos que crecían por todas partes como un bosque para gente en miniatura. A mi hermanita le habrían parecido unos árboles bien altos, pero yo alcanzaba a ver por encima de ellos mientras corría. El carcaj me iba dando golpecitos a la espalda a cada salto; lo había cosido yo misma con la piel de cuatro conejos silvestres. También había torneado las flechas y fundido las puntas mientras papá me contaba todo lo que se podía hacer con la madera sin dejar de sonreír ante la habilidad de su hija.

El perro se había tumbado y su aullido se había vuelto largo y débil, como si no le quedara mucho para apagarse. Pero ahí seguía. Taladrándome el oído.

Horrorizada, miré su pata trasera, toda retorcida sobre la hierba. La parte de abajo estaba aprisionada en un monstruo de metal que parecía sujeto con una cadena a algún punto en la tierra, por debajo de la hierba y las ramitas. Aunque la hierba era alta, había un paso natural entre la masa de enebros y un grupo de árboles. Ése era el sitio al que tenía prohibido acercarme. Uno de ellos. El monstruo de metal parecía una dentadura enorme cerrada alrededor de la pata. De vez en cuando, el perro trataba de liberarse, pero a cada intento que hacía, los dientes se le clavaban más y más en la carne. La sangre era muy roja a la luz del día. Había demasiada luz. Y demasiada sangre. Nunca había visto nada tan rojo como aquella sangre.

Lo intenté. Intenté con todas mis fuerzas separar aquellos dientes de metal, pero no pude. Intenté también abrirlos con una rama, pero se partió. El metal era invencible.

Otra vez estaba llorando. Miré al perro, tendido sobre un costado, observándome. Le vi los dientes, a punto de desaparecer en medio de un montón de espuma blanca. La lengua le colgaba sin fuerza por la hierba. Por mucho miedo que tuviera, ese perro no quería mordirme. Quería ayuda.

Su pecho subía y bajaba delante de mí. Era como si el aullido saliera de allí dentro. Retrocedí un poco, cargué y apunté. Era mi mejor flecha.

Le atravesé el corazón, estoy segura. Le miré a los ojos y por un momento el perro y yo nos metimos el uno dentro del otro.

Luego murió.

No me había parado a pensar qué iba a hacer después. Tampoco me dio tiempo luego, porque en cuanto dejó de sonar el aullido, oí el grito.

—¡*Ida!*—gritaba alguien a lo lejos; un hombre—. ¡*Idaaaa!*

Eché a correr más deprisa que en toda mi vida. Aunque lo que me apetecía era meterme de cabeza en el contenedor, no me atrevía, porque el hombre podía verme atravesar la zona desprotegida y no sabía cuánto tiempo tenía. Decidí recorrer a toda prisa el breve trecho que había hasta la linde del bosque. Podía esconderme entre los árboles y, si me seguía, le despistaría en el bosque. Fuera quien fuese, no lo conocería tan bien como yo.

Encontré un sitio donde los pinos me tapaban completamente y a la vez se divisaban los enebros. Entonces lo vi. Llevaba puesto un abrigo verde y grande... y algo alrededor del cuello. Creo que era la correa de un perro. Debía de ser su perro.

Estaba segura de haberlo visto antes, pero no recordaba dónde. Al perro no lo conocía. Esperaba que aquel hombre lo hubiese tratado bien, aunque

seguro que los de la isla no eran tan buenos con los animales como nosotros. Ellos no eran buenos ni con la gente.

Intenté no pensar que papá había fabricado aquella trampa de metal y la había colocado. Pero no lo conseguí.

¿Y si ese hombre era un médico? Pero ¿papá no habría...? ¿Y quién era Ida? ¿Sería el perro? No me había fijado en si era hembra. Pero tenía barba, una barba gris. Casi blanca. Ojalá fuese un perro muy viejo.

El hombre se había arrodillado junto a él. Le estaba diciendo algo, lo vi. Lo acarició. Y le limpió el hocico. Y trató de separar los dientes de metal con las manos. Y le sacó la flecha con mucho cuidadito. Y acercó la cara al pecho del perro. Y volvió a incorporarse y se quedó mirándolo. Y vio el trozo más largo de la rama que yo había utilizado. Y probó a abrir los dientes de metal con él. Hasta que se partió. Otra vez. Y movió la cabeza de un lado a otro.

Yo creo que estaba llorando.

Lo vi levantarse. Se secó los ojos con la manga y se quedó un buen rato mirando al perro. Luego se agachó a recoger mi flecha y se pasó un buen rato estudiándola. Me pareció que le daba vueltas y esperé que le pareciese una flecha muy bonita. Me había costado un montón hacerla.

Al cabo de un rato se dio la vuelta y miró hacia nuestra casa. Desde donde se hallaba, se veía el contenedor y la parte de detrás del edificio de madera donde estaban el taller y el cuarto blanco, que sólo tenía una ventanita por la que no se veía nada de nada. A la izquierda del taller seguramente vería la parte alta del muro de nuestra casa. Un grupito de abetos y abedules lo tapaban un poco. A su lado pasaba el camino, que luego doblaba la esquina entre la casa y el taller y se convertía en el espacio abierto del patio. Bueno, que ya ni estaba muy abierto ni tenía mucho espacio.

Me preguntaba por qué no habría llegado por el camino. Debería haber llegado a la barrera y, una vez allí, o dar media vuelta al ver nuestro letrero o seguir el sendero que rodeaba la barrera y continuar hacia la casa. Habría tropezado con el cable, que habría dado la voz de alarma... Pero entonces me acordé de que él había ido siguiendo el sonido, el aullido. El perro debía de haber dado un rodeo alrededor de la barrera y luego se había alejado en dirección a los árboles de Navidad y el bosque del norte. A lo mejor iba persiguiendo a algún conejo; cerca de donde yo estaba escondida había una madriguera.

También me pregunté qué habría ocurrido si, en vez del perro, hubiese caído en la trampa de metal el hombre y se hubiese puesto a chillar. ¿Le habría disparado al corazón para acallarlo?

¿Habría hecho papá más trampas como aquélla?

Esperaba que el hombre se marchara. Esperaba de todo corazón que se fuese y se llevase a su perro, aunque no sabía cómo, teniendo en cuenta que el perro estaba sujeto a la trampa que estaba sujeta al suelo. Y esperaba también que dejase allí mi flecha.

Pero en cambio dejó al perro, se llevó mi flecha y echó a andar en dirección al contenedor.

Me quedé un rato allí quieta. Después fui detrás de él, escondiéndome entre los árboles.

Liv, ya no oigo el grito. Todo está en silencio. Me duele por todas partes, en especial las heridas. Me arden. También las manos, sobre todo la derecha. Cuesta escribir.

A lo mejor he empezado a creer en Dios. Quiero creer en algo. En alguien.

AHORA SE OYE UNA VOZ

Todo se confunde

Roald había visto una vez un cepo para cazar zorros. Era un ingenio del demonio, pero esta trampa... ¡era aún peor! Parecía que habían cogido un cepo y lo habían adaptado en un intento de convertirlo en el peor instrumento de tortura imaginable. Los dientes metálicos habían perforado casi toda la pata trasera del animal. ¿Qué lesiones podría haberle causado una trampa así a una persona? Tenía el tamaño suficiente para atrapar el pie de un adulto, por no decir el de un niño. ¿Y si el chiquillo que había visto correr hacia el norte hubiese caído en ella en la oscuridad?

Se estremeció sólo de pensarlo e intentó tragar saliva. Al oír aullar a *Ida* se le había hecho un nudo en la garganta que ahora le estaba asfixiando. Pobre animal, pobrecillo.

Y pobre Lars, el de Mechacorta. ¿Qué le iba a decir ahora?

Ni siquiera podía devolverle a *Ida* si no encontraba algo con que cortar la cadena, que al parecer estaba enganchada a una raíz bajo tierra. ¿Quién diablos era capaz de hacer algo tan cruel a conciencia? Casi era más piadoso cortarle la pata al animal y evitarle a Lars, el de Mechacorta, el espectáculo de ver la trampa y las heridas que había provocado.

Pero no era sólo eso. No era únicamente la trampa.

También estaba la flecha.

¿Por qué tenía la perra una flecha clavada en el corazón? Una flecha, obviamente, hecha a mano y mimada hasta el último detalle.

Tenía que dar con Haarder y pedirle una explicación. ¿Sería de veras él quien había hecho la trampa? Desde luego, aptitudes no le faltaban, pero ¿tendría también corazón para hacerla y, sobre todo, para usarla? Emplear un artefacto semejante debía requerir un corazón de hielo.

¿Sería por maldad? ¿Sería Haarder un malvado? A juzgar por lo que le habían contado de él, era más bien lo contrario. Amable, servicial, la dulzura en persona. Y, detrás de esa dulzura, palpablemente infeliz tras la pérdida de sus gemelos. ¿Que era de pocas palabras y muy introvertido? Sí, ¿qué había de malo en ello? Alguien que se replegaba tras un muro de barreras físicas y

espirituales para evitar que la gente se le acercara era más bien una persona asustada.

Pero ¿trampas? ¿Esas trampas crueles y abominables?

Recorrió con la mirada la propiedad de los Haarder. Se componía de varios edificios y frente a uno de ellos había un contenedor cerrado. El cartero lo había mencionado varias veces en sus delirios y aseguraba que Haarder ocultaba en su interior dinero de la mafia. O algo peor. De todos los clientes de la fonda, era el único que insistía en beber la cerveza Tuborg del color de su uniforme y tenía todas las cartas para ser el más panoli. Aunque, de acuerdo; a su manera era también el más gracioso. Roald, al menos, prefería tenerlo por allí. Los demás se habían limitado a bisbisear aburridas teorías apuntando a que tal vez por fin hubiesen empezado a hacer limpieza en La Cabeza.

Sin embargo, más allá de los disparates del cartero, ya nadie decía nada de Jens y Maria Haarder. Se veía que a la mayoría, después de lo de la hija ahogada, se les hacía más cuesta arriba hablar de ellos. Para separarlos de la tragedia no bastaba una fina lengua de tierra. Las tragedias requieren tiempo.

Roald consideró la idea de bajar al camino y seguirlo hasta la casa, pero al final decidió hacer el trayecto más corto. El riesgo de caer en otra trampa probablemente fuese el mismo, y en cualquier caso no perdía de vista dónde ponía el pie entre arbolillos, matas de hierba y ramas.

Sólo se detuvo cuando un conejo saltó delante de él en dirección al bosque. Habría preferido salir corriendo hacia El Cuello, pero sabía muy bien que no tenía elección.

En algún rincón de su mente seguía al acecho el niño de la cocina.

Al acercarse al contenedor, vio lo viejo que era y lo estropeado que estaba. No debía de haber costado ninguna fortuna y tampoco creía que fuese alquilado, pues ya hacía mucho que el cartero les había hablado de su llegada. Era de esos que tienen las paredes inclinadas y trampillas en un lado.

Roald pasó por su derecha. No había más de un par de metros entre el contenedor y el edificio de madera de detrás. Tampoco eran metros reales, porque estaba todo atestado de cachivaches. La trampilla más cercana no estaba cerrada con llave y la abrió con cautela para echar un vistazo al interior. El contenedor estaba lleno hasta los topes de lo que innegablemente parecía ser basura. El cartero se había equivocado en sus estafalarias hipótesis.

Lo más lógico habría sido recorrer en paralelo al contenedor el breve trecho que llevaba hasta el camino y el muro de la casa. Sin embargo, la ventanita que se abría en un extremo —el que daba al bosque— del edificio de madera despertó de pronto la curiosidad de Roald. Quería acercarse a ver qué había en ese edificio.

Para llegar hasta allí tuvo que avanzar a ciegas por entre maderos, tapacubos, lonas y los restos de una pila de leña desmoronada, y no dejó de rezar en todo el trayecto para que no apareciesen unos dientes de metal que de pronto le mordieran el tobillo.

Pero podría haberse ahorrado la difícil caminata. Era como intentar mirar a través de un muro de libros apiñados y trastos comprimidos al otro lado del cristal; saltaba a la vista que, aunque hubiesen encendido todas las luces del mundo, no habría logrado penetrar a través de todo aquello. En el estrecho alféizar de la ventana, aprisionado entre el cristal y una bandeja de aluminio, había un cepillo polvoriento con una maraña de pelos claros. Junto a él había algo que en su día debía de haber sido una planta.

Decidió rodear el muro más cercano y al mirar por un momento hacia los abetos le pareció que algo se movía. Se detuvo a observarlo, pero no logró averiguar de qué se trataba. Aún llevaba la flecha en la mano y de pronto se sintió desagradablemente expuesto. Porque alguien tenía que haber disparado esa flecha poco antes.

Lo que se había encontrado en la parte de atrás del edificio de madera no era nada comparado con la visión que le aguardaba en el patio de la granja. Observó estupefacto el bosque de trastos que despuntaban en todas direcciones. Por encima de todo ello se alzaba una cosechadora: le pareció un dinosaurio rojo, que contemplaba un paisaje de chatarra prehistórica.

Y ésa no era la única bestia. Roald se estremeció al ver una rata que corría a refugiarse en un tubo de metal. Cada vez que la brisa levantaba algún objeto o lo hacía chocar con algo, le parecía oír ruiditos discretos que salían de todas partes. Un trozo de embalaje de plástico transparente ondeaba por debajo de un palé, y un rollo de papel higiénico se estaba desenrollando delante de una caldera oxidada. El edificio de madera de la derecha era realmente bonito, pero lo afeaba el entorno. Tenía una puerta y una ventana al principio, y dos ventanas y otra puerta más allá. Al final del patio se alzaba la casa bajo el sol de la mañana. Blanca, aunque tan descascarillada que hacía dudar. El cuarto de estar tenía echadas las cortinas, pero desde el primer piso dos ventanas observaban a Roald como un animal ciego de ojos negrísimos ocultos tras una membrana lechosa.

Si quería ir a la puerta principal, tendría que hallar una senda a través de los montones, y no parecía haber ningún camino directo. Unos ruidos le hicieron reparar en el establo que había en la parte derecha del patio. Era un edificio de piedra en un estado tan lamentable como la casa. A pesar de la gruesa capa de musgo que lo cubría, el tejado ondulado parecía cualquier cosa menos estanco. ¿De veras había animales ahí dentro?

Rodeó los montones y se acercó a la compuerta del establo. La media batiente de arriba estaba entornada y en la oscuridad se adivinaba un caballo. Un tordillo. Tenía el cuello esquelético y la cabeza colgando por el pasillo, como si la sostuviera una cuerda invisible. De los ollares le salía un débil silbido. Había más animales dentro, por lo que oía. Unos se agitaban, otros respiraban, otros gañían. No se sentía con fuerzas para investigar. El olor acre que emanaba aquel lugar no solamente indicaba hasta qué punto le hacía falta una limpieza a fondo, sino también que allí dentro había algo muerto.

Desde detrás del establo llegó de repente un ruido apagado y Roald dobló la esquina para ver qué era. En el gallinero había un gallo solitario de plumaje miserable que intentaba decir algo. Tenía la mirada muerta, tal vez porque no veía más que congéneres muertos desperdigados por todas partes: cinco gallinas escuálidas con la mirada igual de perdida. Era evidente que un zorro había intentado excavar un túnel, pero al parecer alguien había puesto el gallinero a salvo de ese tipo de percances en la mañana de los tiempos. Quizá hubiese sido más piadoso dejar que las gallinas acabaran sus días de un buen sobresalto.

Algo más allá había un campo, pero el único movimiento que parecía animarlo era el de dos cornejas y tres sacos negros de plástico que rodaban perezosos entre la hierba otoñal cada vez que el viento acertaba a soplar en el punto justo. A cierta distancia había algo que parecía un bicho con cuernos. O tal vez sólo sus restos, porque moverse, no se movía.

Roald pasó junto al campo, dejó atrás una bomba de agua y una carretilla volcada, sorteó como pudo unas piedras grandes y unos barreños viejos y se acercó al muro trasero de la casa. Había un tendedero del que colgaban un periódico arrastrado por el viento y un par de sábanas amarillentas y medio rotas. A su lado, un rosal impresionante mecía al viento sus ramas como tentáculos a la espera de la siguiente sábana fresca y tierna. El aire en esa zona, lejos del abrigo del bosque, estaba más agitado.

En el muro se abría una puerta trasera con un cristal cegado en parte por una tela. Dentro estaba todo a oscuras, pero Roald tuvo la impresión de que era una especie de lavadero.

Titubeó unos momentos. ¿No sería mejor ir a llamar a la puerta principal? ¿No debería? Todo parecía tan abandonado que, en realidad, daba igual. Cuando sus ojos al fin se habituaron a atisbar en la habitación sombría que había al otro lado del cristal, de repente se topó con unos guantes que habían desaparecido del almacén de la fonda. Estaban encima de un plástico de burbujas que también le resultaba familiar, y no muy lejos asomaba el mantel de hule que había comprado en la tienda de pinturas de Sønderby. De pronto, lo invadió la extraña sensación de que estaba en su derecho si quería entrar.

Intentó abrir la puerta, pero habían echado la llave, de modo que llamó unas cuantas veces sin esperar una reacción. Luego retrocedió un paso y echó un vistazo a su alrededor. La llave tenía que estar por allí. No podía andar muy lejos. Siempre había una llave. En un gancho detrás de algo. Debajo de un macetón. Una piedra. Encima de una viga.

Estaba debajo del macetón.

La puerta se abrió, aunque no sin oponer cierta resistencia. Los goznes necesitaban aceite y dejaron escapar un chirrido horripilante. Roald ahogó un gritito cuando un animal peludo pasó a su lado por el umbral y le rozó la pierna. Cuando lo vio salir a la hierba de un salto, respiró con alivio al comprobar que no era una rata gigante sino un conejo.

¿Un conejo doméstico? Tal vez debería atraparlo, podía ser la mascota de alguien. Aún no se había decidido cuando el conejo se esfumó entre el verde y la chatarra y lo perdió la pista. Eso decidió el asunto.

El aire de la habitación estaba más cargado que el aire de cualquier casa en la que hubiera puesto un pie en su vida.

Pero eso no era nada comparado con el olor. ¡El hedor! Llegaba prácticamente a materializarse en la nariz como una mezcla insufrible de polvo, moho, podredumbre, disolvente y —por lo que se temía— orina, excrementos. Abrió la puerta de par en par para poder soportarlo. Ahora que la luz de la mañana penetraba sin fuerza, empezó a ver mejor lo que ocultaba la habitación. Había latas de conservas de todas las modalidades, apiladas sin orden ni concierto o en cajas. Algunas continuaban empaquetadas en plástico transparente. Y había envases de productos para el desayuno, paquetes de pan crujiente, bolsas de pan, galletas. No tuvo siquiera que consultar la fecha impresa para saber que llevaban mucho tiempo caducados. Casi todo el pan que vio a través del embalaje estaba verde de moho. Recuperó los guantes de su almacén, pero volvió a soltarlos de inmediato al comprobar que soltaban cagadas de ratón por todas partes. Cayeron sobre el plástico de burbujas como una lluvia seca.

El interruptor de la luz emitió un dócil chasquido al accionarlo y la bombilla pelada que había encima de la puerta siguió durmiendo impertérrita. Cuando vio el congelador junto a la pared, comprendió de dónde salía el peor olor. Aunque no estaba encendido el indicador del costado, no tenía la menor duda de que había cosas dentro, porque desprendía una peste horrible a carne podrida.

Constató con gratitud que era imposible comprobar si sus suposiciones eran acertadas, porque el congelador estaba enterrado en trastos, entre ellos un enorme televisor viejo que debía de pesar una tonelada. La capa de polvo que cubría el televisor era de tal grosor que Roald no quiso ni pensar en la cantidad de tiempo que aquel congelador debía de llevar apagado.

Pasó algún rato considerando la posibilidad de marcharse. Debía volver corriendo a Korsted en busca del policía y un veterinario. El veterinario podría ocuparse no solamente del ganado del establo, sino también del cuerpo de *Ida*. Él ya no se sentía capaz de enfrentarse con la perra y con la trampa. Alguien tendría que hacerse cargo. Descubrió que ya no llevaba la flecha en la mano. Debía de haberla dejado junto al macetón.

Nada tenía sentido. Era imposible que nadie viviera en esas condiciones, pero estaba claro que por allí iba alguien. ¡El niño, por ejemplo, ya que el botín de sus últimas fechorías estaba allí bajo llave!

Pero ¿quién habría disparado la flecha?

Y ¿dónde estaban Jens Haarder y su mujer? No había nadie cuidando de los animales y la casa estaba cerrada y con las ventanas cegadas, como si llevase largo tiempo abandonada. Pero no se habían ido. De lo contrario, el cartero lo habría sabido.

Fue entonces cuando recordó una llamada que había recibido en la fonda. Llegó en mitad del arenque de la comida de Año Nuevo de los parroquianos, de manera que no había estado muy atento y, posiblemente, tampoco del todo sobrio. Pero alguien había preguntado por Haarder y, al parecer, también por su madre. Ya no recordaba más.

Una segunda puerta conducía al interior de la casa, imaginó que a la cocina, pero no estaba seguro de atreverse a abrirla. No, allí lo que hacía falta eran profesionales, concluyó para sus adentros. Todo tenía un límite, un particular no podía fisgonear de esa manera, por más que después de media hora no estuviese más cerca de entender el misterio del niño.

Siempre podía llamar a la puerta principal al pasar por delante. Total, estaba seguro de que no le iban a abrir, pero así podría decirse a sí mismo que lo había hecho. Intentado. Un poco.

Acababa de girar sobre sus talones cuando los oyó. Los ruidos. Había estado tan ocupado respirando aquel aire y tratando de pensar con claridad al mismo tiempo, que el oído debía de habersele atrofiado unos instantes. Pero ahora los oía. Por todas partes en torno a él había crujidos, arañazos y roces. Un paquete de *corn flakes* particularmente escandaloso se movió en la estantería que tenía delante.

Roald se quedó mirándolo. Ahora también se oían unos gañidos. ¿Serían ratas? No soportaba la idea de que la casa estuviese llena de ratas. Con los ratones podía, en pequeñas cantidades. Pero ratas, ¡qué asco!

Dio otro paso hacia la puerta que conducía al exterior, pero de pronto lo detuvo un pensamiento molesto. ¿Y si había alguien ahí dentro? Tenía un amigo que jamás se había perdonado por ignorar el silencio que había en casa de su vecino y la publicidad amontonada a la puerta. Hasta el olor ignoró al principio. La gente tenía derecho a su vida privada y, al fin y al cabo, no conocía demasiado al vecino, pensó el amigo. Encontraron al anciano tres semanas tarde. En el suelo del salón. Al parecer, había intentado llegar hasta el teléfono.

¿Estaría Jens Haarder allí dentro, muerto? ¿O su mujer? ¿Habría alguien? Y ¿qué pintaba el niño en todo aquello, quién sería? ¿De quién?

Roald se rascó la barbilla. Había que echarle huevos, carajo. Por lo menos llamarlos, ya que estaba allí.

Los llamó.

El clásico «¿hola?».

Sintió que todos los ruidos enmudecían un momento para volver vacilantes después.

Volvió a llamar.

—Hola, ¿hay alguien? ¿Holaaaa?

Sonaba más alegre de lo que estaba.

Al tercer hola, los ruidos ya se habían habituado a él. Una sombra oscura se deslizó por detrás de una lata en un estante. Una sombra oscura... y pequeña, gracias a Dios. Si no eran más que ratones, no había problema. Ratoncitos; musarañas, a ser posible.

Que, según el fontanero, no eran ratones.

—¿Holaaaa...?

Sino una especie de topos diminutos.

Los únicos en contestar fueron los bichos. ¿Podía irse ya? ¿O debería ir a echar un vistazo a la cocina?

El hecho de que esta vez salieran dos conejos en lugar de uno no hizo que el susto fuera menor. Cualquiera diría que habían estado esperándole agazapados detrás de la puerta. Le pasaron por delante a la carrera: al lavadero, a la luz, al campo. Roald cerró la puerta al pasar sin saber muy bien por qué. ¿Tendría miedo a dejar salir demasiadas cosas de una casa donde en realidad no tenía derecho a estar? Demasiadas mascotas.

PROHIBIDA LA ENTRADA A TODA PERSONA NO AUTORIZADA, ponía, de hecho, en el letrero de la barrera. Pero, demonios, acababa de perder un perro en esa zona de la manera más espantosa y tenían allí guardado su hule de flores. Era innegable que le sobraban razones para estar allí. Tenía derecho a saber qué estaba ocurriendo.

¿O ponía sólo PROHIBIDA LA ENTRADA? De pronto, le asaltó la duda.

Luz no había demasiada en la cocina, porque estaban echadas las cortinas de color beis de la ventana que daba al patio. Aun así, algo de la claridad de la mañana atravesaba la tela, iluminando la habitación con un curioso fulgor dorado. El aire era tan repugnante como en el lavadero, y Roald tuvo que taparse la nariz. También había un frigorífico. Con sabía Dios qué dentro. No tenía ningunas ganas de averiguarlo, y mucho menos después de haber accionado el interruptor y comprobado que la luz tampoco funcionaba en la cocina.

También allí resultaba poco menos que imposible moverse a causa de las cajas, los trastos y la basura de todo tipo. Llegar hasta la puerta del otro extremo era imposible del todo, pues la habían bloqueado con un cajón enorme lleno de piezas de maquinaria. Supuso que sería la puerta que conducía al recibidor. Estaba a la misma altura que la puerta principal.

Con ayuda de un paraguas que no servía para otra cosa, consiguió apartar un poco la cortina que colgaba por detrás del fregadero atestado para que entrase algo más de luz. Se arrepintió en cuanto vio aparecer los detalles: telarañas polvorientas que lo recubrían todo como viscosas membranas grises; arañas, cucarachas y demás bichejos muertos, medio muertos y demasiado vivos que poblaban la estancia de arriba abajo.

Una bolsa sin abrir de regalices de sabores resplandecía en medio de todo con sus colores frescos y sus formas sencillas. Parecía haber llegado en fecha reciente. Sus favoritos siempre habían sido los roscos rosa, aunque, en realidad, ¿no sabían exactamente igual que los amarillos? En la pared había un póster desvaído con especies de peces que le observaban con sus ojos muertos. Bajó la mirada para no dar un paso en falso. Las golosinas no habían

terminado. Una bolsa empezada de gominolas había ido a parar a una maceta y al parecer alguien había vaciado por el suelo otra de bombas de regaliz salado.

Bombas de regaliz salado. No dejaba de ser raro.

Al agacharse para verlas mejor, comprobó que quien se había vaciado en el polvoriento suelo de la cocina habían sido los conejos, no *Haribo*. Sus excrementos estaban por todas partes. ¿De verdad cagaban tanto tres míseros conejos?

Cuatro.

Porque al incorporarse de nuevo, sin querer dio un puntapié a un tapacubos y un conejo más salió brincando de su escondrijo. Desapareció por una puerta entornada que había a la derecha. ¿La del cuarto de estar, quizá?

Cada vez había más ruidos. Y más fuertes.

Le echaría un vistazo a ese cuarto de estar y luego se iría de allí. Todo aquello le abrumaba y había un pensamiento en particular que le atormentaba: no tenía muy claro si sobreviviría a la experiencia de encontrar un muerto en la casa. Lo mejor era llamar a la policía. Además, estaba el aire. Resultaba asfixiante. Había tanto polvo que sentía una necesidad constante de toser. Y en algún punto impreciso de su mente veía un perro muerto, atravesado por una flecha que alguien había disparado hacía poco. ¡Alguien! Y ese alguien no estaba muerto.

Con eso y con todo, su conciencia le obligó a echar una ojeada. Sólo una, antes de irse. Con cuidado, abrió la puerta un poco más. Sí, era un cuarto de estar. O lo fue en su día.

En el otro extremo de la habitación se alzaba un muro de objetos delante de las ventanas orientadas al sur. Los rayos del sol intentaban colarse por las grietas del muro y llegar al interior, pero en su camino a través del polvo se diluían hasta quedar reducidos a pálidas sombras de luz que no aportaban más que un triste vislumbre de claridad.

Roald tenía la sensación de haberse adentrado en el pozo de una mina a muchos metros bajo tierra. Se encontraba en un pasillo angosto que serpenteaba entre objetos fundidos en lo que, a primera vista, parecía un solo cuerpo grande y oscuro. No les veía ni pies ni cabeza a las siluetas que lentamente surgían de la penumbra. Vio paraguas, otra vez. Un búho disecado. ¡O eso esperaba! En varios puntos, las cosas llegaban casi hasta el techo. Avanzó un poco más y vio un piano a su lado. Un busto, un sofá puesto de pie, un maniquí, una mesa, barriles, ropa, bolsas de plástico, cartón de embalar. Y seguía más adelante. Otras dos calles se cruzaban con la principal.

Contempló estupefacto algo que colgaba del techo. Parecía un árbol pelado, ¿un abeto ejecutado? Era un árbol de Navidad, ahora le veía la estrella. ¡Y corazoncitos! Algunos estaban a punto de caer de las ramas desnudas, a buen seguro que otros ya habían caído. Uno de ellos se desprendió a su paso. Parecían extrañamente desteñidos, aunque, por otra parte, aquella oscuridad no dejaba mucho espacio para los colores. El crujido de las agujas de abeto bajo la suela de sus zapatos volvió a despertarle el oído. ¡Los ruidos! Todo era arañar y hurgar en torno a él.

Tenía que salir de allí, no había tiempo que perder. Como ya había avanzado un buen trecho por la habitación, seguramente en dirección a la entrada, pensó que lo mejor era tomar ese camino. No podía ser peor que repetir el recorrido por delante del frigorífico y el congelador. Se maldijo a sí mismo por haberse aventurado tanto en la casa; por haber siquiera entrado.

Cuando encontró el camino bloqueado por un enorme saco de tela y trató de hacerlo a un lado, saltaron tres conejos asustados que desaparecieron en la oscuridad. Y cuando levantó el saco, notó que el contenido se salía por un agujero del fondo y le caía en un zapato. Apartó el pie y miró. El pienso se amontonaba por el camino como una cordillera en miniatura, y el saco, algo más flácido, se desmoronó hacia un lado.

Salvó la cordillera y continuó adelante por el estrecho pasillo. Sentía cierta necesidad de apoyarse en las paredes tumefactas que se alzaban a los lados de la senda, sobre todo porque temía que se le viniese algo encima, aunque lo último que quería era tocar nada. La idea de sentir de pronto una rata en la palma de la mano le producía escalofríos. Levantó las manos, sin tocar nada, pero listas para agarrar lo que fuese, llegado el caso.

Entonces aparecieron.

A lo mejor antes había movido algún objeto con el saco sin darse cuenta, el caso fue que algo cayó a su espalda. Lo sobresaltó el sonido de cosas que resbalaban, caían, se deslizaban y entrechocaban. Al volverse, vio que todo un lateral se venía abajo. El búho se precipitó. Una enorme radio vieja acabó en el suelo, arrastrando en la caída parte del otro lado. Se escurrió algo de cartón, cayó un saco... y entró un poquito de luz. Sólo un rayo.

Pensó en aludes. Desprendimientos. ¿Se derrumbaría todo lo que tenía detrás y se le echaría encima como una naturaleza sofocante? Lo sepultaría.

Y entonces aparecieron. Los conejos. Salían de todos los recovecos, rincones y hendiduras. Roald se llevó las manos a la cabeza y empezó a chillar mientras corría haciendo la competencia a aquellas mascotas aterrorizadas.

Cuando el pasillo se ensanchó un poco, pudo elegir entre subir por unas escaleras donde apenas había hueco para pasar por el centro o seguir el itinerario de la izquierda en dirección al recibidor, la puerta de la calle...

Se detuvo en seco.

Los conejos se habían reunido en pequeños grupos dispersos por todas partes, la mayoría en un rincón detrás de las escaleras, debajo de un cohecito de madera. El ruido había cesado.

Finalmente comprendió que no era ningún alud, sólo un leve corrimiento. Las cosas se habían caído y habían encontrado la calma unas al lado de otras. Detrás de ellas, a la luz de un grueso rayo de sol liberado, colgaba el árbol muerto como un mudo testigo.

Roald echó un vistazo a su alrededor sin moverse del sitio. En esa parte del cuarto de estar había algo más de luz gracias a una modesta ventana que se abría arriba, en el descansillo. Debía de estar en el muro orientado al este.

Un trocito de pared entre el recibidor y la cocina captó su atención. Abajo, en el rodapié, había un agujero no muy grande de borde irregular. ¡Los habitantes más peludos de la casa se habían abierto paso a dentelladas a través de la pared! Un cable del que salían hilos de cobre asomaba como una larva confusa, y en el suelo, delante del agujero, se veía el aislante entremezclado con excrementos y restos de papel pintado. Algo similar había ocurrido en las escaleras, y Roald no pudo evitar preguntarse qué otras sorpresas del mismo tipo aparecerían si desnudaba las paredes. Esos cables eran una trampa incendiaria. Además, ¿cuánta pared más podrían reducir a polvo con los dientes sin que la casa entera se derrumbara?

Sus especulaciones se vieron bruscamente interrumpidas por la visión de una rata que corría por el suelo.

—¡Atrás! —le bufó al tiempo que señalaba hacia el rincón como si esperase que el animal acatase sus órdenes.

La rata desapareció en dirección contraria, aunque no del todo: seguía viéndole la punta del rabo, que asomaba por detrás de una bota de agua.

Entonces lo oyó.

En algún punto del primer piso se oían golpes. No golpes de un animal que alborota, un pájaro que picotea o un viento que hace que una cosa golpetee contra otra. Eran los golpes de una persona que golpea. Cuando quiere que la oigan.

El recorrido escaleras arriba fue una pesadilla. Una de esas en que intentas correr y sólo avanzas a cámara lenta. Tal vez lo frenara el polvo. El aire

cargado. ¿El olor? Sus pulmones clamaban por un poco de aire fresco, aunque no había más remedio que subir. No tenía intención de morir asfixiado en esa casa, pero menos aún de abandonarla como un desalmado.

Podía ser el niño y necesitar su ayuda.

Al llegar al pasillo del piso de arriba, vio el centelleo de una luz en el primer cuarto. De allí llegaba el ruido. Unos conejos se apretujaron entre unas largas vigas de hierro cuando pasó en dirección a la puerta.

Roald jamás había visto una persona tan inmensa. Estaba acostada en una cama. Es decir, él supuso que estaría acostada en una cama. La cama apenas lograba verla debajo de cuadernos, libros, platos desechables, bandejas de aluminio, labor de punto, velas, cerillas, tazas de plástico, toallas sucias, mantas apolilladas, sobras, cagadas de ratón (ah, rezó para que solamente fuesen ratones). Y cuerpo, cuerpo, cuerpo.

El aire era desagradable, pero el hedor que salía de ella era insoportable. Despedía un olor inconfundible a orines y excrementos. Y a putrefacción. Roald tuvo que luchar contra las náuseas.

La mujer sostenía un paraguas con la mano derecha. Tenía la empuñadura apoyada en el cabecero de la cama, de modo que Roald calculó que así había dado los golpes. Con él. Cuando le vio en el umbral, soltó el paraguas y dejó caer aquel brazo gigantesco en la labor de punto con lo que parecía un agotamiento infinito.

Al otro lado de su cuerpo, encima de una mesilla y de montones de libros y de papeles, se estremecía una vela en una palmatoria. La alegría que sintió Roald al encontrar una fuente de luz no tardó en dejar paso al horror por el estado del cuarto que iluminaba.

Pero, sobre todo, por la mujer que tenía delante.

Parecía completamente al límite de sus fuerzas.

—¿Maria Haarder? —preguntó con una voz que no reconoció como suya. Tal vez fuese por el polvo.

Ella asintió muy despacio.

—Yo..., tú, yo... Qué... —De repente, era incapaz de pensar con claridad —. Soy Roald Jensen, de la fonda de Korsted —logró decir al fin.

Los rasgos de la mujer parecían diminutos en aquella cara enorme, pero a él no le cupo duda de que intentaba esbozar una sonrisa amable. Tampoco le cupo duda de que lloraba, aunque apenas acertaba a adivinar sus ojos en el interior de aquellos huecos oscuros. Tenía la piel cenicienta al resplandor vacilante de la vela, y la sombra grotesca de su nariz se extendía por su mejilla como un animalillo tembloroso.

—¡Necesitas ayuda! —exclamó él.

Ella volvió a asentir.

—Voy a buscar a alguien. Pero ¿dónde está tu marido? ¿Dónde está Jens Haarder? —Al fin podía pensar de nuevo.

Ella tanteó con la mano izquierda en busca de un cuaderno, apartó de un manotazo la novela que tenía sobre el vientre y empezó a escribir algo. Roald entrevió cómo *Madame Bovary* se deslizaba hasta una bandeja de aluminio.

Avanzó para leer, es decir, pisoteó un montón ingente de cosas para acercarse.

VUELVE PRONTO, NECESITO MEDICINA, MÉDICO, había escrito. Saltaba a la vista que escribir la agotaba. No siempre había sido así, comprendió por las numerosas hojas sueltas que había desperdigadas por todas partes. En algunas, la letra era curva y elegante; en otras, no tan bonita. La de ahora estaba llena de espantosos garabatos.

—Sí, me daré prisa...

SALVA LIV, escribió ella clavándole una mirada suplicante.

Él asintió, algo confuso por sus palabras. ¿Liv, «vida», la vida de ella?^[3]

—Te lo prometo, no te preocupes... Volveré tan deprisa como pueda. Cuidado con la vela, no se vaya a ca...

Ella le indicó por gestos que era muy importante que supiese algo más antes de irse. Su agotamiento no dejaba lugar a dudas. De pronto, se le ocurrió que tal vez no tuviese qué beber.

CUIDADO CON TRAMPAS.

Él asintió. Ya, sí, muchas gracias.

—¿Te traigo un poco de agua antes de marcharme? —preguntó preocupado. En la pared, por detrás de ella, vio en un destello el dibujo de dos niños.

Ella le indicó que no con un gesto y volvió a escribir. Añadió un ¡¡*ANTES!!* después de *SALVA LIV*. De sus pulmones salió un pitido.

FALTA AYUDA LOS 3.

Roald no soportaba aquella peste un minuto más. Tenía que salir de allí o empezaría a devolver. Comenzaba a hacerse una idea del contenido del cubo que había junto a la cama. Al lado había papel y toallas enrolladas.

Como no se atrevía a abrir la boca para contestar, asintió con la cabeza y se volvió hacia la puerta. Lo único que le impedía vomitar era la compasión, pero en cuanto llegó al cuarto de estar lo hizo con la mayor discreción posible; en una caja de cartón de contenido desconocido.

¿Los tres? ¿Quería eso decir que el niño era suyo? ¿Y qué vida era esa que debía salvar antes?

Una vez en la puerta principal, Roald la abrió con un golpe. Nunca había sentido tanta necesidad de aire fresco como en ese momento. Avanzó hasta el primer peldaño de la escalera de entrada y dejó que la luz le inundara el alma y que el cielo de noviembre le entrara hasta lo más hondo de los pulmones.

Lo vio por pura casualidad: el extremo de lo que parecía ser un carcaj; un puñado de plumas que se movieron fugazmente por detrás de una bañera que había junto al establo. Entornó los ojos. Pues sí. Había alguien escondido con un carcaj a la espalda. De pronto, se adueñó de él una intensa furia.

—¡Eh, tú! —gritó—. Sí, el de la bañera, ¡te he visto!

Al instante vio un niño que se alejaba de la bañera como alma que lleva el diablo, pasaba junto al establo y corría describiendo un arco hacia el bosque y el extremo del edificio de madera por el que había llegado él. El carcaj daba saltitos contra la espalda de su jersey marrón y naranja.

Lo miró perplejo, era el niño que había visto en la cocina de la fonda.

Desde el peldaño observó que había una ruta más directa a través del patio. Si pasaba a la carrera por delante de la cosechadora, tal vez pudiera darle alcance.

HA VENIDO ALGUIEN AHORA TE AYUDARÁN LIV
NO CREO ESCRIBA MÁS AGOTADA
OS QUIERO

Pesadillas

La cosa había empezado al quemar el cadáver de su madre detrás del establo. Jens tenía pesadillas.

Al principio soñaba que Else volvía con un maestro, un policía y un médico para llevarse a Liv. Él estaba limpiando en el establo y cuando se percataba ya era demasiado tarde. Llegaba a tiempo de verlos subir a un coche grande que había aparcado en el patio y alejarse tan deprisa que el polvo del camino formaba una densa niebla. Jens corría hacia la nube y cuando volvía a salir había alcanzado el punto donde arrancaba la lengua de tierra; pero la lengua de tierra ya no estaba. El mar había cubierto El Cuello y él veía el coche en la otra orilla hasta perderse en la otra isla bajo la luz del sol.

Despertaba en el momento en que corría hacia el mar y sentía cómo el agua le llenaba los pulmones.

Luego las pesadillas se tornaron más complejas.

Volvían: su madre, los médicos, los maestros, la policía. Con el tiempo, se transformaron en personas anónimas que había visto en algún lugar. Lo que todas tenían en común era su voluntad de arrebatarle aquello que más quería.

En un sueño en concreto estaba revisando los árboles de Navidad y al regresar se encontraba con que se habían llevado todo: a Liv, a Maria, el ganado, los edificios, las cosas. Todo se había esfumado. Veía gente alejarse a la carrera y corría en pos de ella, pero nada era capaz de detenerlas. Mientras que él tropezaba y caía una y otra vez por culpa de los matojos, las raíces y los árboles que crecían por todas partes, los demás proseguían sin obstáculos. Nunca se caían. Su ventaja iba en aumento y siempre alcanzaban la isla grande. Cuando él por fin llegaba, siempre encontraba El Cuello anegado por el mar. Estaba completamente solo en una isla desierta.

En uno de los peores sueños aparecían con batas blancas y pretendían llevarse a Maria. Estaban allí, en su cuarto, cuando Jens volvía de hacer unos recados nocturnos en Korsted. La rodeaban con sierras y escalpelos y la iluminaban con grandes lámparas. Iban a llevársela para ayudarla,

aseguraban. Pero era tan inmensa y pesaba tanto que no cabía por la puerta, de manera que tenían que cortarla en pedacitos. Cuando lograsen sacarla de la casa y alejarla de Jens la ayudarían, prometían.

Jens siempre intentaba despertarse. Pero no lo conseguía. Y no podía detenerlos. Ya habían cortado la cabeza y la habían dejado en la mesilla. Maria le observaba con sus bonitos ojos y le decía sin palabras que le quería. A pesar de la sonrisa de sus labios, lloraba, y mientras tanto sus miembros pataleaban en la cama en protesta por estar siendo serrados. No había sangre. Maria era como porcelana. Cuando dejaban su brazo apoyado en el quicio de la puerta, aún estrujaba un bolígrafo en la mano.

Después le partían el torso en pedazos más pequeños y él les imploraba que no tocasen el corazón. «Cuidaremos bien de ella —repetían sin cesar—. Podemos cuidar de ella mucho mejor que tú, Jens Haarder.»

Él se quedaba mirando sin pestañear cómo la sacaban de la habitación trozo a trozo. Le permitían conservar la cabeza. «Te quiero», le susurraba Jens al oído. La cabeza pesaba, pesaba una barbaridad. Sin embargo, lo peor era que el cuerpo de Maria empezaba a deshacerse cuando lo bajaban. Él iba detrás del médico que llevaba la pierna derecha y veía los pedacitos que resbalaban lentamente. Lo mismo ocurría con las demás partes. El corazón se desprendía del torso y rodaba escaleras abajo hasta caer en el rellano con un suspiro de peto de lobo. Al final, incluso la cabeza se desmigajaba. Jens no podía sostenerla. La miraba a los ojos hasta que desaparecían entre sus dedos y ella ya no estaba. Había quedado reducida a polvo.

—Bueno, entonces nos llevamos a tu hija —decían ellos—. Y, por cierto, ¿tiene hermanos?

De nuevo iban los intrusos hacia el istmo con su presa sin que Jens pudiera detenerlos. Tropezaba sin parar, se enganchaba con algo. Era como si las fuerzas de la naturaleza se hubiesen aliado en su contra. Le cerraban el camino y le asustaban. El bosque, el mar, los animales... ya no eran sus amigos.

Los intrusos corrían sin trabas.

Él lo único que quería era detenerlos.

Jens siempre se despertaba bañado en sudor y llanto. También sus horas en vela sufrían el azote de los malos sueños; pensaba en los que habían sido y en los que vendrían.

Al final no fue capaz de distinguirlos.

Al final quedó todo confundido.

El cartero

El cartero estaba de muy buen humor esa mañana. Tampoco podía negar que sentía una mariposilla o dos revoloteándole en el estómago, y eso que no era época de esas cosas.

Tenía una misión que cumplir en La Cabeza.

Por primera vez en todos aquellos años, la carta de M era un envío certificado. Le sorprendía enormemente el repentino ascenso de categoría en el método de expedición, lo que no menguaba en lo más mínimo su alegría ante la idea de ver al fin satisfecha su curiosidad. Y es que suponía que ahora podría permitirse preguntar por el remitente (que tal vez, después de todo, no fuese la mafia, por más que la idea le gustara).

Lo que más le intrigaba era si la identidad de «M», por casualidad, sería la misma que la de «M Inventions for Life», que remitía el gran paquete que ese día también le llevaba a Haarder. La empresa tenía una dirección del continente, de la costa este. El matasellos de las cartas era también de la costa este. Sí, por supuesto que lo había investigado. Pero la mafia tenía contactos en todas partes, de modo que su idea tampoco era del todo descabellada.

El cartero aparcó junto a la barrera. A continuación, bajó y abrió la portezuela del departamento de carga, donde el paquete aguardaba con la carta encima.

Tuvo que usar ambas manos, porque era un paquete raro y pesaba bastante. Cuadrado, de... ¿pongamos setenta por setenta centímetros? Y poco más de veinte de alto. Demasiado pesado para ser una tapa de inodoro. Pero fue lo primero que le vino a la mente. Tenía la sensación de que lo que había dentro era redondo. Por lo general, los envíos cuadrados solían serlo. Redondos.

Dejó atrás el letrero de PROHIBIDA LA ENTRADA con particular alborozo. Sí, a toda persona no autorizada, pensó. Él, por supuesto, tenía derecho a entrar, traía una carta certificada. Y un paquete.

Debían firmarle el recibo.

Por nada del mundo se iría de La Cabeza sin esa firma.

Pasó por la derecha de la barrera y miró hacia la casa expectante y algo tenso. Con un poco de suerte, a lo mejor veía a lo lejos a Maria Haarder. Se moría de ganas de saber qué aspecto tenía después de tanto tiempo.

Alcanzó a dar dos pasos antes de que lo llamaran.

—¡Eh, tú! —gritó alguien a su espalda; se detuvo en seco. Había una agresividad en esas dos palabras que no le hizo ninguna gracia. Al volverse, vio a Jens Haarder, que se acercaba a buen paso—. ¿Adónde crees que vas? ¿Es que no sabes leer? ¿En qué habíamos quedado?

Se quedó de piedra. No estaba acostumbrado a que nadie le hablase así. Bueno, Mechacorta de vez en cuando también tenía esas salidas de tono tan belicosas; por no hablar de los días que llegaba a las manos. Pero Haarder jamás le había hablado mal a nadie, al menos del servicio postal.

—Ya, pero...

—¡Ven aquí! —ladró el propietario de La Cabeza—. ¿Qué me traes?

El cartero volvió a regañadientes al otro lado de la barrera. Lamentó no haber salido a hacer la ruta un poco antes; tal vez así habría llegado a tiempo de tener unas palabras a solas con la señora. No le habría importado saber en qué andaban esos dos.

—Traigo una carta certificada y un paquete —contestó—. Hay que firmar un recibo por cada cosa. Por eso he...

Cuando vio más de cerca a Haarder, se interrumpió. Llevaba en las manos siete u ocho bolsas de plástico repletas hasta los topes. El carpintero tenía la frente bañada en sudor, aunque no era un día de noviembre particularmente cálido. Y luego la barba, la ropa. Hacía mucho que el cartero no lo veía tan de cerca. Su aspecto era deplorable.

—¿Por qué no vienes ya al pueblo en la camioneta, Haarder? Normalmente la llevas.

—La camioneta está muerta. Se quedó en la carretera, al sur. Tuve que dejarla allí y volverme andando.

—Vaya, menudo paseo.

—A ver esa carta —dijo Haarder dejando las bolsas.

El cartero sólo pudo adivinar algo blanco en una de ellas. Dejó con mucho cuidado la carta y el paquete encima del tocón que había junto a la barrera y le tendió el bloc de recibos y un bolígrafo. El destinatario se quedó mirándolo con recelo antes de trazar un par de coléricos garabatos.

—Por cierto, ¿quién es M? —intentó el cartero con su voz más zalamera. No tenía intención de dejar escapar una ocasión semejante—. Te escribe a menudo. ¡Y ahora un paquete! Imagino que...

—Si eso era todo, adiós —zanjó el otro mientras le devolvía el bloc y el bolígrafo.

El cartero abrigaba la secreta esperanza de que abriese el paquete de inmediato.

—¿No necesitas ayuda con el paquete? Llevo una navaja suiza...

—Yo también —replicó Haarder con la misma frialdad inexplicable. Dejó los brazos caídos a los costados y clavó en él una mirada que era difícil no interpretar como una amenaza.

—Bueno..., entonces, adiós —dijo el cartero antes de subir a su furgón.

Haarder se quedó allí viéndole dar media vuelta. Cuando el cartero se incorporó a la carretera que llevaba hasta El Cuello, aún lo veía en el retrovisor. Parecía un salvaje. Un loco salvaje.

No, el cartero no era quién para juzgar a nadie, claro, pero no podía descartar la idea de que Jens Haarder podía haberle hecho algo a su madre, tal vez incluso quitarle la vida. ¿Y si la tenía escondida en ese contenedor? Semejante idea no se le habría ocurrido, claro estaba, si un día chismorreando en el atracadero de Sønderby no se hubiese enterado por casualidad de que Else Haarder nunca había cogido el ferri de vuelta esas Navidades. Si alguien llevaba bien el control de sus pasajeros, ése era el del ferri; lo que, en cambio, no podía interesarle menos eran las teorías del cartero. En general, no interesaban a nadie.

Pero tampoco había nadie que hubiese visto a Haarder como lo había visto él, allí en la barrera. Ese hombre ocultaba algo. ¿Por qué mostrarse, si no, tan amenazante?

Lo que más le molestaba de todo aquello era que, en contra de lo esperado, no tenía montones de noticias que contar en la fonda. Bueno, algo sí.

M Inventions for Life.

Pero eso no bastaba para que le tomaran en serio. Ni siquiera para que le escucharan. Siempre decían a media voz que dejara en paz a Haarder con su pena. Y que no estaba prohibido ser un poco raro.

Mierda.

M

Jens esperó a que el cartero se perdiese de vista. Luego observó la carta y el gran paquete que se balanceaba sobre el tocón.

Empezó por la carta. Era un sobre marrón acolchado. Dentro había otro sobre blanco normal y corriente con el dinero. Así había sido siempre. Sacó el sobre blanco y lo abrió. Todo era como de costumbre, salvo que en esta ocasión se trataba de un envío certificado.

Y salvo que había una hoja doblada junto al sobre de dentro.

Sacó el papel lentamente y de inmediato advirtió que era grueso y con pequeñas estrías. Cuando lo puso a la luz, adquirió un color marfil, y cuando lo desdobló, le vio la marca de agua.

Era papel de cartas de una empresa. Y no había sólo una hoja; había dos, grapadas.

La letra era de su hermano.

Querido Jens:

Desde luego, ha pasado mucho tiempo y la culpa es sólo mía. Por esa misma razón me cuesta escribir esta carta, aunque espero que la leas con el corazón.

También espero que no te haya parecido mal que os enviara dinero todos los meses. Lo he enviado en metálico porque he pensado que así sería más fácil para vosotros y más discreto. No quiero causar problemas; más de los que ya causé cuando hui de todo. No sé si podrás perdonármelo algún día, espero que sí.

Estoy seguro de que te va estupendamente con el negocio y de que nunca os han hecho falta mis aportaciones, pero creía que era lo menos que podía hacer después de eludir de esa forma mi responsabilidad. Reconozco sin rodeos que también lo hice por mí. Sí, en un intento de subsanarlo y lavar mi conciencia. Esto último no acabo de conseguirlo.

No he podido perdonarme haberos dejado en la estacada, pero tenía que irme, es así de simple. Como estoy seguro de que ya advertiste entonces, mi sitio no estaba en La Cabeza. Me moría de ganas de salir de allí y sentía que me asfixiaban todas las obligaciones, las responsabilidades y, sobre todo, las esperanzas que mamá tenía depositadas en mí. La situación me hacía sentir claustrofobia. Vivíamos muy aislados y había un millón de cosas que quería hacer. Quería ir a la ciudad, ¡quería ser inventor! A ti te bastaba con los árboles.

Además, te habías vuelto muy callado, Jens. No podía reprochártelo —¡jamás te lo reprocharé! —, porque sabía que lo de papá había supuesto un golpe durísimo para ti. Aun así, por dentro estaba furioso, porque me hacía mucha falta hablar contigo. En cierto modo te echaba de menos, ¡y eso que estábamos todo el día juntos! No podía soportarlo.

Un día me puse a charlar con un veraneante de Armslev. Era un ingeniero del continente y estaba entusiasmado con mis ideas. Cuando desaparecía tanto tiempo, era porque me iba a verle.

Me ofreció un empleo en su compañía; al principio lo rechacé porque no me parecía bien dejaros, pero un día os dejé de todas formas. Llevaba siempre su tarjeta de visita en el bolsillo, aunque no me atrevía a enseñártela.

Me dio un trabajo estupendo y encima con un buen sueldo desde el principio. Con el tiempo monté mi propia empresa. Hacíamos un montón de artículos de metal y acero, sobre todo archivadores y esas cosas. Pero mi mayor éxito —agárrate— ¡fueron las patas mecánicas para árboles de Navidad! De hecho, gané con ellas tanto dinero que me fui a Austria y abrí allí una sucursal.

Durante todo este tiempo, he hecho que una empleada de confianza enviase el dinero a La Cabeza todos los meses. Hasta donde yo sé, ha cumplido fielmente mi encargo. Ahora que he vuelto ¡me he prometido en matrimonio con esa empleada de confianza! Vivimos en un bonito apartamento de la ciudad, pero ya estamos pensando en mudarnos. Y crear una familia. Gracias a Dios, mi prometida es un poco más joven que yo.

He de confesar que he terminado echando mucho de menos a mi familia, a mamá y a ti. Pienso mucho en vosotros. Ha sido condenadamente difícil ponerse en contacto contigo.

Una vez me armé de valor y llamé a la fonda de Korsted. Creo que hablé con el nuevo propietario (si, por lo visto, Oluf ya no está), o si no sería un huésped. ¡El caso es que los pillé en plena comida de Año Nuevo! No dije quién era y sólo pregunté discretamente. Sé cómo le gusta a la gente darle a la lengua y, como ya te he dicho, no quería causaros problemas. Así fue como supe que Else ya no vivía en La Cabeza, pero que había ido a visitarte por Navidad y al parecer ya había vuelto a su casa.

Al cabo de algún tiempo, resultó que coincidí en una cena con una señora que se quedó de una pieza al oír mi apellido. ¡Me dijo que conocía a una tal Else Haarder! Mamá había pasado una temporada en casa de una amiga suya, ella creía que eran primas. Por desgracia, la amiga había sufrido graves daños cerebrales después de un accidente de tráfico y la señora no supo decirme dónde vivía mamá, sólo que ya no seguía en esa dirección.

Pero tú ya sabrás todo esto y también debes de saber dónde encontrarla. ¿Volvió contigo? Siempre se te dio bien lidiar con ella y con esa manía suya de controlarlo todo. Te admiro por ello.

Bueno, pero lo mejor de aquella llamada a la fonda fue que me enteré de que tú sigues viviendo en La Cabeza... ¡con tu mujer y vuestra hija! No te imaginas cómo me alegra saber que estás casado y tienes descendencia, Jens. Espero de todo corazón que seas muy feliz.

A mí me encantaría ser padre. La idea de fundar una familia se me ocurrió un poco tarde, estaba muy atareado inventando cosas ingeniosas y fabricándolas. A veces me gustaría haber sentido el mismo amor por la naturaleza que teníais papá y tú. Había algo sano en él, en vosotros. Algo más auténtico. Ahora echo en falta el tacto de la madera y, sobre todo, el fresco aroma del bosque y del mar. Tanto que estoy pensando en instalarme en la isla; si no en La Cabeza, por lo menos en la grande. ¿A ti qué te parecería?

Para empezar, me encantaría ir a haceros una visita a ti y a tu familia. Retomar la relación, si a ti también te apetece. ¿Qué me dices? ¿Me escribirás? O llámame, si tienes ocasión (te anoto abajo la dirección de mi casa y mi número de teléfono).

Con cariño,

tu hermano que te quiere,

Mogens

P. D.: Estoy seguro de que tienes los árboles de Navidad más bonitos de todo el país. Y, aunque evidentemente preferirás la madera antes que el metal y el plástico, creo que deberías probar las patas que son el pilar más firme de mi empresa. Por eso me he permitido enviarte unas junto con esta carta.

Jens dobló la carta y volvió a doblarla una vez más antes de guardársela en el bolsillo interior. El sobre con el dinero se lo metió en el bolsillo delantero del abrigo. Contempló por un momento el paquete inmanejable que había sobre el tocón. Luego levantó todas sus bolsas y continuó por la izquierda de la barrera.

El hombre en La Cabeza

Seguí desde el bosque al hombre cuando dejó al perro. Estuvo a punto de verme. Al menos se pasó un buen rato mirando hacia donde yo estaba. Pero yo me quedé quieta como una estatua, que se me da muy bien, y al final siguió andando. Dio la vuelta por el lado del cuarto blanco. Me extrañó tanto ver que daba ese rodeo en vez de ir por el camino que me pregunté si sabría lo de las trampas, pero era imposible.

Creo que tuvo suerte, eso es todo.

Y yo tuve miedo. Porque no se me ocurría qué podía querer. Papá aún no había vuelto, mamá estaba arriba, en su dormitorio, y no podía hacer nada. Y el hombre había visto el perro y la trampa y se había llevado la flecha. ¡Iba con ella en la mano! Me daba miedo que hubiese venido a buscarme. Pero ¿cómo iba a saber que yo estaba ahí? No me había visto. Además, yo estaba muerta.

Cuando llegó al patio, se quedó un buen rato quieto, dándome la espalda. Estoy segura de que miraba todas las cosas. No estaría acostumbrado a ver tantas juntas en el mismo sitio, a menos, claro, que él también bajase de vez en cuando al vertedero.

Me habría encantado saber qué quería. Me habría encantado que papá volviera y al mismo tiempo me daba miedo que lo hiciese. Lo que me habría encantado por encima de todo era que el hombre se fuese, creo. Pero sin caer en ninguna trampa. Y sin encontrarse con papá.

Se quedó al final del patio, de espaldas al bosque, sin hacer nada. Pensé que tarde o temprano iría a la casa y contuve el aliento; ¿y si pasaba por delante de la cosechadora?

Para ir del cuarto blanco a la casa, había que evitar el camino más lógico, que era el que pasaba por delante de la cosechadora roja. Primero había que dar un rodeo alrededor del cosistorio, o sea, ir serpenteando por delante del establo, volver al taller y acordarse de girar a la derecha al llegar a la cocina vieja, y luego recorrer el último trecho hasta la puerta principal. Yo me

acordaba todas las veces; sobre todo me acordaba de los ojos de papá al decírmelo.

No sabía exactamente qué pasaba con la cocina vieja, pero tenía la sensación de que lo mismo se caería de aquellos bloques tan altos en los que estaba apoyada si alguien pasaba por el otro lado.

Papá me había hecho jurar que jamás me equivocaría de camino. Me dijo que yo era la persona en la que más confiaba de este mundo. Yo me puse muy contenta y también un poco triste. No sé muy bien por qué.

El hombre no pasó por delante de la cosechadora. Para mí que oyó algo en el establo, porque de repente miró hacia allí. Después volvió a la parte de atrás del patio y fue a la puerta del establo. Se quedó allí sin moverse mucho rato.

Entonces me pregunté si debía dispararle.

No me habría costado mucho dar en el blanco, estaba allí muy quieto con la boca abierta. Sobre todo, si me acercaba un poquito sin hacer ruido y me arrodillaba, así siempre le acertaba a todo cuando apuntaba. Ya era casi tan buena como Robin Hood.

Pero ¿habría disparado Robin Hood a un hombre por la espalda?

Y ¿qué diría mamá si le disparaba a alguien?

Y ¿qué diría papá si no le disparaba teniendo ocasión de hacerlo? Algo me decía que papá habría disparado.

Seguramente, me harían falta varias flechas y al final tendría que darle un buen mamporro en la cabeza. No sabía cómo sería con un hombre como ése en vez de con un animal o con una abuela; ¿y si fallaba por la falta de costumbre de disparar contra personas? Apreté el arco con fuerza.

Para entonces ya era tarde, porque el hombre dio la vuelta alrededor del establo. ¿Qué se le habría perdido en el sembrado? Por allí no iba nadie más que nosotros, y ya, ni eso. ¿Pensaría llevarse las gallinas? No estaba muy segura de si nos quedaba alguna. Ocas ya no había ni una.

Lo seguí. No me quedó más remedio que apartarme del bosque, pero salí como un rayo de mi escondrijo entre los árboles y encontré otro detrás del montón donde estaba la bici amarilla. Desde allí le vi caminar junto al sembrado hacia la parte de atrás de la casa. En esa zona no había trampas. ¿Y si al final resultaba que lo sabía?

Si le seguía hasta la parte de atrás del establo podía verme, así que decidí que era mejor ir por una ruta más segura a través del patio. Allí siempre encontraría cosas detrás de las que esconderme. Se me daba bien moverme deprisa y sin hacer ruido incluso a rastras.

Cuando me deslicé por detrás de la bañera que había en la esquina del establo, él estaba llamando a la puerta de atrás de la casa. Lo oía, y también alcancé a verle cuando retrocedió unos pasos. Estaba buscando algo. ¿La llave? Enseguida le oí abrir y vi que salía corriendo un conejo.

Esperé.

Salieron dos conejos más.

Luego le oí gritar. «Hola», gritaba.

Después se movió un poco la ventana de la cocina. Dentro estaba muy oscuro, así que no vi nada por el cristal.

¿Y si encontraba a mamá?

De no haber sido por la idea de que mamá estaba arriba, en el dormitorio, habría ido a esconderme al contenedor. Pero estaba como paralizada, allí detrás de la bañera, con los ojos clavados en la ventana a oscuras de mamá.

De repente, se oyó un estruendo en el interior de la casa y alguien empezó a gritar. No podía ser mamá. Era el hombre el que gritaba.

No, chillaba.

Yo creo que no pensé. Me quedé allí muy quieta, sin poder moverme. A lo mejor a mis lágrimas les ocurría lo mismo, porque aunque quería llorar, no podía. Mis lágrimas no salían. Tampoco salía Carl. No venía. Y no venía papá.

Y el hombre seguía en casa con mamá.

No tardaría en volver a salir por la puerta de atrás. No tenía ni idea de qué hacer cuando eso ocurriese.

Al cabo de un rato —yo no sé cuánto, porque me pareció a la vez un minuto y una hora—, se abrió la puerta principal. Me llevé un buen susto, porque no me esperaba verlo aparecer por allí. Tuve que girar un poco para tener mejor vista. Con el tiempo he llegado a preguntarme si no lo haría a propósito. Moverme.

El caso es que fue ahí cuando me descubrió. No se me olvidará en la vida. «¡Eh, tú!», gritó. Era la primera vez en muchísimo tiempo que me hablaba alguien que no fuese papá.

A lo mejor debería haber cogido corriendo una flecha y apuntado con el arco desde detrás de la bañera. Podría haberle acertado en el corazón, de eso estoy segura. Estaba subido al escalón de la entrada, habría sido muy fácil.

Pero la verdad era que no me apetecía. Cuando el corazón te late con tanta fuerza que hasta lo oyes, no te apetece apuntarle a nada. Y mucho menos a otro corazón.

Por eso preferí hacer otra cosa, preferí escapar.

Elegí una ruta segura pegada al establo y luego dando un rodeo hacia la derecha en dirección al punto por donde antes había salido del bosque. Nunca me atraparía en la espesura y yo le llevaba ventaja. Pero, aunque sabía que no iba a atraparme, era extraño, tenía dudas. No corrí todo lo que pude.

Sentía que mi corazón daba todos esos golpes porque quería salir de mi pecho y marcharse. Y a la vez era como si alguien lo golpease desde fuera. Como si alguien intentase devolverlo a su lugar. ¿O devolverme a mí al mío? A lo mejor era Carl.

Cuando ya había avanzado un buen trecho hacia el bosque, me paré a mirar al hombre. Venía hacia mí y al parecer seguía el camino seguro que rodeaba el montón donde estaba la cocina. Me gritó algo, pero no oí qué decía.

Sólo podía pensar que venía directo hacia mí y no tardaría en llegar a la cosechadora.

Yo quería correr, pero no podía.

Un segundo después vi que algo derribaba al hombre y lo lanzaba por los aires con una sacudida tremenda. El pobre se quedó colgando al pie de la cosechadora roja.

Cabeza abajo.

«Como en el bosque de Sherwood», pensé.

Tenía un pie atrapado en un lazo. Con el otro pataleaba como un loco y también agitaba los brazos como si intentase tocar el suelo. No llegaba por los pelos. La correa de perro que llevaba por los hombros salió volando y cayó a sus pies mientras él se retorció al final de su propia cuerda.

Parecía un pez.

—¡Bájame de aquí! —gritó.

Yo no sabía qué hacer.

Me quedé allí esperando mucho rato. Él seguía gritando y yo seguía de pie. Quieta como un muerto. Se me daba bien.

Con el tiempo, fue dejando de moverse y la rabia se le borró de la voz. Al final se quedó allí colgado, dando vueltas lentamente, como el violín encima de la estufa. Y como el árbol de Navidad del techo cuando se le daba un empujoncito.

Siguió hablándome y yo seguí sin contestarle.

—Anda, ¿por qué no me ayudas a bajar de aquí?

...

—No voy a hacerte nada, sólo quiero hablar contigo.

...

—No puedes dejarme aquí colgando.

Decía cosas así.

No me moví ni un milímetro.

—He estado hablando con la señora del dormitorio. ¿Sois familia? Me ha pedido que os ayude.

Ahí creo que sí, que me moví un poquitín.

—¿Que nos ayudes? —dije por fin.

Me di cuenta de que no me estaba oyendo, así que me acerqué un poco.

—¿Que nos ayudes? —volví a preguntar.

Él contestó que sí con la cabeza, cosa que así, patas arriba y girando despacito, era bastante graciosa. Ahora giraba en sentido contrario.

Cuando volvió a tener la cara mirando hacia mí, preguntó con los ojos ligeramente entornados:

—¿Eres una niña?

Asentí.

—¿Has sido tú la que ha disparado a la perra? —preguntó luego.

Yo sentí un nudo enorme en la garganta. Intenté decir que sí y que no con la cabeza al mismo tiempo.

—Sí, pero yo no le he...

En ese momento vi que papá estaba llegando al patio. Miró hacia aquí. Luego dejó todas las bolsas que llevaba y se acercó lentamente por el camino seguro que iba por el taller. Veía su cabeza avanzar por encima de los montones, y de vez en cuando también veía su cuerpo. No dejaba de mirar hacia aquí, pero yo no sabía si me miraba a mí.

Había un hombre que colgaba boca abajo entre nosotros. A lo mejor lo miraba a él.

Papá quería que hiciese sitio en el cuarto blanco. Tenía que encargarme de que hubiera espacio para llegar a la cama donde solía dormir y donde murió la abuela. Él ya había apartado las cosas que más pesaban.

Hice lo que me pedía sin saber por qué lo hacía. Pero tenía miedo. Miedo de lo que iba a pasarle al hombre y miedo de lo que iba a pasarnos a nosotros.

Acababa de echar a un lado la última bolsa que cortaba el paso cuando apareció en la puerta el hombre. El cuarto estaba medio a oscuras y el sol del mediodía le daba en la espalda, así que al principio no lo vi muy bien. Pero sabía que era él porque era más grandote que papá; y cuando dio un paso

adelante, vi también que llevaba algo alrededor de la cara. Parecía una salchicha muy grande de tela que tenía incrustada en la boca.

Dijo algo.

Yo no dije ni mu.

Entonces me di cuenta de que detrás de él estaba papá. Le pidió que se tumbase en la cama. Yo pegué la espalda contra una caja cuando se acercó. Él me miró y yo miré hacia otro lado.

Cuando giró para ir hacia la cama, vi que llevaba las manos atadas a la espalda. También vi el cuchillo en la mano de papá. Era el mismo cuchillo con el que aquel día había cortado a mi hermanita.

Algo dentro de mí deseaba que el hombre tuviese ojos de malo. Pero sus ojos no eran de malo, ni en ese momento ni antes, cuando colgaba debajo de la cosechadora. Yo no podía dejar de pensar en el perro y en la trampa, y en que el hombre había llorado al ver a su perro. Y los ojos de malo no lloran, ¿verdad que no?

Papá lo ató a las cuatro esquinas de la cama. Como el hombre tenía un poco levantada una pernera, le vi una raya roja que le rodeaba el tobillo justo por encima del calcetín. Era bastante profunda y además sangraba un poco. Al verla, se me encogió el estómago. Debía de haberle dolido mucho quedarse colgando debajo de la cosechadora. Aún tenía que dolerle.

De repente, comprendí que a todos los conejos de las trampas también tenía que haberles dolido si al final la oscuridad no se había llevado el dolor. Había soltado muchos cuellos de conejos muertos y había visto que la cuerda siempre se clavaba y atravesaba la piel y la carne. ¿Y si no se habían muerto en el acto? ¿Y si habían sentido la cuerda hundirse más y más hondo y la oscuridad nunca había atrapado su dolor?

Vigilé con disimulo los ojos del hombre. Cuando miraba a papá, parecía asustado. Cuando me miraba a mí, se parecía al perro pidiendo ayuda.

Papá se volvió hacia mí.

—Quédate aquí a vigilarlo, Liv. Pero a distancia. Si intenta soltarse, ven a buscarme. —Fue hacia la puerta—. Vamos a necesitarle más adelante.

—¿Adónde vas? —pregunté aterrorizada. No quería quedarme sola con el hombre. No contaba del todo que Carl también estuviese. A ratos.

Papá contestó:

—Tengo que hacer una cosa en el taller. Dejaré abierta esta puerta.

—¿Puedo subir a ver a mamá?

—¡No! Te necesito aquí abajo. A tu madre le hace falta estar a solas.

Y se fue.

¿Cómo podía hacerle falta a alguien estar a solas?

Me quedé vigilando al hombre desde la puerta. Llevaba mi puñal en el cinturón. Tenía el arco y el carcaj listos afuera. Los había dejado al lado del hornillo antes de sacar las cosas del cuarto.

El hombre estaba tumbado sin hacer nada.

Al principio intentó decirme algo a través de la salchicha de trapo, pero como no conseguía hacer más que unos ruidos muy raros que yo no entendía, al final paró. Por un momento pensé que habría estado bien que pudiese escribirme. Pero entonces habría tenido que soltarle una mano, y yo no sabía si era diestro o zurdo. Y no me atrevía a soltarle las dos.

Yo era zurda, lo habíamos descubierto mamá y yo. Ella era diestra, pero decía que las dos cosas estaban igual de bien. Para demostrarlo, a veces escribía con la izquierda, siempre en mayúsculas. A lo mejor el hombre también sabía escribir con las dos manos y daba lo mismo cuál le desatara. Sólo que entonces tendría que ir a buscar papel y boli, y todo estaba arriba, en el cuarto de mamá. Y me habían prohibido subir. Además, seguro que papá no quería que soltase nada.

Yo sabía muy bien que no debía. Pero había llegado Carl y él sí quería.

Insistía.

De pronto, me eché a llorar. El hombre se quedó mirándome y dijo algo. Empezó a agitar los dedos de la mano derecha.

Yo los miré fijamente y empecé a llorar aún más fuerte.

Luego me fui al taller.

Papá también lloraba.

Se había sentado al borde del enorme ataúd y a su alrededor estaban todas las bolsas de plástico que había traído a casa. De una de ellas había salido rodando un rollo de venda. Los bidones de aceite estaban debajo del banco de carpintero y detrás de ellos había tres sacos de sal.

No chillaba ni moqueaba. Lloraba tan en silencio como solía llorar yo. Las lágrimas le caían por la barba y pensé que iba a acabar siendo una barba muy mojada y muy pesada.

Cuando me vio, me tendió la mano. Tenía ojos de bueno. Los ojos malos no lloran.

Me fui acercando despacio. Al final llegué tan cerca que me agarró por el brazo. Tiró de mí hacia su cuerpo y me pasó un brazo por los hombros. Yo me quedé entre sus piernas de medio lado; su enorme barba mojada me hacía cosquillas en el cuello.

Llorábamos los dos. No estoy del todo segura de por qué lloraba yo, a lo mejor sobre todo porque no estaba del todo segura de por qué lloraba él.

Sentía el agradable calor de su mano a través del jersey. Hacía mucho que no me tenía abrazada así. Igual lloraba por eso. O igual por el ataúd.

—No tenemos más remedio —me susurró de repente.

Yo me quedé muy quieta detrás de su mano.

—Debo ayudar a tu madre, Liv.

No dije nada.

—Tú quieres que ella esté bien, ¿verdad?

Asentí y miré al frente. Por encima del banco. Vi los sacos de sal y los bidones de aceite.

—Y queremos que se quede aquí con nosotros, ¿verdad, Liv?

Volví a asentir. Titubeando. Me moría de ganas de que mamá se quedase, pero esta vez no estaba segura de querer asentir.

—Tengo miedo de perderla si no hacemos algo ya. Y nadie más puede.

—¿Ayudarla? —pregunté.

—Sí. Ayudarla.

—Pero ¿y ese hombre?

—Él no la puede ayudar. Pero puede ayudarnos a nosotros a ayudarla a ella.

No lo entendí.

Me di cuenta de que había dejado de llorar. Sentía el cuello atascado por dentro. Y mojado por fuera..., donde me había rozado con la barba.

—Pero ¿cómo...?

Tardó un rato en contestarme.

—Aún no ha... encogido bastante... para pasar por la puerta, creo. Es mejor que lo hagamos allí arriba. Así estará con sus libros. Suena bien, ¿eh?

No asentí.

—¿Para dejarla seca? —pregunté con un hilo de voz sin perder de vista los sacos.

—Sí.

—¿Y más pequeña?

—Exactamente.

—Unas semanas. Hasta que puedas...

—Sí. Vas a tener que ayudarme a limpiar resina. Y habrá que sacar los tarros grandes que nos llevamos del cobertizo del farmacéutico. Creo que están en el cosistorio. Pero hay tiempo de sobra, Liv. Hay muchísimo tiempo. Primero hay que darle un baño, un baño de sal.

—¿Y el hombre?

—Me ayudará a subir la bañera dentro de un rato. Yo solo no puedo, y, aunque tú ya eres muy fuerte, no es suficiente. Así que, en realidad, ha sido una suerte que apareciera. No sabía cómo iba a...

Luego ya no dijo más.

—Pero y el hombre ¿qué? ¿Después? ¿Se marchará?

Papá dudó un poco.

—Sí, se marchará. —La voz le sonaba rara.

—Pues tendrá que ir con cuidado de no caer en las trampas que hay en el camino —dijo.

—Sí.

—A lo mejor le puedo enseñar dónde están.

—Sí... Muy bien.

Me di cuenta de que quería decirme algo más.

—¿Tú sabes a qué ha venido, Liv?

—Sí, a buscar a su perro..., abajo...

De repente, sentí un nudo en la garganta. Tenía que preguntarle algo a papá. Algo acerca de un perro y una trampa que se le había clavado en una pata y le había hecho chillar y aullar. Algo acerca de una trampa con unos dientes horribles.

No pude.

Me eché a llorar otra vez.

—¿Y estaba solo?

Asentí. Las lágrimas me salían como dos pequeñas cataratas que caían sin parar.

Papá me abrazó bien fuerte.

—No te pongas triste. Mamá no va a notar nada. Voy a darle unas pastillas que tengo. Le quitarán todos los dolores de una sola vez. Todo va a ser muy rápido y se va a sentir muy bien. Yo creo que le hace falta.

También había dicho que le hacía falta estar sola.

A mí no me apetecía que mamá estuviese sola. A mí me apetecía estar con mamá.

—Pero ¿entonces luego estará sola del todo?

—No, cuando ya esté lista estará con nosotros aquí abajo. Sin llorar ni estar enferma y tener hambre, sin que nunca le vuelva a doler nada. Podrás seguir leyéndole libros en voz alta y, ¿sabes una cosa, Liv...?

Me acarició el pelo.

—... podrá oírte, porque tendrá corazón.

Luego metió la mano en el ataúd y sacó algo.

—¡Y podremos verla!

Me quedé mirando el dibujo más bonito que había en el mundo. Me quedé mirando a mamá. Sonreía.

Papá se levantó y yo me aparté un poco. No sabía qué hacer. No podía llorar. Carl iba y venía.

De pronto, papá parecía más inmenso que nunca.

Él había hecho el dibujo.

Y él había hecho la trampa.

Y ahora íbamos a matar a mamá.

—Vamos, Liv —dijo, y yo fui sin querer ir.

Primero pasamos por el cuarto blanco para ver al hombre. Estaba muy quieto con las piernas y los brazos separados y la boca tapada. Tenía las muñecas y los tobillos bien atados con cuerda a las cuatro esquinas de la cama. Cuando entró papá, levantó un poco la cabeza para mirarlo.

Papá se limitó a echarle un vistazo antes de sacarme de allí otra vez. Cerró la puerta al salir.

—Espera aquí y monta guardia, Liv. No puede soltarse, pero tú haz guardia de todas formas y, si hace falta, usa tu arco. Yo voy a casa a apartar unas cuantas cosas para que podamos pasar con la bañera.

—Yo quiero hablar con mamá —susurré a través de un incipiente llanto.

Papá se agachó y me miró fijamente. Tenía su cara tan cerca de la mía que por un momento sentí su barba y la visera de su gorra.

Veía sus ojos justo enfrente de los míos como duras piedras negras. Ya no lloraban. Ni siquiera estaban brillantes. No eran los ojos de papá. Eran dos piedras.

—¡No! —exclamó—. Tú te quedas aquí. Enseguida estoy de vuelta.

No sé cuánto tardó. Lo único que sé es que el sol llegó hasta la chimenea de casa. No había una sola nube. Había un cielo enorme, azul.

Las crisálidas

El resplandor de la vela no iluminaba los ojos de Jens cuando le mostró el frasco de píldoras. En la otra mano llevaba un vaso de agua.

Maria sólo podía verle las manos. Le temblaban.

Asintió y abrió la boca lentamente. Se le habían agrietado los labios. Estaba sedienta, agotada.

Por un instante, sintió su beso en la frente.

Estremecido como una mariposa.

Él se apartó y volvió a sumirse en la oscuridad. Ella oyó sus pasos por las escaleras. El sonido de algo pesado que estaban arrastrando en el piso de abajo. Los jadeos de Jens.

Que tal vez fuesen sollozos.

Echó mano del cuaderno que tenía junto al muslo.

Y de sus últimas fuerzas.

CREO QUE YA ESTÁ LIV

Prisionero

La tela le cortaba las comisuras de los labios, y Roald se veía obligado a respirar hondo por la nariz de vez en cuando para mantener a raya las náuseas. El hecho de que el aire de la habitación fuese asfixiante ya de por sí no ayudaba demasiado. Tenía que concentrarse. Tenía que ignorar el olor y valorar el oxígeno que había a pesar de todo. Si no lograba centrarse, el miedo a morir ahogado acabaría dominándolo. Si vomitaba, sería el fin. Si el resfriado del que acababa de librarse volvía a hacerse con él y le congestionaba la nariz, también sería el fin. ¿Y si estornudaba? ¿Se podía estornudar con una mordaza hundida hasta el paladar? ¿Y si el estornudo le explotaba en la garganta y lo ahogaba? Tenía que concentrarse en el oxígeno. Porque sí, había oxígeno en el aire y el aire le pasaba por la nariz. Respiró hondo y trató de bajar las pulsaciones. Y trató de pensar.

FALTA AYUDA LOS 3, había escrito Maria Haarder.

No, si ya.

A Roald le preocupaban ella y la niña, pero en esos momentos sobre todo Haarder. ¿Hasta dónde habría llegado? ¿Sería capaz de matar?

Y ¿qué habría querido decir con eso de «vamos a necesitarle más adelante». Por una parte, le daba cierta esperanza: no iba a despacharle, al menos no de inmediato. Pero por otra... ¿Necesitarle, a él?

¿Para qué?

Pensó en los vecinos de Korsted. ¿Había alguien que supiera que iba a ir a La Cabeza? No, no se lo había dicho a nadie. ¿Por qué demonios no había avisado, no había hablado con el agente, no le había dejado una nota al cocinero?

Y si no volvía ese día, ¿qué? ¿Cuándo se darían cuenta? Tarde o temprano, Lars, el de Mechacorta, empezaría a preguntarse qué había hecho con su perra. Llamaría a la fonda por la noche. Tal vez incluso se dejase caer por allí, si se sentía con ganas. Pero, probablemente, muchas ganas no tendría y su explosiva mujer encontraría otras tareas que encomendarle. Lo dejaría

para el día siguiente. Entonces hablaría con el cocinero, que ya estaría de vuelta y se preguntaría dónde se había metido Roald.

Y entonces, sí, entonces, irían a ver al policía. Sólo entonces. Al día siguiente. Y no muy temprano. Una reacción más rápida habría parecido histeria.

Se concentró en respirar. ¡Haarder tenía que soltarle, joder! Aquella locura debía tener un límite.

En cualquier caso, ayuda necesitaban. ¡Los tres! Decidió mostrarse lo más colaborador posible. Les haría entender que no pretendía hacerles ningún daño. Que él no era una amenaza.

Todo iba a salir bien.

Y entonces, y sólo entonces, lo comprendió.

En medio de todo el barullo, el miedo y la confusión del niño que era una niña, no se había detenido a pensarlo bien: Liv, la había llamado Haarder. *Liv Haarder*. Era la hija que habían declarado muerta.

Y ahora su padre sabía que le habían descubierto.

En ese momento apareció en la puerta Jens Haarder. A Roald le volvió a subir el pulso. ¿Necesitarle para qué? Y después ¿qué?

—Voy a soltarte —anunció el carpintero al tiempo que se agachaba junto a una de las esquinas de la cama.

Roald sintió una oleada de dolor cuando la cuerda que le rodeaba el tobillo, maltrecho a raíz del encuentro con la cosechadora, se ciñó aún más. Luego se aflojó y él notó que la sangre volvía a circularle por el pie. Lo movió con cuidado para evitar los calambres. No tardó en tener libre también el otro pie.

Antes de soltarle las manos, Haarder sacó su cuchillo y se lo mostró.

—Ni se te ocurra intentar nada —le advirtió antes de dejar el cuchillo en la cama, fuera del alcance de su prisionero.

A Roald no se le había pasado por la cabeza intentar nada.

Aunque Haarder le hablaba con voz fría, podía sentir el calor que despedía el cuerpo del carpintero y ver las gotas de sudor que le perlaban la frente. Su mirada también era fría y distante, y aun así tenía los ojos hinchados y enrojecidos... ¿como si hubiese llorado?

De repente, apareció en la puerta la niña. Roald reparó en la punta del carcaj que le asomaba por detrás del hombro y en el enorme arco que llevaba en la mano. Su padre se volvió a medias para mirarla antes de dirigirse de nuevo al prisionero.

—Mi hija es una arquera formidable. No te equivoques. Le he dado órdenes de dispararte al menor intento por tu parte. Y puedes estar seguro de que dará en el blanco.

Roald estaba convencido. Aunque por fin tenía libres todas las extremidades, se quedó tumbado. Aún no podía hablar a causa de la mordaza. ¿Sería aventurado por su parte quitársela ahora que podía usar las manos?

Tenía delante a Haarder con el cuchillo.

Se señaló con precaución hacia la boca y el pañuelo, o lo que fuera que llevara mordiendo tanto rato. Sabía y olía a una mezcla de lana y establo de vacas. Haarder no parecía muy seguro de si permitírselo o no.

El otro intentó convencerlo con una tos entrecortada.

—¿No se lo vas a quitar, papá? —preguntó preocupada la niña desde la puerta.

Roald redobló sus toses de inmediato. Pero ahora se ahogaba de verdad. Sus manos cobraron vida propia y se aferraron a la tela en un intento de quitársela. Estaba demasiado apretada. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Haarder debió de comprender al mirarle la gravedad del asunto, porque a la velocidad del rayo le desató el nudo de la nuca. Después arrojó el pañuelo a un montón que había junto a la cama.

Roald pasó un buen rato tosiendo y boqueando en busca de aire antes de volver a respirar con más o menos normalidad.

—Gracias —dijo por fin.

—A partir de ahora harás todo lo que yo te diga, ¿estamos? —dijo Haarder con el cuchillo amenazadoramente cerca de su muñeca.

—Sí.

—Bien. Voy a necesitar todas tus fuerzas. Entre los dos tenemos que subir una bañera al primer piso de la casa.

—¿Una bañera? —Era lo último que había esperado oír.

—Sí, mi mujer va a darse un baño. ¡Vamos, levanta!

Lo llevaron a empujones siguiendo una ruta estudiada hasta la bañera donde Liv había intentado esconderse poco antes. Era de esas con patas.

Pero no era una bañera en la que apeteciese darse un baño. Tenía cercos y rayas oscuras de porquería pegados al esmalte y por el fondo deambulaba una babosa que flotaba en un mar seco de agujas de pino y abrazaderas. Jens Haarder utilizó su gorra raída para vaciarla con un par de movimientos briosos. Luego volvió a encasquetársela.

Aquel trasto pesaba como un demonio. Roald tuvo que colocarse delante y antes de llegar a los peldaños de la entrada principal ya iba sudando la gota

gorda. Comprendió por qué Haarder se había quitado el abrigo y lo había echado encima de un barril.

La arquera los seguía como una sombra. No cabía la menor duda de que conocía su cometido. No le perdía de vista. Para Roald era extraño verse amenazado por una pobre niña que, al mismo tiempo, constituía una amenaza muy real. Además, había visto de cerca una de las flechas que usaba. No eran ningún juguete.

Liv les abrió la puerta y luego recibió órdenes de esperarlos en el patio. Con el arco preparado.

Roald estaba convencido de que no conseguirían cruzar el recibidor y subir al primer piso con aquella bañera a cuestas, porque a pesar de que era el trayecto más transitable de la casa, no dejaba de ser un verdadero caos de toda clase de objetos. Sin embargo, una vez que se adentró en la oscuridad y el hedor, descubrió lo que había hecho sudar al carpintero un rato antes. Había apartado y redistribuido las cosas para abrir un paso más ancho. De hecho, ahora parecía factible subir una bañera al primer piso.

De manera que Haarder era capaz de poner un poco de orden cuando era necesario. Pero sólo para bañar a su pobre y descomunal mujer.

Le pareció completamente absurdo. Estaba moribunda. No necesitaba un baño. Necesitaba ayuda.

No fue fácil. No fue nada fácil. Roald jamás había cargado con nada que pesara tanto, pero al parecer sus músculos habían aceptado que no quedaba otra salida y habían encontrado fuerza en el miedo.

Lo más complicado era colocar la bañera en el ángulo justo para que pudiese entrar en el dormitorio, pero Haarder sabía exactamente cómo hacerlo. Con todos los cachivaches que había arrastrado hasta allí dentro, algo de experiencia tenía que tener con las puertas, claro.

Había despejado un espacio en paralelo a la cama, o al menos no había tantos trastos como antes. Ya no estaba el cubo, gracias a Dios, aunque el olor seguía siendo igual de nauseabundo.

Roald miró de reojo a aquella persona inmensa que continuaba en la cama, enterrada en sí misma y en sus cosas. La vela se agitaba en la mesilla y al principio le impidió intercambiar una mirada con ella. Lo que sí pudo ver fue que el edredón estaba colocado de otra manera. Casi parecía envuelta en él con mimo, como cuando se arropa a un niño pequeño.

Haarder le indicó fríamente cómo proceder. Había que colocar la bañera pegada a la cama. ¿Para qué? ¿Para meterla rodando? Roald intentó imaginar a aquella pobre gigante atascada en la bañera. ¿Cómo demonios iba a salir

después? Pero tenía la sensación de que no era el mejor momento para sacar a relucir sus preocupaciones.

Sobre todo, cuando logró mirar a hurtadillas el rostro de Maria y vio que estaba muerta.

Tenía que estar muerta. ¡Nadie se quedaba así, con los ojos como platos, la mirada fija y la boca entreabierta, si no estaba muerto!

Era como si sonriese un poquito.

Roald se apresuró a apartar la vista y sus ojos tropezaron con un frasco grande de pastillas que parecía muy vacío. ¿Habría sido ella misma o...?

—Una de las patas se ha enganchado con algo en tu esquina. Quítalo — oyó decir al otro lado de la bañera.

Acató la orden sin rechistar y se agachó junto al cabecero de la cama para liberar la pata de la bañera. Apartó un libro que había en el suelo junto a un cuadernito vacío con restos de hojas arrancadas en la espiral y luego tiró de una alfombra que colgaba de la cama y entorpecía el paso. Tuvo que tirar con todas sus fuerzas para extraerla de debajo del cuerpo de aquel ser empaquetado, lo que hizo que la mano izquierda de Maria asomara de repente por fuera del edredón. Al ver aquella mano abierta, se quedó helado. Dentro de uno de sus pliegues había quedado atrapado un bolígrafo.

Miró de reojo a Haarder, que se encontraba de espaldas junto a la puerta, y acercó dos dedos a la muñeca de Maria. No, no tenía pulso. Después volvió a meter con cuidado la mano debajo del edredón.

Y entonces lo descubrió. Había algo encajado entre el colchón y un lateral de la cama, donde antes estaba la alfombra. Parecía una carpeta verde de gomas. Volvió a echar un vistazo hacia la puerta. Haarder estaba muy atareado apartando una enorme caja de cartón que descansaba en peligroso equilibrio sobre otras que Roald había desplazado sin querer al pasar con la bañera.

Levantó la carpeta con cuidado. «Para Liv», ponía en la tapa con letra inglesa. La abrió un poquito y sólo un instante, aunque le bastó para ver que contenía cartas manuscritas y varios trozos de papel metidos sin ton ni son. Una hoja de cuaderno debía de haberse caído y continuaba enganchada entre el colchón y la cama. Le costaba descifrar lo que decía, pues estaba escrito con unas mayúsculas torpes amontonadas unas sobre otras.

No le dio tiempo a pensar por qué lo hacía: con un ademán veloz, colocó aquel papel con los demás y se escondió la carpeta debajo del jersey. El corazón le latía desbocado.

Permaneció unos segundos agachado intentando serenarse, antes de ponerse de pie y empujar la bañera hasta la cama, como se le había dicho. Haarder seguía de espaldas. Con el cuchillo metido por la parte de atrás del cinturón.

Si pudiera salir..., pero ¿cómo? Observó el cuerpo que yacía sobre la cama. Luego lo intentó.

—Creo que tu mujer trata de decir algo.

Haarder se volvió dando un respingo y miró a Maria; al cabo de unos segundos estaba a su cabecera.

Roald se hizo a un lado para dejarle pasar.

—Acaba de intentar decir algo —volvió a mentir.

Haarder le pasó a la muerta la mano por los cabellos y acercó el rostro al de ella.

—Amor mío —susurró—, ¿aún estás despierta?

En ese instante, Roald echó a correr. Salió disparado y pasó por delante de la bañera en dirección a la puerta. La caja que Haarder había tratado de recolocar seguía asomando bastante y Roald, echando mano de sus recién adquiridas fuerzas, la hizo caer detrás de él. La caja se estrelló contra el suelo con gran estrépito y algo quedó reducido a añicos. Una vez en el pasillo, derribó todo cuanto pudo para cortar el paso al carpintero. Unos marcos enormes tuvieron el detalle de atravesarse. Una lámpara de pie se vino abajo, arrastrando consigo varios rollos de tela. Un macetero cayó y rodó escaleras abajo con piezas de maquinaria, latas de conservas, bidones de gasolina y juguetes. Algo golpeó un saco reblandecido, que correspondió propagando un olor nauseabundo por todo el descansillo.

Roald llegó al pie de las escaleras y cruzó el recibidor a la carrera sin mirar atrás. Tiró con todas sus fuerzas de la pesada puerta principal igual que la última vez, aunque con un miedo nuevo. Un miedo mortal que lo perseguía estruendoso unido al olor, los ruidos y la oscuridad. En cuanto estuvo en el exterior, cerró dando un buen portazo.

La luz era abrumadora, aunque no cegadora. El sol caía a plomo en el patio desde el suroeste. Estaba de su parte. Y algo más adelante, en un rayo luminoso, había una arquera arrodillada apuntándole.

Bajó a toda velocidad los escalones de la entrada y corrió en dirección a la niña y el arco.

—¡Liv, no dispaes! —gritó—. Le prometí a tu madre que te ayudaría y tengo algo...

Al ver que la niña se levantaba y le señalaba, aminoró la marcha.

—¡Alto! —gritó la pequeña—. ¡Corre, por el otro lado, alrededor de la cocina!

Él reaccionó sin pensar, se detuvo en seco y retrocedió para tomar el otro camino, el que rodeaba el montón donde una cocina vieja coronaba los demás trastos. En ese mismo instante, la cocina se desplomó sobre el sendero con gran estrépito.

La niña arrojó el arco al suelo y se llevó las dos manos a la cabeza.

Con el corazón en la garganta, Roald echó a correr hacia ella. Pobre criatura, eso era todo lo que podía pensar. Pobre criatura.

Cuando llegó junto a ella, la pequeña cayó de rodillas ante él. De repente, se dio cuenta de que Liv no le estaba mirando. Tenía los ojos clavados en algo que había detrás de él.

Inferno

Roald se dio la vuelta para ver qué estaba mirando Liv. No era, como por un instante había temido, Jens Haarder que salía por la puerta a la carrera con el cuchillo en ristre.

Era la casa de los Haarder, que se rendía.

Primero fue succionado el caballete del tejado, como si la casa intentase aspirar su último aliento. Después todo el edificio expiró con un suspiro ensordecedor y, devorado por las tinieblas, el polvo y la enfermedad, se vino abajo. Todo pareció replegarse en sí mismo salvo la puerta, que saltó por los aires por efecto de la presión y voló hasta el patio.

Roald retuvo a la pequeña con firmeza cuando, segundos después, las llamas despuntaron del primer piso.

Ante ellos sangraba la entrada.

Todo era rojo allí dentro. Ardía la oscuridad.

La niña lloraba en medio del ruido. Era un llanto silencioso pero desgarrador. Roald estaba agachado detrás de ella y rodeaba con los brazos aquel cuerpo sollozante y aquella cabeza erguida sobre dos hombros frágiles. Las suaves plumas de las flechas le hacían cosquillas en el cuello.

—Mamá —la oyó decir—. Y papá.

—Tu madre ya estaba muerta cuando hemos subido —le explicó con toda la dulzura de la que fue capaz—. Se había quedado dormida, no ha sentido nada. Y tu padre estaba con ella. Lo último que he visto es que la besaba.

En un fugaz ramalazo de sentido del deber, Roald se detuvo a preguntarse si había alguna posibilidad de salvar a Haarder y sacarlo con vida de la casa. Pero aquello era un auténtico infierno de humo y llamas. De allí no saldría nadie con vida.

—Ha sido todo muy rápido —dijo al fin—. Tu padre tampoco ha sentido nada.

—Menos mal —respondió la niña sollozando.

La hizo girar lentamente, aunque con decisión, y la puso en pie. Apoyó las manos en los hombros de la pequeña.

—¡Ahora tú y yo tenemos que irnos! —le dijo—. Yo cuidaré de ti, no te preocupes, pero ahora no tenemos más remedio que marcharnos. El fuego no tardará en arrasarlo con todo.

La niña asintió de nuevo y recogió su arco del suelo. Así, con el carcaj a la espalda y el arco en la mano, parecía un soldadito muy valiente.

Levantó la vista hacia él, que de repente no supo qué más decir. Los ojos que le observaban estaban llenos de lágrimas, pero tenían la mirada más intensa que había visto en toda su vida. Liv escrutaba su rostro en busca de algo. Roald no fue consciente de que él también lloraba hasta que notó que una lágrima le resbalaba por la mejilla.

De pronto, la pequeña pareció haber tomado una resolución, porque volvió a dejar el arco, se sacó con aire resuelto la correa del carcaj por encima de la cabeza y tiró sus municiones al lado del arma sin siquiera mirarlas. El soldadito parecía haber comprendido que ya no estaban en guerra.

—Bueno, pues vamos... —Roald se vio interrumpido de inmediato.

—Hay trampas, no puedes venir conmigo —dijo la niña con una determinación admirable en la vocecilla—. Vuelvo dentro de un minuto. ¡Quédate aquí!

Antes de que él alcanzase a protestar, el jersey marrón y naranja se perdió por sabía Dios qué ruta entre los montones. Pero iba hacia el establo.

Roald se volvió hacia la casa. Aún le quedaba algún tiempo, pero no mucho. El calor lo empujaba y hacía que le escocieran los ojos.

De repente, descubrió el abrigo de Haarder sobre un barril, en el montón más cercano. Lo cogió. Pesaba y era casi un andrajo, el ante estaba raído y por algunas zonas el forro colgaba en jirones. En uno de los grandes bolsillos delanteros había un grueso sobre marrón. Se lo guardó y revisó aprisa el resto del abrigo mientras buscaba a Liv con la mirada llena de preocupación.

En el bolsillo interior había una carta doblada.

Vaciló un momento. Siempre había respetado la correspondencia ajena y nunca había leído ni siquiera una postal que no fuese dirigida a él. Pero en esa situación...

La desdobló y empezó a leer.

Querido Jens:

Desde luego, ha pasado mucho tiempo y la culpa es sólo mía. Por esa misma razón me cuesta escribir...

Cuando al cabo de un instante Liv salió corriendo del establo, él se apresuró a volver a doblar la carta y guardársela en el bolsillo. Detrás de la niña vio al extenuado tordillo y varias sombras más pequeñas que desaparecieron rumbo al bosque.

—¡Vamos! —gritó la pequeña al pasar corriendo.

Roald dejó el abrigo de Haarder y la siguió por el patio entre los montones. Contempló la casa, desde la que aún no se había propagado el fuego, aunque era cuestión de minutos que los muros exteriores empezasen a arder y que las chispas prendiesen en los montones y en los otros edificios.

Era un incendio extraño. Dentro de la casa todo eran silbidos y borboteos que resonaban sobre el ronco estruendo de fondo. Mientras tanto, un humo denso y oscuro iba envolviendo el edificio, como si lo vigilara. Sin embargo, por encima del escenario pendía un cielo claro, azul y perfectamente impasible. Como si aquella tragedia no fuese con él, como si el humo no le interesara. Parecía haberse apartado un poco de todo y aguardar con paciencia a que llegase el momento de expandirse de nuevo.

—¡Quieto ahí! —volvió a gritar Liv, y Roald acató la orden como un soldado raso.

Comprendía que la niña había asumido el control. Él pretendiendo salvarla, cuando en realidad dependía de sus indicaciones y su buen juicio. Le lanzó una miradita de reojo a la cosechadora. Curiosamente, siempre le había parecido la menos aterradora de las máquinas agrícolas; solitaria por los campos, recordaba a un herbívoro bonachón de una época pasada. Ya no estaba muy seguro de poder volver a mirarla sin ver un monstruo.

De repente, vio que Liv entraba por una puerta del edificio de madera. Debía de ser el taller del que le habían hablado. La llamó aun a sabiendas de que ella no podía oírle. Tenían que irse de allí. ¡Demonios! No tendría más remedio que ir a sacarla.

Pero, de pronto, allí estaba otra vez.

—¡Lo tengo! —exclamó—. ¡Vamos!

Roald corría arrastrado por una correa invisible. La niña llevaba algo en la mano, un marquito, por lo visto, y otra cosa más pequeña que él no conseguía ver.

Corría hacia el camino, pero estaba a punto de pasar peligrosamente cerca de la esquina de la casa en llamas.

—¿No crees que deberíamos ir por el otro lado? —le preguntó preocupado. Pero fue tras ella. Y ella no respondió. Sólo le indicó por señas que continuara.

—¡Corre bien pegado al muro! —le gritó acercándose mucho a la pared del taller.

La imitó y fue tras ella con una mano en las tablas. Descubrió que aún iba armada. Un puñal se bamboleaba en una vaina de cuero que llevaba enganchada del cinturón y la golpeaba en la pierna.

A su derecha, al otro lado del camino, el fuego ya había prendido en uno de los árboles que crecían junto al muro de la casa. Las llamas salían por la ventanita de lo más alto como lenguas anaranjadas. Unas tejas se precipitaron al suelo y, de improvviso, una rama enorme se desplomó en medio del camino con una fuerza descomunal. Roald aulló de miedo cuando la rama de abeto le rozó el pecho. Debía de ser una trampa activada por el fuego o por alguna teja, y de no haber seguido las indicaciones de Liv, le habría aplastado. Se sentía como la presa de una cacería y no veía la hora de alejarse de aquel lugar.

También estuvo a punto de chillar de desesperación cuando vio que la niña, en lugar de seguir por el camino que los sacaba de allí, se detenía en el contenedor.

—¡Vuelvo enseguida! —gritó—. ¡Sujeta esto!

Le metió entre las manos un dibujito con un marco viejo. Y un reloj de arena. ¡Era un reloj de arena!

Luego echó a correr junto al contenedor y se encaramó a un par de cajas y una rueda de tractor hasta llegar a la última trampilla.

—¡Para, Liv! Ya está bien... ¡Tenemos que irnos!

Pero ella ya había desaparecido en el interior del contenedor después de abrir la trampilla con tanta facilidad como si llevara toda la vida haciéndolo. Roald, estupefacto, la siguió con la mirada antes de volverse hacia los edificios, lleno de preocupación.

Veía parte del patio entre el muro de la casa en llamas y el oscuro edificio de madera, al que el fuego todavía no había llegado. La vieja rueca de hilar que estaba apoyada debajo de la ventana de la cocina había cobrado una especie de nueva vida. La rueda giraba impulsada por la danza de las llamas que habían prendido a sus pies. El fuego también se había adueñado del montón donde antes estaba la cocina. De todas las ventanas del primer piso salían llamaradas.

Roald se dio cuenta de que estaba contemplando una casa donde unos padres se carbonizaban mientras él esperaba a que su hija saliese de entre la basura de un contenedor azul. Había perdido la noción de la realidad. Y del tiempo.

Estudió el dibujo enmarcado. Era el retrato de una mujer, una mujer muy hermosa. ¿Sería Maria? Era su boca. Le vino a la mente el retrato de *Mona Lisa*. El dibujo iba firmado con un discreto «Jens» en la esquina inferior de la derecha. Se guardó el retrato y el reloj de arena en uno de los amplios bolsillos del abrigo, luego sacó la carta del bolsillo bruscamente y la desdobló con rapidez. Sus ojos recorrieron las páginas distraídamente. Sólo en las últimas líneas logró prestarle atención al texto:

Para empezar, me encantaría ir a haceros una visita a ti y a tu familia. Retomar la relación, si a ti también te apetece. ¿Qué me dices? ¿Me escribirás? O llámame, si tienes ocasión (te anoto abajo la dirección de mi casa y mi número de teléfono).

Con cariño,
tu hermano que te quiere,

Mogens

Había una posdata que no había llegado a leer cuando la trampilla del contenedor se cerró con un golpe. Desde donde estaba pudo sentir cómo retumbaba el metal.

Dobló la carta y volvió a guardársela en el bolsillo mientras miraba a la niña que se acercaba. Llevaba un libro en una mano y un oso de peluche en la otra. ¡Un oso! Seguía siendo una niña, sólo una niña. Una pequeña valiente armada con un puñal y un osito. Y ahora él tenía que cuidarla.

Cuando llegó junto a él, Roald le tendió la mano, expectante. Ella se quedó observándola. Luego se metió el osito debajo del brazo izquierdo para tener una mano libre. Con ella agarró tímidamente la de Roald.

—¿Ya podemos irnos? —preguntó él—. ¿Corriendo hacia El Cuello?

Ella asintió.

—Sí, pero aún hay que esquivar dos trampas más.

—Muy bien. ¡Tú me guías!

Ella volvió a asentir y echaron a correr.

Los pasos de Roald resonaban en la tierra como pesadas explosiones. Los de ella no se oían. Avanzaba tan silenciosamente, que Roald tuvo que mirar hacia abajo para comprobar que tocaba el suelo al correr. La niña lo alejó del camino para rodear un abeto enorme y vuelta al camino, y luego le hizo pasar la barrera por la derecha, lo que los obligó a ladearse un poco. Ahora la manita de la pequeña aferraba la suya con fuerza. Le hacía sentirse extrañamente seguro.

Una vez al otro lado de la barrera se detuvieron, como si fuese algo pactado. Como si la barrera supusiese un factor de protección y cerrase el paso a las llamas, la muerte y la desgracia. Como si allí estuviesen a salvo.

—¿Ya no quedan más trampas? —interrogó Roald a su experta guía.

Ella contestó que no con un gesto y levantó la mirada hacia su hogar en llamas. El fuego ya había llegado al tejado del taller. Frente a él, el contenedor aguardaba su destino como una sombra alargada. Algunos árboles ardían y a su alrededor se encendían pequeñas hogueras en la hierba.

A Roald le parecía insoportable pensar en lo que sentiría la niña ante semejante espectáculo.

—¿Qué libro es ése? —le preguntó.

—*Robin Hood*—respondió ella bajando la vista hacia el libro.

—Si quieres, te lo llevo y así no tienes que cargar con él.

La pequeña asintió y le tendió el libro, que él se guardó en el bolsillo. Debajo de la camiseta y la cinturilla del pantalón, notaba la carpeta verde pegada al vientre.

—Le has disparado a la perra en el corazón porque estaba sufriendo, ¿verdad?

Ella asintió una vez más y le miró con tristeza.

—Buen tiro. Y un detalle muy bonito de tu parte. Gracias.

Aunque las lágrimas le resbalaban por las mejillas, la carita de la niña se iluminó levemente.

—Entiendo que llores —susurró Roald.

En ese momento se dio cuenta de que Liv aún estrujaba algo más en la mano con la que antes sujetaba el libro.

—¿Quieres que te lleve algo más?

Ella abrió la mano con mucho cuidado y le mostró un pedacito de ámbar.

—Era de papá. Dentro hay una hormiga antiquísima.

—Ya lo creo —dijo Roald—. Cuando lleguemos a mi casa le echaremos un vistazo.

Ella asintió y se guardó el trozo de ámbar en el bolsillo.

—¿Quieres llevar tú el osito?

—Sí —susurró la niña abrazando el peluche.

Entonces Roald descubrió el paquete que había sobre el mojón.

—Ese paquete de ahí... ¿sabes lo que es?

Liv movió la cabeza de un lado a otro.

—¿Quieres que nos lo llevemos? —Miró con preocupación hacia las llamas, que se abrían paso hacia ellos. No debería haber preguntado. Tenían que marcharse.

—No, quiero irme —contestó ella cogiéndole de la mano.

Echaron a correr de nuevo. Siguieron el recodo en dirección al sur, avanzaron por el camino en paralelo a los abetos, bajaron a través de los abedules, atravesaron el pequeño claro y continuaron por los pinos bajos y por el tramo donde crecían los rosales silvestres, en flor hacía largo tiempo. Y por fin llegaron hasta El Cuello. Roald había empezado a sentirse insólitamente ágil. Sus pies danzaban a un ritmo regular y los pasos inaudibles de la niña volaban junto a él como un pulso fiel que le doblaba el compás.

Ya casi habían llegado al final de El Cuello cuando se detuvieron y se dieron la vuelta. Del centro de La Cabeza ascendía un humo denso y negro, y por detrás de los árboles más meridionales se veía con claridad un resplandor rojo. Tal vez ardiera toda La Cabeza. Tal vez fuese lo mejor.

Roald apoyó las manos en los hombros de la niña. Oía su respiración y sentía el movimiento de sus hombros. O sea, que no era del todo sobrenatural. Volaba, pero respiraba.

—Creo que tienes un tío muy simpático y vamos a encontrarlo. Pero, pase lo que pase, yo voy a cuidar de ti, no debes tener miedo.

—Yo no tengo miedo —dijo ella—. ¿Tú sí?

Echó la cabeza hacia atrás para mirarle.

Él le acarició el cabello.

—No. Ya no.

—¿Cómo te llamas?

—Roald.

—Yo me llamo Liv. Y no estoy muerta.

—Ya lo sabía. —Él sonrió—. Las dos cosas.

—¿Dónde vives?

—En la fonda del pueblo.

—La conozco.

Las cosas y el tiempo

La señora que lleva su nombre escrito en un cartelito blanco dice que esto va a llevar su tiempo. Ha leído todo lo que me escribió mamá. Dice que tenemos mucho de que hablar.

Dice que no he aprendido lo que saben los niños de mi edad. En cambio, sé cosas que ellos no saben, y he visto cómo mataban a alguien.

Dice que toda mi existencia está patas arriba. No sé muy bien qué significa eso. Algo así como que no soy mayor ni pequeña; que a veces pienso como una niña y a veces pienso como un mayor y a veces hago cosas que nadie debería hacer. Por lo visto van a enseñarme lo que tengo que pensar y lo que tengo que hacer.

No me dejan cerrar con pestillo la puerta de mi cuarto ni poner nada delante. En cambio, no importa que siga rompiendo y agitando mis galletas, y está muy bien que escriba todo lo que se me ocurre. Aunque me repita. La señora dice que se me da muy bien escribir y contar historias, y que no pasa nada si el tiempo y algunas cosas se confunden un poco.

Cuando pregunté si tampoco pasaba nada si también las personas se confunden un poco, me miró un poco raro y asintió. No lo entendió. Creo que no voy a contárselo todo.

También dice que yo no tengo la culpa.

Eso lo sé.

A veces sueño con papá. Siempre es el mismo sueño: está en la puerta de nuestra casa en llamas con una flecha atravesándole el corazón. Sé que es mi flecha, mi mejor flecha. También sé que está muriéndose.

Pero no se cae enseguida. Da unos pasos hacia mí antes de echarse en el suelo. Tiene el pelo y la barba más revueltos que nunca, pero cuando pierde la gorra veo que se ha quedado calvo por arriba. Se mueve muy despacio y parece muy tranquilo. Como el corzo a la luz de la luna. Estoy segura de que me mira a los ojos y no está enfadado. Yo no tuve la culpa.

Luego cierra los ojos.

Y entonces me despierto.

En realidad, es un buen sueño, aunque me haga llorar. A lo mejor se lo cuento un día a la señora, pero todavía no. Quiero soñarlo para mí sola un poquito más.

El jardín que hay debajo de las ventanas es muy tranquilo y está lleno de hierba. En la hierba no hay nada —nada—, pero al final del jardín hay un árbol al que bajo a saludar todos los días. Se le han caído las hojas, pero volverán.

Detrás del jardín hay un campo y un espantapájaros con el que también hablo un poco. No dice nada, pero eso no significa que no escuche. El granjero vino a llevárselo un día, pero lo dejó porque yo se lo pedí. Fumaba en pipa; eso me gustó. Cuando volví a ver al espantapájaros, le había puesto una pipa.

A lo mejor nieva dentro de poco.

Aquí también tienen árbol de Navidad, pero no acaba de ser como el de casa, el de La Cabeza, porque está apoyado en el suelo y los adornos son de colores. Tendré que acostumbrarme.

También voy a tener que acostumbrarme a que haya tanto sitio.

Cuando la señora y yo terminamos de hablar y de escribir, normalmente vuelvo a mi cuarto. Me gusta quedarme allí leyendo o cosiendo o viendo la hormiga del ámbar.

También me gusta darle la vuelta a mi reloj de arena y quedarme mirándolo. Es increíble la cantidad de arena que puede colarse por un hueco tan finito si se le deja tiempo.

«Las cosas llevan el tiempo que llevan», dice la señora.

A veces me pregunto si no debería decir que «El tiempo se lleva las cosas que nos llevamos». Tiempo tengo a montones, pero ya no me quedan casi cosas.

Me pregunto cuántos relojes de arena le dio tiempo a llevarse al tiempo antes de que el trocito de resina se convirtiera en el trocito de resina con la hormiga antiquísima dentro. La hormiga existe. La veo. ¿Se puede existir estando muerto? Parece que sí. Yo también estaba viva, aunque estaba muerta.

También veo a mamá. Está en la pared, encima de mi cama.

Ya se me ha pasado el enfado del día que me quitaron el puñal. Me dejaron quedarme con *Robin Hood*. Y con el osito, menos mal, aunque todo el mundo

dice que suelta una peste horrible. A mí me parece aroma. A bosque.

Roald ha venido con una foto de Mona Lisa. Me ha parecido entender que estaba en otro país y era muy famosa, pero ahora está aquí. Es verdad que sonrío como mamá. Están una al lado de la otra: mamá y Mona Lisa. Mamá es más guapa, creo yo. Ya casi se me ha olvidado lo inmensa que era.

Casi.

La echo de menos, pero de vez en cuando saco una carta de la carpeta verde y leo lo que me escribió, y es un poquito como hablar con ella. Entonces le contesto lo mejor que sé y vuelvo a guardar la carta. El día que las haya leído todas volveré a empezar, así podremos seguir hablando. Tengo muchísimas cosas que contarle.

A veces también subo un libro del cuarto de estar y les leo en voz alta a mamá y a Mona Lisa. No estoy muy segura de que Mona Lisa me escuche, pero me mira.

Me han contado que ha ardido toda La Cabeza. No es triste del todo, porque no tardarán en crecer arbolitos nuevos. Y hierba nueva y flores nuevas. Todo vuelve. Hasta los animales. El tío Mogens dice que algún día construirá allí una casa nueva y cuando yo acabe aquí, me iré a vivir con él. Así que yo también volveré.

Mogens es el hermano mayor de papá. No se parecen del todo, pero me gusta, porque siento que a él también le gustaba papá. Parece simpático, pero un poco raro. Por ejemplo: siempre está hablando de que ha inventado unas patas muy ingeniosas para los árboles de Navidad que se pueden comprar en todas partes. No me decido a contarle que es mucho más ingenioso colgarlos del techo. ¡Y gratis!

La señora que lleva un cartelito blanco con su nombre también es maja. Me deja en paz cuando se lo pido y me deja estar con mi osito siempre que no me ponga muy cerca de ella. ELSE, pone en el cartelito, lo mismo que habría puesto en el de la abuela si hubiese llevado uno. Aún no me he acostumbrado a llamarla Else, pero ella dice que no pasa nada. «Las cosas llevan el tiempo que llevan.»

Carl ya no está tan triste como cuando llegamos.

Ah, sí. El contenedor se quemó con lo demás. Eso quiere decir que el ataúd de mi hermanita se quemó con todas las demás cosas. No importa, porque lo más importante me lo he traído, y eso es lo principal. Lo tengo todo aquí. El dibujo y el reloj de arena y *Robin Hood* y el osito y la hormiga del ámbar.

Y a Carl.

Y a mi hermanita también. Sí, porque el día que ocurrió, yo acababa de terminar de coserla dentro del osito. Por eso la peste a resina. ¡El aroma!

Pero eso no se lo vamos a decir a nadie.



ANE RIEL (Dinamarca, 1971) debutó en la narrativa con *Slagteren i Liseleje*, que recibió en 2013 el premio a la Mejor Primera Novela por parte de la Academia Danesa.

Resina, su segundo libro, la ha proyectado como una de las voces más interesantes de la novela negra europea y ha sido galardonada con los premios literarios europeos más importantes: el Premio Glass Key a la Mejor Novela Negra escandinava, el Premio Harald Mogensen a la Mejor Novela Negra danesa, el Premio Niels Matthiasen de Ministerio de Cultura danés, el Golde: Bullet noruego a la mejor Novela Negra; el Gyllene Kofoten a mejor novela traducida, el Golden Crowbar de la Asociación Sueca de Escritores de Nove Negra y el Thrillzone al mejor *thriller* publicado en Holanda, además de quedar finalista del Premio Petrona y del Premio Internacional de Dublín

Notas

[1] Las dos últimas letras del alfabeto danés son las vocales ø y å. (*N. de la t.*)
<<

[2] La *å* se introdujo como última vocal del alfabeto danés tras una reforma ortográfica en 1948. Hasta ese momento ese sonido, que puede recordar al de una *o* española, se representaba mediante la doble vocal *aa*. (*N. de la t.*) <<

[3] En danés, además de ser un nombre propio de mujer, Liv significa «vida».
(*N. de la t.*) <<